

# OCTUBRE

ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS

**SUMARIO:** Saludos al XVI aniversario de la Revolución de Octubre. El águila de las montañas, *Stalin*. Breve homenaje a Carlos Marx, *C. M. Arconada*. Carta de *R. J. Sender*. Balada de las espadas y el pan, *J. Uthín*. Viejos documentos de la Revolución de Octubre. Lenin, *M. Gorki*. Cartas de Lenin a Gorki. ¡Nos oyes!, *A. S. Plaja*. Quince años de literatura soviética, *Zelinski*. La enseñanza en la U. R. S. S. Existen en la Unión Soviética, *E. Prados*. La República de Vaskino, *E. Kriger*. Una gran fecha, *R. del Olmo*. Un fantasma recorre Europa, *R. Alberti*. El Canal Stalin. Las camionetas, *J. Vazquez*. Nostalgia, *P. Vorobier*. No hay trabajo, *J. Becher*. Quince años de pintura soviética, *J. Korsunski*. Las tierras heladas del norte soviético, *M. T. León*. El guardián de la tumba de Timur, *V. Ivanov*. Una generación de músicos, *B. Persov*. La evacuación de Jerson, *P. Garfias*. El teatro. La cerámica, *J. K.* Los niños, *A. Bazan*. Encuestas. Destrucción capitalista.

4 y 5

Octubre=Noviembre, 1933

Portada: **Renau**. Dibujos de *Alberto* y *Helios Gómez*. Fotos: *H. Cartier*, *Vokš* y *U. I. E. R.*



1 pta.

Número extraordinario

Madrid



"Uno de estos días se cumplirá el aniversario de la revolución rusa. El proletariado mundial, puesto de pie, se elevará de júbilo en un saludo a los heroicos constructores del Socialismo, a los obreros, campesinos e intelectuales de la Unión Soviética. La revista **OCTUBRE** dedica un extraordinario conmemorando la toma del Poder por los obreros y campesinos. La **UNION DE ESCRITORES Y ARTISTAS PROLETARIOS** de Valencia, con 125 afiliados, se adhiere incondicionalmente al número-homenaje de la revista **OCTUBRE**, saludando con voces emocionadas a los trabajadores manuales e intelectuales rusos, prometiéndoles que estamos alerta y dispuestos a cambiar la pluma por el fusil en la primera ocasión."

**UNION DE ESCRITORES Y ARTISTAS PROLETARIOS**

Valencia

POR EL COMITE,

Plá y Beltrán



## Camaradas de **OCTUBRE**

"Aprovechamos las columnas de vuestro extraordinario para transmitir por vuestro conducto a los trabajadores de la Unión Soviética, y en particular a los ferroviarios, nuestra felicitación en el XVI aniversario de la Revolución triunfante en Rusia y manifestar nuestra decisión de seguir incansablemente por el camino que el proletariado soviético nos enseñó hace diez y seis años."

**POR EL SINDICATO UNITARIO DE FERROVIARIOS**

A. Jiménez

secretario organización

Puente

secretario general



"L'ASSOCIACIÓ D'ESCRITORS I ARTISTES REVOLUCIONARIS DE CATALUYNIA (A. E. A. R.) se adhiere al homenaje que nuestros camaradas los escritores y artistas revolucionarios de España tributan al proletariado de la Unión Soviética en el XVI aniversario de su gloriosa Revolución.

¡Viva la A. E. A. R.!

¡Viva la Unión Soviética!

¡Viva la Revolución proletaria mundial!

EL SECRETARIADO

C. González.—Antonio Olivares.—Rodrigo Fonseca  
y Angel López-Obrero

# OCTUBRE

ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS

OCTUBRE está contra la guerra Imperialista, por la defensa de la Unión Soviética,  
contra el fascismo, con el proletariado

Dirección y administración:

Marqués de Urquijo, 45

## XVI aniversario de la Revolución de Octubre

*Un nuevo año de triunfo y de victoria se ha unido a los que desde 1917 viene celebrando la Unión Soviética. Saludamos en él al valiente proletariado de la construcción socialista. No ha sido fácil andar quince años de camino. La intervención extranjera, la guerra civil, el hambre, la contrarrevolución, el estado caótico de las conciencias, el desastre de la industria, el alzamiento de la ignorancia campesina, la herencia amarga del zarismo, se levantaban monstruosos y difíciles cerrando el paso a la guardia roja.*

*Para esa epopeya vigilante del heroísmo diario es nuestra admiración de hoy. La tierra se hace extensión labrada, se detienen los ríos reflejados de puentes, el agua se hace luz y va a las pequeñas isbas y a las casas de arquitectura nueva que se levantan donde pastores nómadas trashumaban ganados, donde gentes estáticas, clavadas en el oriente pobre, callaban. Por una orilla de conciencias se han encaminado hacia los mares los ríos inmensos: el mar Báltico al mar Blanco; hombres fuera de ley, deportados sociales, han abierto entre las nieves de Karelia el paso a las mercancías. La "Madrecita Volga" con sus recuerdos del paladín de los campesinos, Stenka Razin, ha visto erguirse a sus singladores hambrientos, y las ciudades de los dueños nuevos, viven en unas márgenes distintas de la distinta "Camarada Volga". Por el Dnieper, las represas surten la segunda estación hidroeléctrica del mundo, y la ciudad, modelo de ciudad industrial, abre sus cines, clubs y teatros para el descanso.*

*En los Urales, los pueblos mineros; al norte los pescadores; en las estepas de Asia, silbidos de trenes, nunca antes oídos, cruzan los productos del norte con los del sur. Donde Tamerlán dormía, hay hoy una industria textil; por sus desiertos, campos de algodón. Altos hornos, escuelas, universidades, institutos técnicos, pozos de petróleo; la cerámica, la pintura, la música, el vestido; desde lo inmenso a la pequeña taza de uso diario, de lo que adorna a lo que es principio económico y vital, los trabajadores de la Unión Soviética han atendido a todo, sintiéndose firmemente la vanguardia de la humanidad, las fuerzas de choque contra el futuro que pertenece a la inmensa familia proletaria del mundo.*

*Un hombre ejemplarmente distinto ha sido traído sobre la Tierra por la revolución de Octubre. A las juventudes, a la infancia soviéticas, a los intelectuales, a los obreros de la ciudad y del campo, a los que han conseguido que sea realidad esa montaña de esfuerzo que es la construcción socialista, a los que la defienden, al Ejército Rojo, los escritores y artistas revolucionarios, desde las tierras removidas por la inquietud revolucionaria de España, enviamos nuestro entusiasmo.*

*¡Salud, camaradas!*

OCTUBRE

1



## El águila de las montañas

En 1903 trabé conocimiento con Lenin, y, a pesar de que el conocimiento no fué personal, sino por correspondencia, esta relación epistolar me dejó un recuerdo que no pudo borrarse durante el tiempo de mi actividad en el partido. Yo estaba entonces deportado en Siberia. Conociendo la acción revolucionaria de Lenin desde 1890 a 1900 (sobre todo desde 1901, a raíz de la publicación de *Iskra*), me había convencido que teníamos en él un hombre extraordinario. No era entonces, a mi juicio, el simple *leader*: era, también, un verdadero fundador, ya que solamente él era capaz de comprender la profunda naturaleza y las necesidades urgentes del Partido. Cuando le comparaba con los otros *leaders* me parecía siempre que sus compañeros de armas —Plékhanov, Martov, Axelrod y otros—eran muy inferiores a él y a su lado Lenin parecía de una raza superior: una especie de águila de las montañas, intrépido en la lucha y conduciendo valientemente su partido a través de caminos inexplorados del movimiento revolucionario ruso.

Esta impresión quedó tan profundamente grabada en mi alma, que sentí la necesidad de comunicársela a un amigo íntimo, en aquella ocasión emigrado, al cual escribí pidiendo consejo. Al cabo de algún tiempo, y estando ya deportado en Siberia—fué a fines de 1903—recibí una respuesta entusiasta de mi amigo y una carta sencilla, pero profundamente substancial de Lenin, conocedor de la que había escrito yo a mi amigo. La breve epístola de Lenin formulaba una crítica audaz y despiadada de la actuación de nuestro partido e indicaba, para el porvenir, un plan de actividad extraordinariamente claro y conciso. Lenin sabía tratar los temas más confusos con una sencillez y una claridad tan grandes, en términos tan breves y tan rotundos, que cada frase suya semejaba un disparo de fusil. Esta carta, valiente y desprovista de pretensiones, me confirmó en la idea de que Lenin era el águila de las montañas en nuestro partido. No me perdono el haber destruído, entre otros papeles, este documento, que un día quemé siguiendo mi costumbre de viejo conspirador.

Por este tiempo comenzaron mis relaciones personales con Lenin. Le encontré por primera vez en diciembre de 1905, en la Conferencia bolchevique de Tammerfors (Finlandia). Yo me representaba al águila de las montañas, grande, no solamente en sentido político, sino también en el sentido físico de la palabra. Me imaginaba a Lenin como un gigante de fuerte contextura, representativa de su fuerza moral. ¡Cuál no sería mi desilusión cuando me vi en presencia de un hombre de aspecto vulgar, de estatura más bien mediana y que en nada se diferenciaba, por su aspecto físico, de otros simples mortales!

Está perfectamente admitido que un gran hombre llegue, por costumbre, tarde a las reuniones, para hacerse desear por el auditorio, que acoge su llegada con exclamaciones:

—¡Chsss silencio ya está aquí!

Estos convencionalismos no me parecían del todo mal, ya que tienen la virtud de imponer respeto a la muchedumbre. Mi decepción fué grande cuando supe que Lenin había llegado antes que los delegados y en la espera, se entretenía charlando en un rincón con los más vulgares de entre ellos. No he de ocultar que esta actitud suya me pareció poco en armonía con las fórmulas habituales.

No pude comprender hasta más tarde que esta sencillez y esta modestia de Lenin, este deseo de pasar desapercibido, o, en todo caso, de no hacer resaltar lo elevado de su categoría, constituía una de las modalidades más fuertes del caudillo, considerado como el nuevo jefe de las masas nuevas, masas corrientes y sencillas, pero que forman las capas profundas de la humanidad.

En el Congreso siguiente, que se celebró en Londres, en 1907, los bolcheviques fueron vencedores. Lenin triunfaba por primera vez. La victoria suele dar, a ciertos caudillos, una especie de vértigo, haciéndoles arrogantes y presuntuosos. Lo frecuente es, que después de cantar victoria, se duerman sobre los laureles. Pero Lenin no era de estos últimos. Al contrario, después del triunfo se volvía más atento y vigilante. Recuerdo el empeño que puso en inculcar a los delegados los siguientes preceptos: 1.º No hay que dejarse deslumbrar por que hayamos vencido y debemos procurar no caer en la presunción. 2.º Hay que procurar asegurar la victoria. 3.º Si el adversario no está más que herido, hay que rematarle, ya que, a todo trance, es necesaria su destrucción.

Los dos hechos siguientes son característicos de esta táctica suya:

1.º Período 1909-1911.—El Partido, deshecho por la contrarrevolución, está francamente disgregado. Es un período en que falta la fe, en que el número de defecciones es incalculable, no solamente entre los intelectuales, sino también, en cierto modo, entre los obreros; un período de nulidad en la acción clandestina, de liquidación y de ruina. Como los mencheviques, los bolcheviques estaban formados por diversas fracciones y tendencias, en su mayor parte desligadas del movimiento obrero. Es sabido que en esta época surgió la idea de liquidar completamente la acción clandestina y la organización obrera en un partido liberal legalizado, bajo la protección de Stolypine. Lenin fué en aquella ocasión el único que no se dejó arrastrar por la corriente y que supo mantener alta la bandera del Partido, reuniendo con una paciencia asombrosa y una tenacidad sin precedentes, nuestras fuerzas dispersas y vencidas; combatiendo contra todas las tendencias y personas hostiles al Partido en su movimiento obrero y defendiendo sus principios con un valor y una obstinación sin ejemplo.

Es sabido que en este debate Lenin, más adelante, había de resultar vencedor.

2.º Período 1914-1917.—Época del desencadenamiento de la guerra imperialista, durante la cual todos, o casi todos los partidos socialdemócratas y socialistas ceden al deslumbramiento patriótico y se ponen al servicio de sus respectivos imperialismos. Es el período durante el cual la Segunda Internacional arria su bandera ante el capitalismo y en que hombres como Plekhanov y Kautsky no resisten la ola chauvinista. Lenin es por entonces el único que combate resueltamente el socialchauvinismo y el socialpacifismo, desenmascarando la traición de Guesde y de Kautsky y deshaciendo el equívoco de los revolucionarios indecisos. Comprende que detrás de él no queda más que una minoría insignificante, y, sin embargo, no concede a este hecho una importancia decisiva, ya que sabe que la única política justa, la que ha de decidir el porvenir, es la basada en los principios del internacionalismo consecuente.

Los teóricos y jefes de partido que conocen la historia de los pueblos y han estudiado el desarrollo de las revoluciones desde su comienzo hasta el fin, están sujetos a un inconveniente que les perjudica. Este inconveniente radica en el miedo a las masas, en la duda sobre su capacidad creadora.

Lenin era el reverso de todos estos jefes. No he conocido a ningún otro revolucionario que haya tenido una fe tan profunda en la fuerza creadora del proletariado y en la rectitud de su instinto de clase. Nadie como él ha sabido despreciar tanto a esos críticos que hablan con suficiencia del caos de la revolución y de la *bacanal de las masas desenfrenadas*.

Recuerdo que en cierta ocasión, respondiendo a un camarada que le decía que "el orden normal debe restablecerse después de la revolución", Lenin hizo esta observación en un tono sarcástico: "Es estúpido que gentes que quieren ser revolucionarias olviden que el orden más normal en la Historia es el orden revolucionario".

Lenin había nacido para la revolución. Poseía el genio de las explosiones revolucionarias y era un verdadero maestro en el arte de dirigir las. Nunca se sentía tan libre ni tan audaz como en las épocas de grandes acontecimientos. No quiero decir con esto que aprobaba toda conmoción revolucionaria, ni mucho menos que estuviese siempre conforme con estas explosiones. Quiero decir solamente que jamás su genial perspicacia se manifestó de un modo tan claro y tan completo como durante dichas explosiones. Mientras duraban las diversas etapas de la revolución, se le veía radiante, anticipándose a los probables acontecimientos y siguiéndolos como si los llevara de la mano. Así, tenían razón cuando decían en el Partido: "Iliitch nada en las aguas de la revolución como los peces en el mar".

Dos hechos especialmente característicos y que subrayan esta cualidad de Lenin me vienen a la memoria:

1.º El período que precedió a la Revolución de Octubre, durante el cual millones de obreros, de campesinos y de soldados acuciados por la crisis en el interior y en el frente, exigen la libertad y la paz. Durante este período, el alto mando y la burguesía preparan la dictadura militar para "llevar la guerra hasta el final", mientras que todos aquellos que se titulan "opinión pública", "partidos socialistas" se unen contra los bolcheviques, tratándoles de *espías alemanes*. Mientras tanto, Kerenski se esfuerza en

reducir al partido bolchevique a la ilegalidad, consiguiéndolo en parte; los ejércitos de la coalición austro alemana, poderosamente disciplinados todavía, se alzan frente a nuestro ejército, cansado y en vía de desorganización, mientras que los *socialistas* de la Europa occidental forman, con sus gobiernos, un bloque para que continúe la guerra "hasta la victoria total"...

¿Qué puede hacer una sublevación en semejantes momentos? Levantarse en estas condiciones era arriesgarlo todo.

Es sabido que las profecías de Lenin habían de realizarse más tarde con una precisión que no ha tenido ejemplo en la Historia.

2.º Los primeros días que siguieron a la Revolución de Octubre, el Consejo de Comisarios del Pueblo se esforzó en obligar al Generalísimo Doukhonine, sublevado, a poner un término a las hostilidades y a enviar a los alemanes emisarios solicitando la paz.

Recuerdo que fuimos Lenin, Krylenko (que iba a ser nombrado Generalísimo) y yo al Gran Estado Mayor, en San Petersburgo, para ponernos en comunicación, por línea directa, con Doukhonine. El momento era angustioso. Doukhonine y el Gran Cuartel General se negaron categóricamente a ejecutar la orden del Consejo de Comisarios del Pueblo. El mando estaba enteramente en manos del Gran Cuartel General. En cuanto a los soldados, ignorábamos cómo podría reaccionar un ejército de doce millones de hombres sometidos a sus propias organizaciones militares y hostiles al poder de los Soviets. En el mismo San Petersburgo, la sublevación de las escuelas militares se preparaba ya. Además, Kerenski marchaba sobre la ciudad.

Después de una pequeña pausa en el teléfono, la cara de Lenin se iluminó con una luz extraña. Se veía que su decisión estaba tomada.

—La T. S. H.—dijo—puede prestarnos un buen servicio. Vamos a destituir a Doukhonine, nombrando, en su lugar Generalísimo a Krylenko; hacer, por encima del alto mando, una llamada a los soldados, invitándoles a poner un cerco a los generales, dar por terminadas las hostilidades estableciendo un contacto con los soldados austro-alemanes y dejando, por último, en sus manos, la causa de la paz.

Era el salto sobre el abismo, al que no temía Lenin. Al contrario, iba siempre adelante porque sabía que el ejército quería la paz y que la conquistaría barriendo de su camino los hombres y los obstáculos. Sabía también que esta manera de conseguir la paz no sería estéril en lo que concerniese a los soldados austro-alemanes, ya que suscitaría, en todos los frentes, sin excepción, el deseo de ella.

Es sabido que esta clarivencia revolucionaria de Lenin debía realizarse más tarde con absoluta precisión.

Una perspicacia genial, una aptitud para recoger el sentido interior de futuros acontecimientos, son los rasgos salientes que, en las revueltas del movimiento revolucionario, ayudaban a Lenin a esbozar una estrategia justa y a seguir una clara línea de conducta.

STALIN



# Breve Homenaje a Carlos Marx

En trance de definir, abstractamente, a Marx, diríamos que es uno de los grandes hombres que han dejado tras él un reguero de cálidos gérmenes bulliciosos. Podría figurar en el friso de oro de Plutarco. A Carlyle quizá se le hubiera escapado, porque Carlyle tenía del héroe un concepto potencial y personal. Para él los héroes hacen la historia. Y los héroes y los personajes hacen la historia en la medida que la historia los hace y los deshace a ellos. en un continuo suceder de posiciones como las bolas en la mesa de un billar, perdiendo y ganando, desapareciendo y reapareciendo.

Si dijéramos que Marx fué un hombre de ideas, siendo en parte verdad, no diríamos nada. Hay a lo largo de la historia, destacados, muchos hombres de ideas. Lo que diferencia a Marx de ellos es, por tanto, la calidad y la categoría de esas ideas. Y para definir: una categoría humana, una categoría de ideas históricamente exacta. En otros términos: las ideas de Marx no son una especulación mental, sino un razonamiento vital, de verdades históricas, de realidades todavía confusas, en marcha hacia su desarrollo.

La historia cuenta con pocos hombres como Marx. Habría bastante que decir sobre los "momentos estelares de la Humanidad", según la clasificación de Stefan Zweig, pero no es este el momento. Hay pocos hombres—repetimos— en el plano histórico en que está colocado Marx, pero sucede que cada época produce un hombre al menos, *más clarividente que todos sus contemporáneos, que clarifica las tinieblas, que proyecta una visión de alcance* y que nos anticipa trazos del camino por donde en el futuro ha de conducirse la humanidad. A estos hombres puede creérseles o no creérseles, seguirles o no seguirles, adorarles o mixtificarles. Así tiene que suceder. Pero a la larga, la historia les dará la razón y demostrará que sus anticipaciones y definiciones fueron exactas.

Para evitar incursiones demasiado lejanas, sólo diré tres nombres que representan síntesis históricas y que fueron mentalidades clarividentes de sus épocas: Erasmo, Rousseau y Marx. Erasmo es, con sus coloquios, sus sátiras, sus diatribas, sus polémicas y sus enseñanzas, el primer enemigo del Estado teológico y medieval y el primer defensor del libre examen que es la doctrina impulsora del Renacimiento. Rousseau, con su ascetismo de retorno, con sus ideas moralizadoras, es el enemigo demolidor de la sociedad aristocrática, libertina y decadente del siglo XVIII, y con su "Contrato Social" adelanta la visión futura del Estado liberal, de los derechos individuales y de la sociedad burguesa.

Y por último, en plena evolución de esta sociedad burguesa, comenzando a desarrollarse el capitalismo, llega Carlos Marx. Marx esgrime también su arma contra esa sociedad y adelanta las bases sobre las cuales se fundará la sociedad futura. El arma con la cual combaten estos hombres a la sociedad de su tiempo, es distinta. La de Erasmo es un arma cautelosa, sutil, de filo indirecto: ella tiene que entenderse con las duras murallas de los dogmas y de la escolástica. Por esto Erasmo dispara ironías, a veces desvergüenzas, otras aforismos antiguos, y siempre descubre—como todos los humanistas—que más allá de las sombras de la Edad Media hubo una vida más clara y más variada de sabidurías.

Rousseau está frente a una sociedad distinta y emplea el arma que corresponde. Este arma de Rousseau es la educación. Es su método. Con él y por medio de él, Rousseau mella las aristas doradas de las últimas cortes francesas, de damas prostituídas y de aristócratas degenerados, sostenidos por el poder absoluto de los reyes.

Y después Marx, ¿qué arma emplea? Marx emplea este arma: la ciencia. Es la que corresponde a su momento. El siglo XIX es un siglo de embriaguez científica, de urgentes deseos de revisión. Se revisa todo: la filosofía, la religión, la historia, las ciencias. El siglo XIX es una época de corazones arrebatados por la poesía y de cerebros torturados por las matemáticas de las ciencias. No hay que olvidar que Heine y Marx eran amigos.

Marx es, por tanto, fundamentalmente, siguiendo fiel a su epopeya, un hombre científico. Y es con la ciencia—la ciencia de la economía política—con lo que Marx combate a la sociedad capitalista que se había formado. Marx estudia profundamente su estructura, su desarrollo, su desenvolvimiento y sus contradicciones. Estudios hondamente severos y rigurosos como predestinados a constituir pilares de una cimentación. Lenin ha dicho que elevar la ciencia social a las alturas teóricas, es el mayor mérito de Marx. Las ciencias económicas estaban antes de Marx en pleno desarrollo, pero lo que diferencia a Marx de todos sus antecesores y contemporáneos—los Ricardo, los Proudhon, los Smith, etc., es que él no es un especulador crítico para el cual la finalidad es la investigación misma. Para Marx la investigación—y por eso la hace minuciosamente—es en definitiva, un simple medio, un sólido apoyo para deducir y realizar consecuencias posteriores.

Marx fué un hombre cuyo destino consistió en luchar y crear al mismo tiempo. Esta lucha contra todo un mundo, contra Proudhon, contra Bruno Bauer, contra Weitling, contra Feuerbach, contra los posthegelianos, contra los socialistas premarxistas, etc., esta lucha tremenda en la cual le siguió con tanto cariño y tanto talento Engels—y quiero aquí grabar su nombre en participación de homenaje—le aflaba las armas polémicas de una manera prodigiosa, pero al mismo tiempo olvidaba de dar a sus ideas una estructura expositiva, al uso.

Los reparos que en este sentido se han puesto a Marx—de Croce entre otros—de falta de método en el trabajo, de disgregación, de mezcla de teorías, de sátiras y polémicas, etc., son acaso ciertos desde un punto de vista actual. Pero debe tenerse en cuenta que Marx y Engels nada podían hacer si no luchaban primero con el cerco de acoso de las ideas predominantes. Esta actitud de vigilancia y de lucha hizo que fuesen polémicas gran parte de sus obras y que no tuvieran el reposo y la perfección con que hoy quisiéramos verlas.

Sobre la base crítica de la sociedad capitalista, Marx cimentó sus creaciones revolucionarias que sólo podemos enunciar brevemente, y que por otra parte son bastante conocidas.

Sus estudios económicos le llevaron a ahondar en la historia y en la filosofía y a descubrir esa verdad, origen del materialismo histórico, que ha revolucionado la filosofía y la historia: que las ideas son determinadas por los hechos y no los hechos por las ideas. O en otros términos: que las transformaciones del mundo, de los individuos o de las conciencias, no son originadas, como opinan los idealistas, por la razón o por el espíritu, si no por las condiciones económicas y materiales.

Marx tomó la dialéctica de Hegel como principio metodológico de sus teorías, y de este modo, rápidamente, su concepción histórica adquirió una justificación y una claridad poderosa. Y cuando aplica este principio de la dialéctica hegeliana a la época en que vive, Marx descubre que el principio que forma la contradicción en la sociedad burguesa-capitalista es el proletariado, y que por lo tanto, la negación de la negación, la síntesis, será la sociedad socialista futura.

Descubierto esto, Marx se afana por organizar al proletariado y por darle la conciencia histórica de su misión. Es otra de sus grandes creaciones, tal vez la más grande y generosa, la que obliga al reconocimiento de todo el proletariado del mundo, que debe a Marx la noción de su emplazamiento como fuerza en marcha y en lucha a cumplir un gran designio futuro.

Intencionadamente quiero eludir el tema de la lucha de clases, dejándolo para otra ocasión que dispongamos de más holgura. Es forzoso acabar, y quiero hacerlo con estas contradicciones:

Sus enemigos—toda la sociedad burguesa—dicen que Marx fué un simple utopista. Pues bien, Marx ha creado ideológicamente el nuevo mundo y la nueva sociedad comunista de la U. R. S. S.

Sus enemigos—toda la sociedad capitalista—dicen que Marx fué un hombre perverso que ha envenenado a la humanidad sembrando odios y discordias. Pues bien, Marx ha sido el que ha anticipado, con argumentos científicos, la sociedad socialista del porvenir, hecha a base de una mejor justicia, de una nueva moral, de unas nuevas ideas, de una nueva vida, donde los hombres sean libres y fraternalmente iguales.

Sus enemigos pueden cerrar los ojos a la verdad. Pero Rosa Luxemburgo decía bien: "En todo lo que miro veo marxismo".

César M. ARCONADA

## Una carta de Ramón J. Sender

Al dejar la Unión Soviética, Ramón J. Sender, dirigió a los camaradas de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios, esta carta donde abiertamente se declara un defensor de la construcción socialista.

*Queridos camaradas:*

*Yo quisiera dirigir por medio de vuestro órgano, un saludo cordial a los camaradas de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios que me han acogido tan calurosamente. Al mismo tiempo quisiera transmitir mis impresiones generales sobre la Unión Soviética.*

*Habéis vivido y vivís en el proceso de la Revolución, en el proceso de la construcción socialista. Durante quince años de lucha y de edificación, os habéis planteado mil problemas que habéis resuelto según vuestra conciencia.*

*Poco tiempo antes de mi viaje a la Unión Soviética, estuve en Andalucía, donde visité Casas Viejas, esa aldea donde la República socialdemócrata de España defendía tres señores feudales y asesinaba 26 campesinos que habían cometido el crimen de querer conquistar la tierra para trabajarla. Conozco bien el hambre de los campesinos españoles y la miseria donde se hunde la vida de los obreros de la ciudad española. He luchado con ellos y con ellos he sufrido persecuciones; por ellos estuve en la cárcel...*

*Aquí, entre vosotros, he visto en las calles de Moscú, en las fábricas, en las bibliotecas, en los cuarteles y koljos, obreros como los que conozco de Barcelona, Bilbao, Madrid y Sevilla, que van con paso firme a la victoria decisiva. Ahora, después de mi estancia en la Unión Soviética, vuelvo con la mayor fe en el triunfo completo y definitivo. Y no solo definitivo, sino inquebrantable. Después de todo lo que aquí he visto, no hay razón para que un intelectual esté indeciso. En la trinchera hay un uniforme y un fusil más... Al llegar aquí era un intelectual. Hoy es un soldado del frente de lucha y de la edificación socialista el que os deja.*

*Saludos revolucionarios,*

4 julio, 1933.—Moscú.

*Ramón J. SENDER*

# Balada de las espadas y el pan

*Más allá de los mares hay barcos,  
detrás de la mar azul hay cielos grandes.  
Y hay tierras,  
pero no hay tierra,  
y hay cereales,  
pero no hay pan.  
Las garras de los reyes  
han apresado tierras. cielos. mares.*

*Detrás de la mar azul el tiempo es más suave.  
Se hace templado el frío  
y fríos los calores  
allá en los altos pisos luminosos,  
en los valles de los paseos soleados.  
El mal consiste en que aquí y allí no pueden  
vivir bien sino los ricos.*

## Ritmo Soviético

En la Rusia Zarista se editaban en 1913, 859 periódicos, con un término medio de 2.700.000 ejemplares. En 1932 la Unión Soviética ha alcanzado la cifra de 6.775 periódicos con una media de 38 millones de ejemplares.

De 1928 a 1932, los museos soviéticos han sido visitados por 50 millones de personas.

El museo de la Revolución por 450 mil  
El museo de pintura, Tretiakov, por 460 mil.  
El museo antirreligioso de Leningrado por 450 mil.

### De Instrucción Pública

Tienen cinema escolar:

585 escuelas en 1930, 2.330 escuelas en 1933.

En 1928 en URSS había 18 escuelas normales con 16.097 alumnos, En 1932 el número era de 64 con 40.338 alumnos.

El número de alumnos en la Universidad ha pasado de 166.000 en 1928 a 500.000 en 1932. Hay el 17 por 100 de mujeres en las escuelas industriales y el 69 por 100 en las de medicina.

Cerca de las dos terceras partes del imperio zarista era analfabeto. En el país de los Sovjets, el 97 por 100 sabe leer y escribir.

En la Unión Soviética hay 11 teatros de Opera, 15 teatros de comedia musical, 218 teatros dramáticos.

En 1932 se han terminado las instalaciones de 27.710 cinemas.

Los espectadores jóvenes cuentan con 88 teatros desde febrero de 1933.

### Crecimiento del libro

1913	25.000 títulos...	100 millones de ejemplares.
1928	35.000 " ...	260 " "
1931	55.000 " ...	840 " "

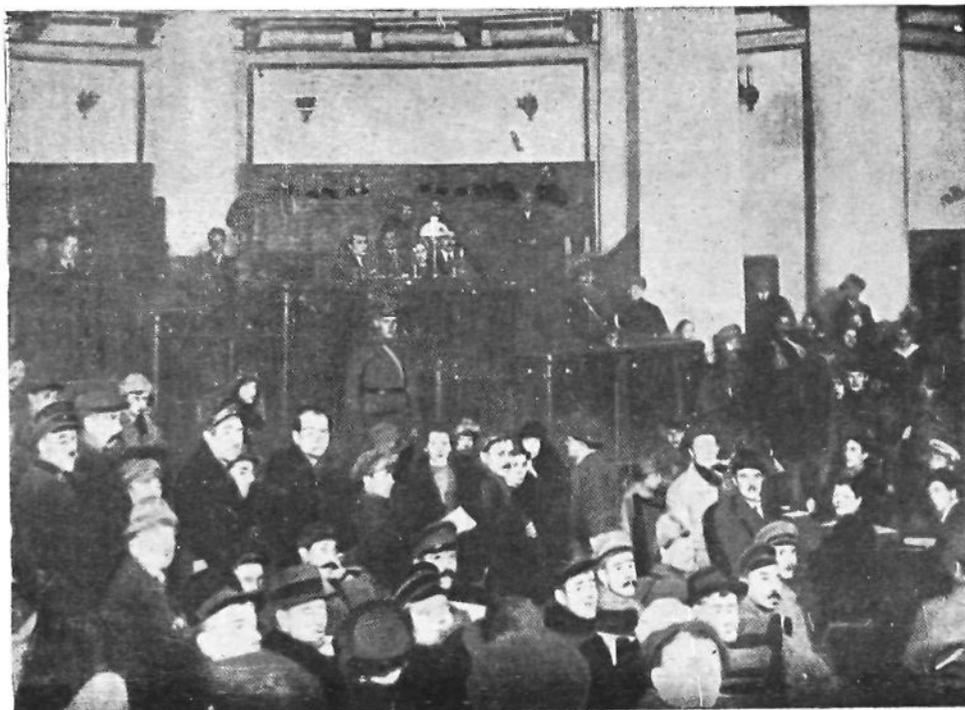
*La nuestra es una tierra especial.  
Todo lo que existe entre nosotros es distinto.  
Una vez, en otoño, hicimos descender  
al rey a lo más hondo de la mina para que no saltase.  
Se acabó.  
Junto con él hicimos que bajarán  
todos sus herederos*

*Más allá de los mares hay buques,  
hay nieblas todavía detrás de la mar azul.  
Pero los buques vienen a nosotros  
para aprender cómo el dolor se muere en nuestras  
[manos.*

*¡Salud!  
Sólo con alegría enseñaremos  
a afilar las espadas para las batallas necesarias.*

Josif UTKIN

# Viejos documentos de la Revolución de Octubre (1917)



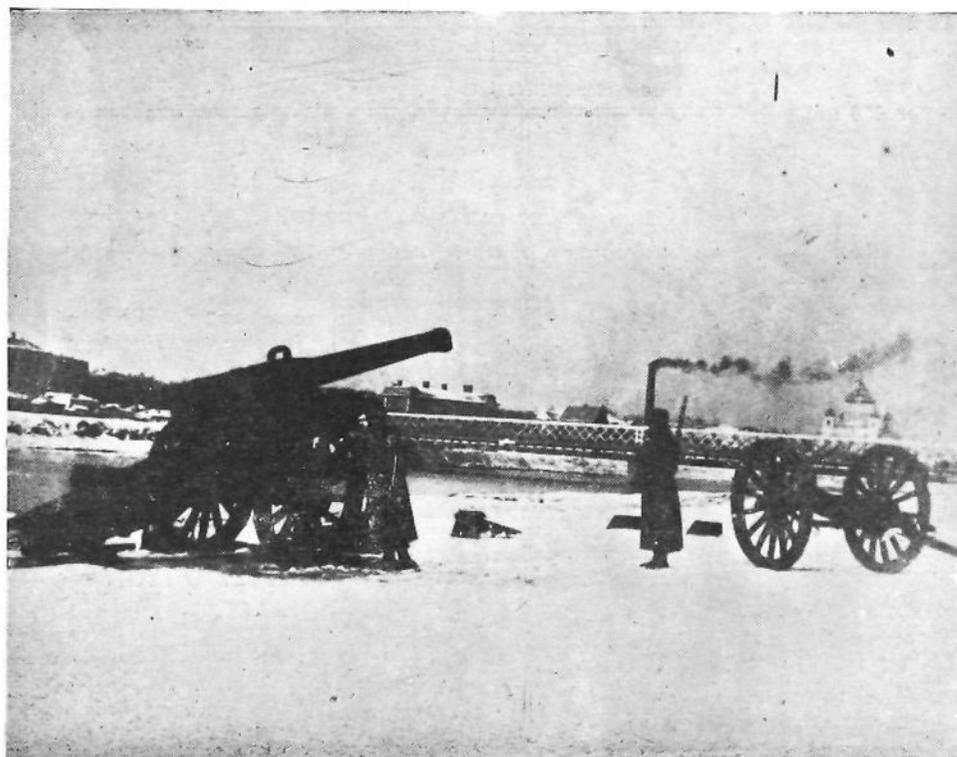
(1) ¿Qué sucederá! En Smolny, el primer Soviet trabaja. ¿Apoyarán la insurrección los marineros?



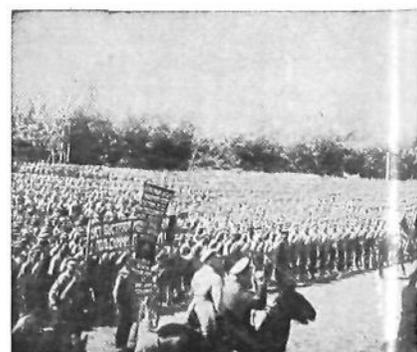
(2) Sí. Los marineros del "Aurora" desembarcan en San Petersburg.



(3) Mientras en Moscú se destruyen los viejos poderes.



(5) Cuando la artillería roja defendía la intervención extranjera, de los ejércitos blancos, la Revolución de Octubre.



(4) ¡Victoria! Son los tiempos del comunismo de guerra



(6) Cuando Lenin hablaba en las calles.



(7) Cuando los soldados alemanes y rusos fraternizaron en las trincheras

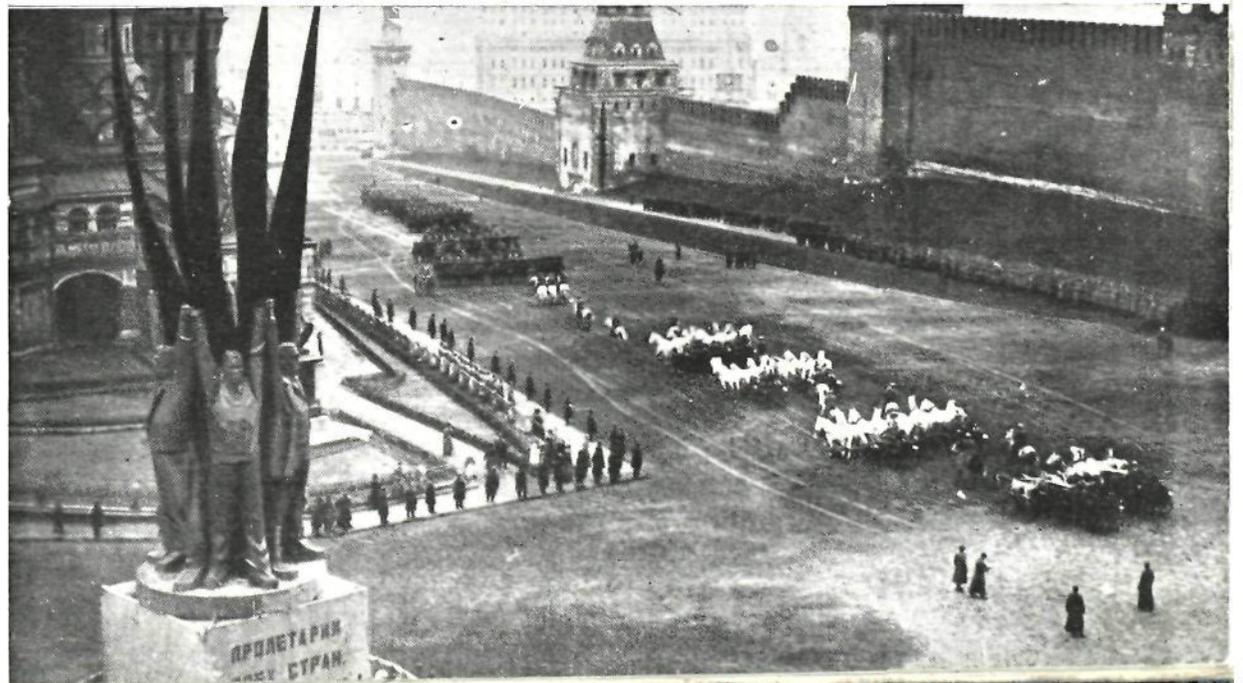


(8) Y las mujeres formaban en la Guardia Roja.



(9) Cuando dos obreros en armas guardaban el cuarto de Lenin

(10) Después  
 de  
 XVI años  
 de triunfo,  
 los vencedores  
 desfilan  
 por  
 la  
 Plaza Roja.



Ayuntamiento de Madrid

# V. I. Lenin visto por M. Gorki

Lenin escribe en 1902: "He leído a Gorki. Me ha gustado mucho. Lo he recomendado a los demás."

En 1912 escribía Gorki: "He recibido el número 187 de la "Pravda" con las condiciones de suscripción para 1913. El periódico no marcha. Después del descenso de la tirada, este verano se levanta muy lentamente y seguimos teniendo déficit. Provisionalmente se han dejado de pagar a los colaboradores diarios, y eso nos crea una situación difícil. Pedimos que se haga entre los obreros una agitación activa a beneficio del periódico; si no, cuando se abra la Duma, no tendremos dónde colocar nuestros artículos. Espero que tome usted parte en esta campaña de agitación para hacer salir el periódico de este mal paso. ¿En qué forma? Si tiene algo que decir sobre alguna cosa de circunstancia, el indicar esto sería un gran anuncio. Envíenos algo. Denos la promesa de enviarlo. En fin, alguna carta suya a los obreros, mostrándoles la necesidad de sostener activamente su periódico, sería una excelente agitación."

En 1910:

"Nadie duda ya que Gorki es un gran artista y que ha prestado muchos servicios al movimiento proletario..."

Cuando contestó al artículo de Gorki sobre los buscadores de Dios, escribía:

"Así que usted está contra los buscadores de Dios para defender a los constructores de Dios. ¿No es esto horrible? Los constructores de Dios no se diferencian de los creadores de Dios, etc., más que un diablo amarillo de uno negro. Hablar de construcción de Dios de otro modo que no sea para condenar todos los zares y todos los dioses, todas las fornicaciones con los cadáveres (toda divinidad es una fornicación con cadáveres, hasta la más pura e ideal), hablar para preferir el diablo amarillo al negro, es cien veces peor que no hablar. ¿Por qué hace usted eso? Es molestísimo. Cuídese bien para poder pasar el invierno sin enfriamientos (el invierno va a ser peligroso.)"

Cuando la prensa burguesa habló de la expulsión de Gorki del

Es difícil hacer su retrato. Lenin vivía todo él dentro de sus palabras, como un pez vive dentro de sus escamas. Era sencillo y recto, como todo lo que decía.

Su heroísmo está desprovisto de brillo. Es la labor humilde y ascética, frecuente en Rusia, del intelectual revolucionario, que está plenamente convencido de que la justicia social es realizable en la Tierra. El valor moral de este hombre estriba en que habiendo renunciado a todos los placeres del mundo, quería cumplir con un deber que tuviese por objeto la felicidad de todos los demás hombres.

Lenin era sabio y clarividente. Pero, "quien dice sabiduría, dice también tristeza". Su mirada se extendía lejos, en el porvenir. Cuando hablaba de la Humanidad, en 1919 y 1921, adivinaba exactamente lo que esta Humanidad llegaría a ser más tarde. A veces hubiéramos querido rechazar sus pronósticos, con frecuencia pesimistas e hirientes; pero, por desgracia, mucha gente después ha justificado sus escépticas apreciaciones.

Debo de comenzar por el Congreso de Londres, durante el cual Vladimiro Iliitch apareció ante mis ojos envuelto en una niebla de dudas y de desconfianza, por parte de algunos; de hostilidad y de odio, por parte de los otros.

Yo no conocía a Lenin y apenas había leído nada escrito por él. Sin embargo, por lo poco que conocía y, sobre todo, por las referencias, siempre llenas de entusiasmo, de los camaradas que le trataban, me sentía irresistiblemente atraído hacia él. Cuando fuimos presentados, me apretó la mano con fuerza, y mirándome con sus ojos escrutadores, me habló como a un viejo amigo, en tono de broma:

—Ha hecho usted bien en venir. Le gustan los alborotos, ¿verdad? Hoy tendremos aquí un magnífico pugilato.

Yo esperaba ver otro Lenin. Me parecía que algo faltaba al que tenía delante de mí. Había engordado, y sus brazos cruzados, con las manos metidas debajo de las axilas, le daban un aire excesivamente desenvuelto. Me pareció que su aspecto era demasiado sencillo para parecer un jefe. He de advertir que, como soy un escritor, mi oficio me obliga a anotar todos los detalles y que esta obligación llega a convertirse en un hábito, fastidioso a la larga.

Vladimiro Iliitch subió precipitadamente al púlpito y pronunció con timidez la palabra "camaradas". Me dió la sensación de que iba a expresarse mal. Sin embargo, unos minutos después, me había dejado arrebatado, como el resto del auditorio, por su discurso. Era la primera vez que oí hablar con sencillez de los problemas políticos más complicados. Lenin no intentaba hacer irases de efecto y lanzaba las palabras como si las tuviera en la palma de la mano, poniendo su significación al desnudo con una naturalidad sorprendente. Es difícil describir la impresión de asombro que producía.

Con el brazo extendido y la mano ligeramente levantada, parecía medir cada palabra, rechazando las del adversario y oponiendo a sus argumentos otros persuasivos que se apoyaban en el derecho y en la obligación que tiene la clase obrera de seguir su camino sin quedarse atrás y sin intentar colocarse al lado de la burguesía liberal. Todo esto sonaba de un modo tan extraño en nuestros oídos, que más que la voz de Lenin, parecía la voz de la Historia la que estábamos escuchando en aquellos momentos.

Este día, Lenin habló menos que los demás oradores, pero la impresión que produjo fué mucho más intensa. Cuando terminó su discurso, sentí detrás de mí un murmullo de admiración:

—Estas son las palabras que hay que tener en cuenta.

Y era verdad: todos sus argumentos se desarrollaban solos, por la fuerza de convicción que llevaban en ellos mismos.

Antes de separarnos, en Londres, Lenin me prometió venir a descansar a la isla de Capri. Pero le vi antes, en París, en un pequeño alojamiento de estudiante, compuesto de dos habitaciones, en las cuales reinaba una limpieza y un orden perfectos. Su mujer, Nadejda Konstantinovna Kroupskaïa, preparó el té y nos dejó solos.

Con una extraordinaria precisión y viveza, Lenin habló de la Duma, de

Partido, Lenin hizo publicar en "El Proletario" una carta:

*"El fin de esta campaña de habladurías está bien claro. Los partidos burgueses quisieran ver a Gorki fuera de la social democracia. Los periódicos burgueses sudan sangre y agua para acusarle de desacuerdo con nuestro partido, y lo exageran monstruosamente. Esfuerzos inútiles. El camarada Gorki está demasiado unido al proletariado de Rusia y del mundo para que contestemos de otra manera que con el desprecio."*

Hasta en momentos después de la Revolución de Octubre encuentra tiempo de ocuparse de Gorki:

*"Escupe usted sangre y no se quiere ir... Esto es escandaloso. En Europa estará usted en un sanatorio, le curarán y podrá trabajar seis veces más. Vaya y cúidese. No sea obstinado, se lo suplico."*

los *cadetes* (constitucionales demócratas), que no eran más que "octubristas vergonzantes" y que no tenían más que un camino a seguir: el de la derecha. Me citó argumentos que demostraban la inminencia de la guerra y "probablemente no una guerra aislada, sino toda una serie de ellas". Este pronóstico no tardó en realizarse en los Balkanes.

Paseándose lentamente por la habitación, los pulgares metidos en las sisas del chaleco, los ojos brillantes bajo los párpados arrugados, me decía:

—La guerra va a estallar inevitablemente. El mundo capitalista ha llegado a un estado de eferescencia pútrida; el chauvinismo y el nacionalismo envenenan a los hombres. Creo que nosotros veremos la guerra paneuropea. ¿El proletariado? Dudo que tenga la suficiente fuerza para conjurar la matanza. ¿Cómo podrían hacerlo? ¿Con una huelga de todos los obreros de Europa? No están suficientemente organizados para eso. Sería el comienzo de una guerra civil, ya que nosotros, políticos realistas, no contamos en estos casos.

Se detuvo, agitado, y continuó sombríamente:

—Sin duda el proletariado va a sufrir de un modo terrible. Es su destino, por el momento. Pero también es inevitable que sus enemigos se agoten mientras se destruyen unos a otros.

Se acercó a mí y con cara de asombro dijo enérgicamente, pero sin alzar apenas la voz:

—¿Por qué razón los que están hartos conducen a los hambrientos al matadero? ¿Es posible que pueda cometerse un crimen más estúpido y abyecto? Los obreros van a pagarlo caro, pero, al final, ellos serán los vencedores. Esta es la voluntad de la Historia.

Sus palabras le habían emocionado. Se sentó, enjugó el sudor de su frente,

bebí el té frío y, cambiando de conversación, me hizo esta pregunta a quemarropa:

—¿Qué es toda esta historia que le ha sucedido a usted en América? Conozco los hechos por los periódicos, pero ¿cómo ha ocurrido todo ello?

Le cuento brevemente mis tribulaciones. Jamás he visto una risa tan contagiosa como la suya. Era curioso ver a este hombre tan ceñido a la realidad, tan inquebrantable en su odio al capitalismo, que veía de un modo tan claro las grandes e inevitables tragedias sociales, reír como un niño hasta derramar lágrimas. Es preciso tener una gran salud moral para poder reír así.

—Tiene usted buen humor—repetía entre explosiones de risa—. Nunca lo hubiera creído. Es gracioso...

Y poniéndose serio, continuó:

—Tiene usted la suerte de tomar las cosas desagradables por su lado cómico. El buen humor es una cosa sana. Lo comprendo perfectamente, aunque siempre he carecido de esta cualidad. Y, sin embargo, en la vida lo humorístico se suele dar con la misma frecuencia que lo triste.

Tenía que verle al día siguiente; pero llovía, y como yo había tenido una hemoptisis por la tarde, tuve que marcharme la víspera del día que había fijado para mi viaje.

Después de vernos en París, volvimos a encontrarnos en Capri. De este sitio conservo una impresión singular: como si Lenin hubiera estado allí dos veces, y cada vez con un carácter completamente diferente.

Uno de estos dos Lenin, distinto al otro, me dijo, apenas desembarcado y cuando yo iba a su encuentro:

—Alejo Maximovitch, sé muy bien que intenta usted reconciliarme con los "machistas", a pesar de las advertencias que le hice en mi carta. Le ruego que desista de hacer nada en este sentido.

Por el camino, y de nuevo en mi casa, traté de hacerle comprender que no tenía razón. Mi intención no era apaciguar discordias filosóficas, que, por otra parte, no comprendía bien. Además, desde mi juventud sentía un gran escepticismo por la filosofía, ya que contradecía a mi experiencia "subjetiva": para mí el mundo estaba en sus comienzos, en el "devenir". Por otra parte, yo sabía que la filosofía, como una mujer, puede ser fea y hasta monstruosa, y, sin embargo, por una habilidad especial en el arte de vestirse, llegar a parecernos bella.

Esta observación hizo reír a Lenin.

—No son más que palabras—me dijo—. Pero, cuando dice usted que el mundo no ha hecho más que empezar, tiene usted razón. Esta idea le llevará a donde debía de estar usted hace mucho tiempo.

Le dije entonces que A. Bogdanov, A. Lounatcharski y B. Bazarov eran, a mi juicio, hombres eminentes, cultos y útiles al Partido.

—Admitámoslo. ¿Y después?

—Son hombres coaligados para conseguir un mismo fin, y la unidad de este fin, comprendido en toda su profundidad, debía borrar las contradicciones filosóficas...

—Entonces, ¿espera usted reconciliarnos? Está usted equivocado. Puede usted perder esa esperanza; se lo aconsejo como amigo. Según usted, Plekhanov persigue el mismo fin; yo, en cambio, creo todo lo contrario, a pesar de que Plekhanov es materialista en lugar de metafísico.

Nuestra discusión terminó ahí. Es posible que yo no haya reproducido textualmente las palabras de Lenin, aunque estoy cierto de haber expresado el sentido exacto de ellas.

Lenin me pareció aún más firme, más inflexible que en el Congreso de Londres. Allí estaba emocionado y yo sentía que la escisión del Partido le había hecho pasar momentos muy penosos.

Ahora le veía tranquilo, un poco frío y sarcástico, evitando resueltamente las discusiones sobre asuntos filo-

sóficos y procurando mantenerse constantemente en guardia. A. Bogdanov, hombre simpático y dulce, algo susceptible, tenía que oír continuamente las palabras, a veces hirientes que le dirigía Lenin:

—Schopenhauer dice: “El que piensa de un modo claro, se expresa con claridad”. Creo que no se ha dicho una verdad mayor. Explíqueme, en frases breves y concisas, lo que la “substitución” de ustedes puede dar a la clase obrera y por qué el “machismo” es más revolucionario que el marxismo.

Bogdanov trataba de explicarse, pero hablaba en términos vagos y difusos.

—Dejemos esto—aconsejaba Lenin. Creo que ha sido Jaures el que ha dicho: “Vale más decir la verdad que ser ministro”, y yo añadiría: “y machadista”.

Luego, con un furor reconcentrado, se ponía a jugar al ajedrez con Bogdanov. Si perdía en el juego, se enfadaba y desanimaba como un niño. Pero conviene señalar un hecho curioso: ni su carácter infantil, ni su risa admirable, turbaban lo más mínimo la compacta unidad de su naturaleza.

En Capri existía también otro Lenin, excelente camarada, siempre dispuesto a todo, que se interesaba por lo que pasaba a su alrededor y dotado de una gran dulzura en sus relaciones con la gente.

Una tarde, cuando todos se habían marchado a pasear, nos dijo a M. Andreeva y a mí, con un sentimiento de profundo pesar:

—Son hombres inteligentes y activos, que han trabajado mucho por el Partido, aunque creo que podían haber hecho diez veces más. Pero, no vendrán con nosotros. Centenares de hombres como ellos han sido aniquilados por este régimen criminal.

Y otro día:

—Lounatcharski volverá al Partido; es menos individualista que los otros. Tiene una naturaleza extraordinaria; yo siento una gran debilidad por él. ¡Que el diablo me lleve! He aquí un sentimiento estúpido: “sentir debilidad”. Lounatcharski tiene algo de la luminosidad de Francia; su ligereza también es francesa y en él hay una ligera repercusión del estetismo.

No he conocido a ningún hombre que estando tan encima de los otros, haya sabido huir de la vanidad, demostrando un vivísimo interés por los humildes.

Había en él una especie de magnetismo que le hacía conquistar el corazón de los trabajadores. No hablaba el italiano, pero los pescadores de Capri, que habían visto a Chaliapine y a otros grandes hombres rusos, sentían instintivamente por Lenin una gran simpatía. Su risa les cautivaba. Era la risa del hombre que conociendo a fondo la miseria humana, sabe admirar el candor de las almas sencillas.

Un viejo pescador llamado Giovanni Spadaro ha dicho de Lenin:

—Hay que ser un valiente para poder reír así.

Embarcado en una lancha, mecido por las olas azules, transparentes como el cielo, Lenin aprendía a pescar sin caña, sujetando la cuerda con la mano. Los pescadores le habían dicho que tenía que tirar de la cuerda en cuanto sintiese la más ligera sacudida.

—Así: “drin drin”. ¿Comprendido?

En cuanto sentía un pez en el anzuelo, gritaba con una alegría infantil:

—¡Ya está! ¡Drin drin!

Los pescadores reían a carcajadas y empezaron a llamar “Signor Drin-drin” a su nuevo colega.

Cuando se marchó Lenin, los pescadores me preguntaban siempre por él.

—¿Y a Drin-drin, cómo le va? ¿Es que el Zar no intentará pescarle?

La vida es una cosa complicada; sin saber odiar es imposible amar sinceramente. Esta necesidad de desdoblar el corazón, de amar odiando, altera la naturaleza humana y condena la vida moderna a la destrucción.

En Rusia, en donde se predica el sufrimiento como una panacea universal para la “salvación del alma”, no he conocido a ningún hombre que, como Lenin, odiase y rechazase los males, las penas y los dolores que afligen a la Humanidad.

Ese desdén por los dramas y tragedias de la vida, realza ante mis ojos a Lenin, que procede de un país en donde todos los hombres geniales se han consagrado a glorificar el dolor, iniciando a la juventud en la vida con libros plagados de historias monótonas, de pequeños dramas cotidianos.

La literatura rusa es la más pesimista de Europa. Entre nosotros, los libros no tratan más que de nuestros diferentes modos de sufrir; en la juventud y en la madurez sufrimos por falta de espíritu, por la opresión zarista, por el amor de las mujeres, por la mala organización del mundo. En la vejez lamentamos los errores de otros tiempos; nos faltan los dientes, no digerimos y sentimos con espanto la proximidad de la muerte. Todo ruso que haya pasado un mes en una prisión política o un año en el destierro, se cree en la obligación de escribir un libro de memorias en el que relata con toda minuciosidad sus sufrimientos.

A ninguno de nosotros, en cambio, se le ha ocurrido escribir relatando los placeres experimentados durante el transcurso de su existencia. Como los rusos tienen la costumbre de imaginar su vida, y no saben, en cambio realizarla, es probable que si alguno de ellos escribiese un libro tratando de la felicidad, pudiese enseñar a los demás el mejor camino para inventarse una vida dichosa.

Admiro el odio irreductible de Lenin por las miserias de los hombres, su creencia en que el dolor no es la base eterna de la vida, sino más bien una ignominia que los hombres pueden y deben remediar.

Este rasgo dominante de su carácter, se sale de la idiosincrasia común a la mayoría de los rusos y demuestra un raro optimismo de materialista militante. Nadie como Lenin ha sabido impedir que los hombres vivan con arreglo a un hábito adquirido.

El odio de la burguesía mundial hacia este hombre aparece desnudo y odioso y su abyección nos muestra en todo su relieve la grandeza de Lenin, agitador y jefe de los proletarios de todos los países.

No vive ya entre nosotros, pero su voz resuena siempre potente, siempre triunfante para los trabajadores y

no hay rincón del mundo en que esta voz no incline el ánimo de los obreros a la Revolución, hacia una vida nueva, hacia la construcción de un mundo en el que todos seamos iguales. Con una mano cada día más segura, cada día más eficaz, los discípulos de Lenin, herederos de su fuerza, llevan a cabo la gran obra de la Revolución

Antes de 1918 y a la criminal tentativa de asesinar a Lenin, no había vuelto a encontrarle en Rusia. Lo ví de nuevo cuando aún manejaba mal su brazo herido y apenas podía mover la cabeza. Al expresarle mi indignación por el cobarde atentado, me contestó de mala gana, como quien habla de algo fastidioso:

—Inconvenientes de la lucha, ¡Qué le vamos a hacer! Cada uno obra como puede.

Nuestra entrevista fué cordial, pero los ojos penetrantes de Lenin observaban, con una conmiseración manifiesta, mi aspecto atemorizado.

Al cabo de unos minutos, Lenin se echó a reír.

—El que no está con nosotros, está contra nosotros. Es una ilusión pensar que hay hombres que no dependen de la Historia. Admitamos que en otros tiempos los hubo; hoy no existen ni pueden existir, porque nadie tiene necesidad de ellos. Todos, hasta el ser más insignificante, estamos unidos en el engranaje de la realidad, que hoy está más embrollado que nunca. Usted dice que yo simplifico demasiado la vida, pero ¿cree usted que esta simplificación amenaza la civilización?

Oí su "hem-hem" irónico. Su mirada aguda se hizo más penetrante, y, bajando el tono de la voz, continuó:

—¿Cree usted que los millones de campesinos armados no amenazan también la civilización? ¿Piensa usted que la Constituyente habría conseguido dominar su anarquismo? Usted, que tanto habla de la anarquía en las aldeas, debía de comprender mejor nuestro trabajo. Hay que enseñar a las masas rusas algo sencillo, que esté al alcance de su inteligencia. Y el comunismo y los soviets es una cosa muy sencilla. ¿La alianza de los obreros con los intelectuales? No está mal, pero dígales a los intelectuales que vengan con nosotros. Dice usted que están sinceramente al servicio de la justicia. Entonces, ¿qué es lo que les detiene? ¿Que vengan con nosotros, que somos los que hemos emprendido la enorme tarea de poner al pueblo de pie y de decir al mundo toda la verdad sobre la vida! Nosotros les mostraremos el camino directo que conduce a una existencia digna del hombre, lejos de la esclavitud, de la miseria, de las humillaciones...

Rió ligeramente y prosiguió, tranquilo:

—Por esta razón, los intelectuales han atentado contra mí

Habiendo descendido nuestra conversación al nivel normal, continuó con algo de despecho y tristeza:

—Yo no niego que tengamos necesidad de los intelectuales. Pero, usted mismo verá que se nos muestran hostiles y que comprenden mal las exigencias de los tiempos. No quieren darse cuenta de que sin nosotros no pueden hacer nada, que no conseguirán nunca ponerse en contacto con la masa. La culpa será de ellos si nos vemos obligados a destruir demasiado.

A pesar de la frecuencia de nuestras conversaciones, siempre volvíamos al mismo tema. Lenin desconfiaba de los intelectuales, pero en realidad, apreciaba en su justo valor el aportamiento de su energía en el proceso de la revolución y admitía que, en el fondo, ésta no era más que una explosión de dicha energía, que no había encontrado la posibilidad de evolucionar normalmente en un ambiente demasiado viejo y estrecho.

Recuerdo haber visitado a Lenin en unión de tres miembros de la Academia de Ciencias. Hablamos de la reorganización de una de las instituciones científicas más antiguas de S. Petersburgo. Cuando los académicos se marcharon, Lenin me dijo, visiblemente satisfecho:

—Esto marcha bien. Son hombres inteligentes. Todo lo que dicen es razonable, formulado con sencillez. Saben lo que quieren y es una verdadera satisfacción para mí el trabajar con gente así. Sobre todo el que más me agrada es... Y aquí citó uno de los nombres más eminentes de la ciencia rusa. Al día siguiente me llamó al teléfono:

—Pregunte a S... si quiere trabajar con nosotros.

S... aceptó, y Lenin se consideró feliz. Frotándose las manos, decía satisfecho:

—Así es... Atraeremos hacia nuestro campo a todos los Arquímedes del mundo, y la Tierra entera, aunque se resista, tendrá que dar la vuelta.

En el 8.º Congreso del Partido, Boukharine había dicho:

—La burguesía y el proletariado, unidos, forman la nación. Reconocer a la primera el derecho de disponer libremente de sí misma, no conduce a nada.

—Perdón—replicó Lenin—, esto conduce a lo que, en realidad, ya existe. Invocáis el proceso de la separación del proletariado y la burguesía, pero hay que saber, de antemano, cómo se desarrollará este proceso.

Añadió también, poniendo como ejemplo a Alemania en el lento y penoso desarrollo de su revolución, que "la integración del comunismo no puede hacerse por la violencia", y habló del papel de los intelectuales en la industria, el ejército y la cooperación.

—Este problema debe quedar resuelto en el próximo Congreso. Nosotros no podremos edificar el comunismo hasta que los medios de la ciencia y de la técnica burguesa lo hayan hecho accesible a las masas. Para esto necesitamos la colaboración de todos los especialistas, ya que sin ellos resulta imposible aumentar las fuerzas productoras. Hay que rodearles de una atmósfera de solidaridad amistosa, de comisarios obreros, de comunistas; colocarles en unas condiciones que les hagan imposible la salida de este medio, ofreciéndoles, al mismo tiempo, la posibilidad de trabajar mejor que con el régimen capitalista, ya que estos elementos, educados por la burguesía, se negarían a colaborar de otro modo. Es imposible hacer trabajar a golpes de látigo a toda una capa social. Los técnicos están acostumbrados al trabajo cultural, que era el que realizaban bajo el régimen burgués, enriqueciéndolo con inmensas empresas ma-

teriales y no dando más que una ínfima dosis de su trabajo al proletariado. Su misión, sin embargo, era hacer progresar la civilización. Cuando se den cuenta de que la clase obrera aprecia la civilización y la propaga a las masas, cambiarán de actitud con respecto a nosotros. Y entonces, no solamente se habrán separado de la burguesía en el terreno político, sino también en el moral. Hay que atraerles a nuestro servicio, sin retroceder ante los sacrificios que sean necesarios. Sin hacerles la guerra, hay que procurar colocarles en las mejores condiciones posibles. Creo que es la mejor política a seguir.

Dotado de una fuerza de voluntad extraordinaria, Lenin, que poseía todas las cualidades dignas de un intelectual revolucionario, no vacilaba en privarse de todo, en sacrificarse, diciendo como uno de los héroes de L. Andreev: "Los hombres viven mal; es preciso que yo viva como ellos."

En 1919, que fué un año muy penoso, le molestaba comer las provisiones que algunos camaradas, soldados y campesinos le enviaban desde las provincias. Cuando, en su incómodo alojamiento, recibía los paquetes con comestibles, fruncía el entrecejo, se quejaba como avergonzado y se apresuraba a distribuir la harina, el azúcar y la manteca entre los enfermos y los camaradas debilitados por la falta de alimento.

Un día que me invitó a comer, me dijo:

—Le obsequiaré con pescado ahumado, que me han enviado de Astrakán.

Y frunciendo las cejas bajo la frente socrática, me lanzó, con sus ojos penetrantes, una mirada oblicua, al mismo tiempo que decía:

—Me envían regalos como si fuera un señor. No sé cómo suprimir esta costumbre. Si no los acepto, ofendo a mis camaradas, pero veo que todo el mundo, en derredor mío, tiene hambre.

Era poco exigente y no le gustaba el vino ni el tabaco. Todo el día, desde la mañana a la noche, trabajaba incansablemente, sin cuidarse, rodeando, sin embargo, de solicitud la vida de sus camaradas.

Sentado en su despacho, me decía una tarde, mientras escribía rápidamente, sin levantar la pluma:

—Buenos días. ¿Cómo le va? Terminó en seguida. Estoy escribiendo a un camarada de provincias que se aburre, lo cual demuestra que está fatigado. Hay que consolarle. El ánimo es una cosa muy importante.

Otro día, en Moscú, fuí a verle.

—¿Ha cenado usted?—me preguntó.

—Sí.

—¿Es de verdad?

—Tengo testigos. He cenado en la cantina del Kremlin.

—He oído decir que la comida es mala.

—No es del todo mala, pero podía ser mejor.

Empezó a preguntarme y a indagar los medios que podrían ponerse en práctica para mejorar la calidad de la comida.

—¿No sería fácil encontrar un buen cocinero? La gente se agota trabajando y necesita alimentos bien condimentados para que puedan comer más. Tenemos pocos víveres y malos; por consiguiente, hay que pensar en un buen cocinero que pueda suplir las deficiencias de las primeras materias.

Citó la frase de un higienista sobre la importancia de los ingredientes sabrosos en la alimentación y la digestión.

—¿Cómo puede usted encontrar tiempo para pensar en estas cosas?—le pregunté.

—¿En la alimentación racional?—me interrogó él a su vez.

Y por el tono de su respuesta, comprendí que mi pregunta había sido inoportuna.

Lenin daba poca importancia a sus íntimos sentimientos y solía sufrir en silencio las tempestades de su alma. Sin embargo, un día que paseaba por el parque de Gorki, dijo mientras acariciaba a unos niños:

—Estos pequeños vivirán mejor que nosotros, porque no tendrán que sufrir lo que nosotros hemos sufrido. Su vida será menos cruel.

Y mirando pensativamente hacia las colinas lejanas, en donde se veían diseminadas las casas de una aldea, añadió:

—No les envidio, a pesar de todo. Nuestra generación ha sabido realizar una tarea asombrosa por su significación histórica. La crueldad feroz de nuestra vida, será comprendida y justificada. ¡Todo será al fin comprendido!

Un día vi sobre su mesa de trabajo un volumen de "La guerra y la paz".

Sí, leo a Tolstoi. He querido releer la escena de la caza, pero en seguida he recordado que tenía que escribir a un camarada. Apenas me queda tiempo para leer. Hasta esta noche no he podido hojear el libro de usted sobre Tolstoi.

Sonrió, entornando los párpados y, arrellenándose en su butaca, continuó, bajando la voz:

—Tolstoi es un artista y un coloso. ¿Sabe usted lo que más me sorprende de él? Pues que antes de que creara sus personajes no había un verdadero campesino en toda la literatura rusa. ¿Quién, en Europa, podría colocarse al lado de Tolstoi? Nadie.

Con frecuencia había yo observado en Lenin su orgullo por el arte ruso.

V. Desnitski Stroev me contaba que viajando con él por Suecia iban leyendo en el tren una monografía alemana sobre Alberto Durero. Unos alemanes que viajaban en el mismo departamento preguntaron por el título del libro, confesando que no habían oído nunca hablar del gran pintor. Lenin, sonriente, dijo en voz baja a Desnitski:

—No conocen a los suyos. Nosotros, en cambio, los conocemos perfectamente.

Una noche, en Moscú, estando en casa de E. Pechkova oyendo las sonatas de Beethoven, ejecutadas por el pianista Dobrowein, Lenin dijo:

—No conozco nada más sublime que la Appassionata. A veces, con un orgullo un poco ingenuo, me digo: ¿Qué milagros pueden llegar a realizar los hombres!

Y sonriendo tristemente, añadió:

—No se debe oír música con demasiada frecuencia, por que llega a enervar; se siente uno inclinado a decir tonterías

y a pasar la mano por la cabeza de los seres que son capaces de crear obras tan bellas. Y hoy no se puede contemplar a los hombres, pues que serian capaces de morder la mano que los acaricia. Hay que dar a la gente en la cabeza, golpearlos sin piedad, aunque nuestro ideal sea contrario a toda violencia. ¡He aqui una misión difícil de llevar a cabo!

●

He hablado ya de la solicitud de Lenin hacia sus camaradas, de su delicadeza para suavizar las pequeñas contradicciones de la vida. Sus sentimientos eran de una gran cordialidad a pesar de su arrebatado en las discusiones, de sus burlas a veces despiadadas y crueles.

Sentía una gran admiración por el valor que habían demostrado los hombres que trabajaban en las condiciones infernales de los años 1918 a 1921, rodeados de espías de todos los países y partidos, en medio de los complots que se cebaban en Rusia, agotada por la guerra. Había que vivir siempre alerta, comiendo poco y mal, trabajando sin tregua ni reposo. Lenin soportaba con entereza estas condiciones durísimas y la crueldad de una vida truncada en su base por la sangrienta tempestad de la guerra civil.

Sólo una vez, durante una entrevista con M. Andreeva, se le escaparon unas frases de queja:

—¡Qué le vamos a hacer, María Fedorovna! Es preciso luchar, aunque sea de un modo penoso. No crea usted que esto es siempre fácil; hay momentos muy duros. Ahí tiene usted a Dzerjinski. ¡Cómo ha cambiado! No se puede hacer nada. Pero, más vale sufrir, con tal de que llevemos a cabo nuestra tarea.

●

Vladimiro Lenin ha muerto, y su muerte ha repercutido dolorosamente en el corazón de todos los que le hemos conocido. Pero, la huella negra que ha dejado esta muerte no ha hecho más que subrayar su obra, su misión de apóstol de todos los trabajadores del mundo. Y si las sombras del odio y de la mentira pueden aún acumularse alrededor de su nombre, ninguna fuerza podrá apagar la antorcha encendida por Lenin para iluminar las tinieblas del mundo enloquecido. Nadie como este nombre ha merecido quedar anclado para siempre en la memoria de la gente.

Vladimiro Lenin ha muerto, pero viven los herederos de su espíritu y de su voluntad. Viven y trabajan más eficazmente que todos los que en la Tierra trabajaron antes que ellos.

**Máximo GORKI**



# Quince años de literatura soviética

El encuentro del Octubre bolchevique y los escritores rusos no fué feliz. Liberales, abogados del pueblo, escritores de la vieja Rusia, rehusaron aceptar la Revolución y la huyeron. Del otro lado de la frontera la calumniaron olvidando las tradiciones "humanitarias" y no respiraron más que odio y venganza contra la "plebe" sublevada.

El acontecimiento no sorprendía ni al proletariado ni al Partido. Pero turbó los espíritus de los intelectuales pequeño-burgueses. ¿Por qué? La literatura rusa había, en otros tiempos, expresado las aspiraciones más nobles de la Humanidad. Cuando llegó el socialismo, le volvieron la espalda. Esto necesita una explicación. La tiene. Pero para comprender estos hechos hay que mirarlos desde un punto nuevo y proletario.

La leyenda del carácter "ideal" de la literatura rusa, de su papel educador, estaba muy extendida. Hace varias decenas de años el profesor Venguerov escribió un trabajo: "El carácter heroico de la literatura rusa". Tolstoi y Dostoevski fueron declarados conocedores de vidas y almas, maestros de conciencias.

Verdad es, también, que en los mejores escritores rusos se observa una tendencia a la moralización y un cierto deseo de servir la causa libertadora, mayor que en sus colegas franceses o ingleses.

La razón era las condiciones duras de los escritores bajo el régimen zarista. Entre las máscaras burocráticas de Gogol, los mercaderes de Ostrowky; en el país de economía retrasada, oprimida por la corte con funcionarios ávidos, policía grosera y censura despiadada, los intelectuales eran muchas veces la única válvula del dolor de los humildes. La inferioridad de Rusia respecto a Occidente invitaba, en los medios intelectuales, a representar el papel de iniciadores del progreso.

Las contradicciones de la vida rusa empujaron a ciertos escritores que venían de la nobleza a pasarse al campo de los oprimidos. Así Tolstoi se hizo intérprete de los campesinos y Lenin pudo considerarle "espejo de la revolución rusa". Sucedió también que estos nobles descontentos empezaban en Schiller para terminar en Thiers, tiranizando sus pequeños dominios y cometiendo las mayores villanías a la sombra del trono.

Se vió, a pesar de su deseo subjetivo, reunirse los Gogol, los Tolstoi, los Saltykov y hasta los Turguenev y los Dostoevski facilitar el paso de la revolución. Hasta Turguenev, el más occidental y esteta de los rusos, no pudo limitarse al arte por el arte, y juró redimir los campesinos de su servidumbre. Esta tradición liberal parecía una herencia de los escritores rusos. Así nuestra literatura se presentó en Occidente, si no con gorro frigio, con la blusa de Tolstoi y arrastrando las cadenas de Dostoevsky.

Pero esta reputación disimulaba antagonismos profundos. La literatura rusa no podía parecer conmovedora más que a un lector mal informado, a un pequeño burgués occidental que aceptase en bloque el Oriente misterioso con su "alma eslava", osos corriendo por las calles de Moscú y lágrimas expiatorias de héroes romanos.

Lo primero que la Revolución de Octubre quebró fué la leyenda de unidad de la literatura rusa. Una verdad simple y clara para el proletariado se iluminó para los otros: la lucha de clases separaba también a los escritores rusos. Esta fué la primera gran conquista teórica de nuestra literatura actual.

Allí empezó la historia de la literatura soviética, la historia de la lucha por una literatura socialista.

Octubre encontró a la cabeza de la literatura rusa un grupo de autores originales y de gran talento, de formación europea, que tenían como vasto programa renovar la literatura y la civilización nacional. Eran los simbolistas.

El simbolismo, inseparable de los nombres de Briusov, André Bely, Balmont, Blok, Sologub, era hijo del capitalismo industrial. Hablaban de la Rusia de los palacios de provincias, de los viejos salones moscovitas, de los grandes jardines nevados de los mercaderes. Estos lectores del suplemento literario de la "Niva" (campo), conocían a Maeterlinck y a Baudelaire, y los juegos intelectuales de la cultura de Occidente. Ese era el sentido íntimo del simbolismo.

Se trataba de europeizar moralmente Rusia, mientras los Morozov y los Riabrichinsky pretendían transformar sus fábricas y minas a la moda belga o británica.

Contra esta literatura burguesa se levantó "Zanié" (saber). Era un grupo heterogéneo, pero unido por la adoración a las "luces", y se dirigía a los trabajadores. En "Posrednik" (Intermediario) había un grupo muy mezclado: Kuprin, Artsybachev, Zaitsev, Leonidas Andreev. Un grupo de rebeldes literarios marchaba separado: Maiakovsky con sus futuristas.

Los cañones del cruceo "Aurora" disparando desde el Neva sobre Kerenski, oculto en el palacio de Invierno, parecieron dislocar la línea de batalla de la literatura rusa. Pero cuando la Revolución, libre de Rasputin y Nicolás, siguió su avance hacia las cajas de caudales de los capitalistas, el ardor bélico de los "liberales" se deshizo, como una pompa de jabón. Unos emigraron, como Kuprin y Zaitsev; los otros, trataron de morder la Revolución.

Eran los primeros, los años duros. Los cañonazos del frente de la guerra civil llenaban el aire: Lenin iba de Smolny a los mítines de barrio. El nacimiento del año nuevo de la Humanidad se anunciaba penoso. Se helaban las locomotoras. No había trajes ni alimentos. Pero en el hogar de la historia subía la llamarada de la revolución proletaria, del heroísmo obrero. No se trataba de hacer literatura. Pero para no entorpecer la obra de los hombres de la pluma, el proletariado victorioso les dió en Petrogrado una casa y raciones de víveres: "¡Vivid y trabajad!"

En 1918-1920 aún vegetaba la literatura anterior a Octubre. Z. Hippius y Merejkovski escribían, rabiosos:

"Les colgaremos en silencio".

En Moscú, Birnina excluía de la Asociación de Escritores a Serafimovich por "haberse vendido a los bolcheviques". Los unos maldecían y ladraban, los otros huían al Don. El filósofo ortodoxo Berdiaev, desfigurado por su tic, sacaba la lengua para llamar a la "conciencia religiosa" del intelectual ruso.

Desde los primeros días, con Maiakovski y Essenin hubo poetas como Briussov, Alejandro Blok, André Bely, que se incorporaron a la Revolución proletaria.

¿Por qué? ¿Por qué estos intelectuales, poetas burgueses, rompieron abiertamente con su pasado? ¿Cómo estos discípulos de la Filosofía idealista, estos aristócratas de la estética, pudieron descender de su torre de marfil para bajar a la calle junto al soldado sublevado bajo los estandartes de la Revolución?

"Para desgracia de los burgueses, incendiaremos el Universo", escribía Blok en su famoso poema "Los 12". Con él saludaba a Octubre.

Este fenómeno, incomprensible a primera vista, estaba preparado por las contradicciones del capitalismo ruso. Llegaba retrasado y traía gérmenes de su podredumbre acompañando su prosperidad. El simbolismo, como tendencia literaria, se había asimilado esos elementos contradictorios de imperialismo y decadencia, de arte refinado y de nostalgia del salvaje "scita". Los simbolistas que se plegaron a Octubre, lo acogieron como un gran castigo, como un fuego purificador sobre la vieja Rusia, para introducir "La América nueva" (nombre de un poema de Blok).

Claro es que ésta no era la verdadera significación de Octubre. El entusiasmo que se despertó en Blok, Essenin, Maiakovski, no pudo parecer ultrarrevolucionario más que en sus comienzos. Esta explosión de nihilismo disimulaba mal el desconcierto del pequeño burgués ante la Revolución, que transformaba las bases de existencia. Los literatos se reunían en torno a una chimenea, donde ardían las "Historias del Arte" y las Enciclopedias. La casa de los escritores publicaba una pequeña revista: "El rincón de los libros". Era un pequeño mundo casi familiar, donde se imprimían las cartas que entre sí se escribían.

En la "Casa del Arte", Eugenio Zamiatin insertaba su artículo "Tengo miedo": "Tengo miedo que la literatura haya cesado de existir entre nosotros".

Sí, la verdadera literatura burguesa, defendiendo los intereses de clase, no podía existir en el país de la dictadura del proletariado. Entre esos restos se empezaban a cuajar los brotes de una literatura nueva.

Los dos o tres años primeros después de Octubre, marcaron el declinar de la vieja literatura. Los futuristas dominaron un momento. El futurismo ruso había seguido otros caminos que el futurismo italiano de Marinetti. Su "bofetada al gusto público" tenía motivos sociales. Era una rebelión contra la burguesía y sus costumbres. Los futuristas acogieron la Revolución de Octubre con gritos de júbilo. Llenaron las calles de carteles y poemas. Todo era exagerado, raro, respiraba aire de epatar al burgués, insultos y desafíos. Desgraciadamente, este concepto de la Revolución de Octubre como negación y destrucción universal, era un concepto pequeño-burgués. La sola diferencia era que los nuestros hacían gloria de un nihilismo "revolucionario", mientras los otros de Occidente se horrorizaban con las "hordas bolcheviques". En el periódico de los futuristas, Lunatcharsky se horrorizaba "por los derroteros de los futuristas contra el pasado y su inclinación a hablar en nombre de una escuela y de un poder".

Pero la audacia de Maiakovsky y de sus camaradas, que son los "cielos" y los "lampadarios" simbolistas recordaban a los lectores "La mujer viva", su entusiasmo romántico por las perspectivas mundiales ("¡blusas azules, pasado el océano!"), encontró eco entusiasta entre las juventudes de las escuelas.

La vida del escritor parece inseparable de su obra. Un cordón de intervenciones militares rodeaba la República. Todo era un frente de propaganda política. Faltaba el papel. Se paraban las imprentas. Cesaban de aparecer los libros. Todo se consagraba a la defensa: el saco de harina y el trozo de papel. En la capital hambrienta se reunían los literatos. En "La Hostería de Pegaso", se podía calentar el estómago con una taza de té azucarado con sacarina y escuchar a los poetas célebres: Briussov, Maiakovski, Essenin. Se discutía de arte. Nacían y morían dioses y diosas. Les gustaba la audacia y la medían por el número de vasos rotos. "La Hostería de Pegaso" había recibido de Essenin esta divisa:

"Escupe hojas, tormenta; no eres más bribón que yo."

Allí floreció la famosa escuela de poetas imaginistas. Su jefe fué Essenin. Allí bebía y allí recibió del pasado la herida de muerte. Allí escribió "Moscú-Taberna". Allí la desesperación de su vida se unió a la desesperación de su impotencia. Es el período del "café" en la literatura rusa.

Pero en esos cinco primeros años de la Revolución, la voz de la literatura proletaria empezaba ya a oírse. Existía antes de Octubre, pero sólo entonces el horizonte se abrió para ella. Primero fueron los miembros de "La forja". De allí salieron autores como Gladkov (autor del "Cemento), Liachko ("Los altos hornos"), Nikiforov ("Bajo la lámpara"), etc. Eran la mayoría obreros comunistas, pero en literatura eran naturalistas (excepto Gladkov, que tenía cierta dosis de idealismo romántico). Los poetas de "La forja" se lanzaron por los espacios ilimitados de la Revolución. Este período "cósmico" cede bien pronto el paso a la poesía de contenido social.

El año 1921 marca el principio de la literatura soviética. Aparecen las revistas literarias "Krasnaia Nov" y "Prensa y Revolución".

La juventud vuelve de los frentes. El "comunismo de guerra" toca a su fin. El país entra en el período de la NEP. Los héroes de "El Duelo", de Krupin, los oficiales, la intervención extranjera son lanzados fuera de los límites de la joven República. Los industriales ya no estaban en sus oficinas y las tierras eran, al fin, labradas para los campesinos. Pero el país humeaba, hervía de contradicciones. La sucesión de regímenes económicos (Lenin contaba cinco desde el patriarcal al socialismo) y la relajación de costumbres de los restos sociales maltratados por la guerra, creaban una situación difícil. Los esfuerzos del proletariado estaban dirigidos a restablecer la economía. La literatura reflejaba la voluntad de la joven generación intelectual, que si bien había recogido la herencia de la cultura, encontraba en la Revolución su razón vital. Era el grupo de los "Compañeros de camino", es decir, de los hombres que ideológicamente estaban con la Revolución sin aceptar aún por completo la posición del proletariado.

En Leningrado se formó la Sociedad de los Hermanos Serapión, como solidarios del aislado y solo Serapión, héroe de Hoffman. ¿Cómo fué este soñador fantástico de Alemania huésped nuestro? Sirvió para aislar de la Revolución el alma de los artistas. Entonces respondían cuando se les interrogaba:

—“¿Con quién estás? —Con el solitario Serapión”.

No duraron mucho tiempo, pero de este grupo salió Constantino Fedin, N. Tikhonov, Nikítine, etc.

En Moscú tuvo distinto proceso. En 1922-1924 aparecen: Lecnov, Ivanov, Babel. Pronto estos escritores y el ala que forman los compañeros de camino estarán al frente de la literatura soviética. “La Forja” edita “La Revista Obrera”, los futuristas “Frente de Izquierdas” y “LEF”. Se constituye el grupo “Pereval”. Decenas de nombres aparecen. Junto a los conocidos, los primeros batallones de escritores proletarios.

Uno de los problemas planteados a la lucha bolchevique fué, además de la formación del nuevo arte, la reeducación de los escritores pequeño burgueses: el problema de los compañeros de camino.

¿Qué es un compañero de camino y qué papel desempeñó durante quince años de literatura soviética? La idea de compañero de camino se ha transformado a medida que la revolución socialista va conquistando nuevas posiciones económicas e ideológicas. En los primeros años de la NEP, compañero de ruta es aquel que acepta el aspecto exterior, accidental y desordenado de la Revolución como un torbellino inevitable: Alejandro Blok. Una figura característica de aquel tiempo es Boris Pilniak, autor del “Año desnudo”.

La tempestad de nieve, Stenka Razin, los bandidos, juegos de vientre y de sexo, aullido de nuevas palabras soviéticas (Gviu, que representan las iniciales de una administración de la época, la Dirección del Genio Militar); esto por una parte, y por otra, un racionalismo mecánico vestido de cuero (en Pilniak), un cierto “hombre comunista perfeccionado” (en Erenburg), los Scytas y el siglo XXI, el socialismo, esto era lo que emocionaba la conciencia semi-burguesa del compañero de camino.

Algunos compañeros de camino, como el mismo Pilniak, refleja una parte de la ideología burguesa que no quiere ver en la Revolución de Octubre más que un fenómeno específicamente ruso.

Pasaron tres o cuatro años; la Revolución escrita no se parecía en nada a la real. Lo que el bolchevismo hacía era suprimir esos caracteres exóticamente “rusos”, producto de nuestro retraso cultural y económico. El vicio más típico de ciertos escritores era su incapacidad para comprender la psicología del bolchevique, constructor del mundo socialista. En este sentido nada más elocuente que la novela de un joven escritor de talento, Alejandro Malychkine, “La caída de Dair”, contando el asalto de Crimea por los rojos.

De La Forja se destacó un grupo de juventud obrera: el poeta Bezimenski, el prosista Libedinski, etc. Su juventud no podía concordar con el deseo cósmico abstracto ni con el débil realismo. Así se creó el grupo “Octubre”, embrión de la futura Asociación de Escritores Proletarios.

El rasgo más característico de la vida literaria de estos quince años es su vigor ideológico. Nunca en Occidente se miraron con tanta pasión los problemas de tema y forma. El grupo de “Na Postov” llegaba al último extremo.

“Combatimos—escribía “Na postov”—a los que con cara de admiración y sin crítica se arrodillan ante los monumentos de granito de la antigua literatura aristocrática y burguesa y no quieren descargar los hombros de la clase obrera de ese peso aplastante”.

La tesis de esta revista era la oposición de dos literaturas: burguesa y proletaria. La negación absoluta entre el mundo viejo y el nuevo. Eran estas exageraciones del Proletkult, grupo surgido al principio de la Revolución, que quería construir con sus débiles fuerzas un arte proletario químicamente puro.

El 9 de mayo de 1924, el comité central del Partido se reunió en una primera conferencia, que examinó la política del bolchevismo con la literatura.

Se desarrollaron las discusiones sobre arte proletario. Algunos (Trotsky se hizo su intérprete) emitieron una teoría, según la cual el arte proletario era prácticamente imposible. Otros, Bujarin a la cabeza, pretendían que el arte proletario podía desarrollarse y abrirse un camino, pero bajo un régimen de perfecta igualdad democrática entre todos los grupos y no por la violenta crítica de “Na Postov”.

Ni un punto de vista ni el otro fueron aceptados por el Partido. La política literaria se definió en una decisión promulgada por el Comité Central en 1925: Reprimir los ataques contrarrevolucionarios, educar a los compañeros de camino, desarrollar ideológicamente la literatura campesina, apoyar la literatura socialista y proletaria. Estos fueron los principales puntos de esta decisión y los fundamentos de la orientación ideológica de la literatura soviética.

Ya en 1921, Lenin encontró en la Pravda un artículo donde Pletniov exponía su teoría sobre arte proletario. Y escribió en el margen condenando radicalmente la doctrina del Proletkult. “Para construir nuestra cultura—decía en el Congreso de Juventudes Comunistas—, nos hace falta todo lo que la Humanidad fué acumulando”.

Cornelius ZELINSKI

(Continuará)

# ¿Nos oyes?

*Sachka, Sachenka, hermano mío.  
¿Sabes que hoy es Octubre?  
¿Ignoras que ya es un mes sin  
[fecha,  
noche clara con una sola estrella?*

*Tú, muerto, lejos,  
sin saber que tu sangre,  
lo mejor de tu sangre escarnecida  
corre por otras venas.*

*Tú, que, arrepentido sin culpa,  
aprendiste la tierra  
y en ella el dolor y la renuncia,  
eres hoy un destino de luces,  
una sombra apacible.*

*Porque también la vida que tú  
[sacrificaste  
puede ser, con idéntico anhelo,  
una norma de lucha,  
un sacrificio de triunfo.*

*Porque ha existido un Lenin  
—padrecito implacable—  
que mitiga en su alma  
tu sed de justicia.*

*Porque ha ocurrido Octubre.*

A la incorporación rápida de los mejores y últimos poetas, añadimos hoy este nombre: Arturo Serrano Plaja. Dirigió, con otros, "Hoja literaria". Su adhesión trae al proletariado un activo militante.

*¿Nos oyes ?*

*Sachka, Sachenka,  
ardiente joven.*

*¿Nos oyes?*

*Hoy todos tus hermanos,  
rojos  
de tu sangre,  
lloran tu pérdida adolescencia.*

*Y en ellos  
resucita, lejana, tu pureza.*

Arturo SERRANO PLAJA

Los singladores del Volga



# Existen en la Unión Soviética...

Existen en la Unión Soviética

millones de hombres que trabajan

millones de hombres que arden iluminados lo mismo que la espiga de una llama

Existen en la Unión Soviética

millones de hombres que sonríen

millones de hombres que duermen confiados

cuando la juventud se pierde oscurecida por el mundo

Existen en la Unión Soviética

millones y millones de hombres fundidos como un sueño

de cuerpos transverberados por la luz de una sangre

que ya comienza a presentirse libre bajo sus venas

Existen en la Unión Soviética

millones de hombres que han sembrado el vigor de sus músculos y de sus voluntades

y ya germinan sonrientes limpios y venturosos

bajo cielos labrados en nueva inteligencia

Existen en la Unión Soviética

millones y millones de hombres que nos saludan

de seres que nos llaman

de frentes que nos miran

Existen en la Unión Soviética

millones de hombres que trabajan

Ellos saben que un día

brotará de sus manos la vida de unas alas

Ellos saben que un día

la igualdad de sus brazos será eterna

que morderá la máquina el acero o el viento

única boca hambrienta esclavizada

mientras libres sus cuerpos ostentarán desnudos

la rosa humana de su esencia

Ellos saben que un día

el mundo más redondo girará sin fronteras

que una mano en el sur dará la misma sombra que en los mares del norte

Ellos saben que un día

conocerá la Tierra la misión de su carne

el valor de su fuerza

Ellos saben que un día  
igual que ellos trabajan  
todos los hombres dormirán confiados  
sin que la juventud se pierda oscurecida por el mundo

Existen en la Unión Soviética  
millones de hombres que conocen  
lo que piensan sus ojos  
y sus manos conducen

Allí el amor existe  
no solamente como una palabra sin sombra  
La amistad es un brazo que ofrece su sonrisa  
El pájaro y el árbol por igual crecen libres bajo el cielo  
No hay amos  
sólo un dueño que vive en las conciencias  
como la luz por darse al ser únicamente

Allí si un hombre nace  
una verdad se inclina ante su cuerpo  
un camino seguro se prepara  
y una estrella se enciende sobre el viento

La ciudad marcha en Rusia de la mano del campo  
persiguiendo sin sueño la rosa socialista  
Es cada granja en Rusia  
como un nido que nace  
una flor que comienza en medio de sus pájaros  
Es allí cada fábrica  
como un árbol que crece  
el corazón de Lenin que se eleva cantando  
iluminando el Universo

Existen en la Unión Soviética  
un pueblo que trabaja la esperanza en silencio  
un hombre que dormido vela entre sus cristales los pulsos de este pueblo  
y una fecha aún cercana que es un corte del Tiempo  
que sangra sobre el Mundo su enseñanza  
y ondea como un grito sobre el cielo

Emilio PRADOS

# La República de Vaskino

Un día, el negro Nilli llegó de Nueva York a la aldea de Vaskino.

En la aldea se encontró con el chino Tchu-Tchu, el búlgaro Tchavdor y la hungarita Julia. También conoció al mongol Dulan con su hermana Duyan. La japonesa Mi y el inglés Alfred. ¡Veintinueve nacionalidades distintas le rodeaban!

Serían las seis de la tarde cuando uno de ellos sacó una trompeta y tocó la señal de retirada. A su voz salieron del bosque los representantes de las veintinueve nacionalidades. Al segundo toque se encendió el fuego y un círculo internacional se sentó alrededor.

Paula Karil dijo:

—A mi me hirieron, en Checoslovaquia.

—Me llevaron con mi padre a la cárcel — dijo Schultz Kaufmann, el alemán.

El búlgaro Tchavdor continuó:

—Pues yo nací en la cárcel, y a mi madre no la dejan salir de ella. Dicen que la van a tener allí ya siempre.

Y todos fueron diciendo:

—Yo no sé dónde está mi padre, ni mi madre, ni mi hermana, ni mi hermano.

Luego se callan y todo enmudece alrededor del fuego, porque adivinan los sentados que nunca recibirán cartas.

Y las veintinueve nacionalidades se levantan, escuchan el comentario del día vivido y se van a acostar mientras la noche va cayendo.

Por la mañana, Dulan el mongol va con sus gallinas. "¡Pitas, pitas, pitas!", y todas las gallinas corren a sus manos. En medio de ellas este hombre amarillo, con camisa blanca, apenas si es más alto que el gallo; porque el mongol Dulan es un alegre muchacho de siete años que abraza afectuoso las rodillas de los que visitan la república de Vaskino. El negro Nilli, armado de una regadera, entonando una canción, se marcha al huerto. Ya no sabe si es inglesa, polaca o rusa, porque no pueden existir simultáneamente veintinueve canciones sin mezclarse progresivamente en una sola. Y esa canción es la que Nilli, en su huerto, zurea, llegando con su naricita a la altura de las plantas de alcachofa.

Todo Vaskino se dispersa por huertos, talleres, porquerizas. Hace dos años, sólo diez naciones vivían allí; ahora veintinueve. Esto significa que el suelo, antes tranquilo, de diecinueve países se conmueve por el impulso revolucionario. Cuando, en 1931, llegaron en gran cantidad niños de Bulgaria, China, Polonia, Vaskino comprendió que las huelgas, las manifestaciones, los arrestos, la muerte, visitaban aquellos países.

Cuando llegó el inglesito, solo, separado de su padre y de su madre, supieron que los ministros-obreros de Mac-Donald utilizaban también la policía. Se le inscribió en la Primera Casa Internacional del Niño, a 60 kilómetros de Moscú. Vaskino se ha convertido en el único punto del mundo donde la paz acoge a los niños doloridos, huérfanos que vieron demasiadas cosas de la vida. Les cura, sana sus nervios agotados, les da fuerza, reemplaza a sus padres y a sus hermanos que luchan lejos, pasadas las fronteras.

—Allan, hijo mío, no llores —dice a su niño

Emi Siao, el poeta proletariado chino. El padre se va y el niño se queda.

—Mi niño, Allan mío.

Aquí están los niños de Tche, de Su.

Se cruzan amarillos, blancos, negros.

El padre se aleja y los pequeños de las veintinueve nacionalidades oyen sus palabras:

—No lo olvidéis, niños:

hacia el otro lado,

los hermanos, las hermanas  
tienen hambre.

Aún otro padre más. Este es turco, proletario. Trae a su hijo Achmed. Algo le inquieta. Parece que quiere excusarse de una grave falta. Achmed, cerca de su padre, mira como un lobito.

—Aquí le tenéis. Pero os he traído un salvaje.—El padre se marcha entristecido y el salvajito queda.

Le rodean los viejos de Vaskino. Son los campeones del balón: la búlgara Lila, el negro Nilli, el mongol Dulan.

—¿De dónde vienes?—le preguntan.

Baja el turco, sombría, su cabeza como preparándose a cornear. La Internacional de Vaskino se inquieta. Se lo entregan al educador alemán Hugo, al jefe de escuadra de los pioneros de Berlín, Roberto Raph, y sus amigos rusos. No se enfadan con Achmed. Le tortura la desconfianza. No tuvo nunca amigos. Nació hijo de proletario y su infancia transcurrió entre enemigos. Era un verdadero hijo de la ilegalidad. Calla a todos los que intentan hablar con él. ¿Cómo podrá conocer a sus amigos? Por costumbre, se porta como si estuviese rodeado de enemigos. Poco a poco la calma y la paz de Vaskino le conquistaron, curando su neurastenia de niño proletario que sigue el trabajo de partido de su padre. En fin, se hizo un niño corriente, aunque fácilmente impresionable. Su pasión era desenmascarar la mentira y la hipocresía de los otros.

A veces, los niños se despiertan llorando, viendo en sueños su terrible infancia, y recuerdan, despiertos, que su madre o su padre están encarcelados. Su memoria es terrible. Pero el silencio, el bosque, los pájaros, el cielo azul y el sol rodean su nueva infancia rescatada.

En la aurora, la Internacional de Vaskino, cuando llegaron los veinte niños primeros a este palacio señorial, fué como si llegasen veinte furias: batallas, llantos, puñetazos en las narices, desgarraban continuamente la república de Vaskino. Vivía anárquicamente. La dirección autónoma no llegaba a organizarse. Los niños, los mismos niños que son ahora jefes de destacamentos de pioneros, se pegaban hasta hacerse sangre. Los primeros diez niños no podían entenderse, y ahora están felices los ciento quince miembros de la Internacional de pioneros.

Es necesario vivir con ellos un día, ver la Casa del Niño situada cerca del sovhoz de Vaskino. Escuchar cómo los trabajadores van a buscar agua, poner los arreos a los caballos, dar de comer al ganado. Saber que el sovhoz es también internacional, que se creó en 1927, cuando en muchos países se reunían obreros para ir a la U. R. S. S. y organizar la economía nueva. Cerca de los silos blancos, las praderas verdes, y sobre esas praderas, las columnas de un palacio. En-

trando en el parque se ve resplandecer el estanque a través de los sauces y los mirtos; al otro lado, arables frondosos dan sombra. En esa verdura se pueden ver niños amarillos, blancos y negros que rodean un gigante de aire candoroso. Estamos en la Casa Internacional de Vaskino y el gigante se llama Robert Raph, jefe de un destacamento de konsomoles berlineses.

Nos despertamos por la mañana. Entra el sol por los grandes balcones abiertos. Una trompeta llama. A las siete, Vaskino está despierto.

El negrito Nilli, el inglés Alfred, el indio Betty, la coreana Fifi, la búlgara Lila saltan de la cama. He aquí un extracto de cómo se emplea el tiempo en la Casa del Niño.

Despertar. Gimnasia matinal de los niños de Octubre, y aseo.

Se iza la bandera.

Segundo toque: limpieza general. Trabajo.

En el parque, en torno al mástil, se reúne la Internacional de Vaskino. Cuando se levanta la bandera roja, un minuto de silencio, solemne como un juramento, se extiende. En seguida un nuevo toque, y empieza el día.

El café humea sobre las mesitas blancas del jardín. Los que están de servicio colocan el pan, la manteca, los cubiertos. Desayunan al aire libre, con el sol brillantes, con las ramas asomándose a las tazas, los pájaros, el balbuceo de los niños, Robert que se transforma también en un chiquillo y vela y ríe con ellos para que todos coman y no chillen demasiado. Es un desayuno muy alegre.

Robert adora el ruido de los niños y los juegos. No puede sufrir el tiempo triste. Cuando llueve dice tristemente:

—Los niños no chillan. ¡Qué lástima!

Pero el desayuno es corto. Un toque de trompeta más, y los niños se forman. Robert les nombra. Y los jefes de escuadra responden:

—¡Presente! ¡Presente!

Faltan algunos de los más chicos. Un jefe de escuadra los busca.

—¿Dónde están?—dice Robert—. ¿Pero no sabes dónde están? Yo no soy jefe de escuadra y lo sé. Les he visto cavar la tierra con sus palas—y a continuación se dirige a sus chicos:

—Tú, al huerto. Tú, al taller de carpintería. Tú, con los cerditos.

El trabajo empieza. No es un trabajo difícil, pero es muy serio. La república de Vaskino resuelve



también los problemas que se plantea a las juventudes de la Unión.

Los niños organizan una cochinería y tienen de padre un cerdo gigante de trescientos kilos.

Detrás de una empalizada especial, en una aldeíta que han construido, habita el pueblo silencioso y rápido de los conejos.

El negro Nilli ríe y dice con su acento ruso de Yaroslav:

—Estos también tienen su Internacional.

Nos dirigimos a ellos. En las casitas viven conejos de todos los colores. Nilli les da hierba. Hace dos semanas sólo había diez gazapillos, y ahora hay setenta. Y después nos habla del león, del oso, porque los conejos no están para él, en su plan de estudios, separado del mundo.

Hay un segundo grupo de niños armados de regaderas, y van hacia el huerto. Los niños rivalizan en cuidar legumbres y destruir malas hierbas. Después, sus observaciones se trasladan a la escuela y siguen en las excursiones a través del bosque. Sobre los niños se despliega la bandera roja y el mapa del mundo se abre ante sus ojos. A lo largo de las fronteras, los naturalistas, los exploradores ven el mundo desgarrado de contradicciones; las ciudades viven luchando, muriendo de hambre, y allí algunos preparan la victoria: sus padres, sus hermanos.

Un tercer grupo trabaja en la carpintería. Adquieren habilidad física, arte creador, al transformar los trozos de madera informes en objetos necesarios, y estos se aprovechan para el rincón de Lenin como adorno, o en las puertecillas de las conejeras.

Un día, un gran acontecimiento conmovió a los habitantes de Vaskino.

Un grupo de niños trajo para ser examinada una extraña rueda. Entre la expectación de todos, alguien echó sobre ella un cubo de agua. Ese día volvieron

para ellos comprensibles las estaciones gigantescas que levantan la pulsación potente de la energía eléctrica en el gran plan de electrificación de Lenin.

El seguro porvenir de la república les reserva futuras excursiones a su parque zoológico, a la pajarera, a la fábrica "Textil Rojo", al molino eléctrico de Serpukhova, etc.

Un toque más, y es el baño de sol. Una hora libre. Después, la comida. Luego, el bosque. En el bosque duermen. Se tumban los niños. El jefe de escuadra se sienta en un tronco, y la paz es absoluta sobre el sueño de la república. Mientras duermen, el jefe de escuadra escribe los acontecimientos del día.

En el huerto duermen los pequeños. Se ven sus rostros mofletudos, bronceados. Se ven todos los colores. Una muchacha los cuida.

Luego, la tarde. El trabajo. El té. El baño. La cultura física. La comida de la noche. El fuego y las charlas alrededor.

¡Oh, la hoguera!

Se recuerda la infancia. Se juramentan para volver a sus países y luchar hombro con hombro con sus padres y hermanos. Llegan las cartas:

"He reído y llorado, hijo mío, al leer tu primera carta. Estoy contento. Pero no olvidéis nunca tus hermanos hambrientos, tu patria "

Los educadores dirigen la conversación y se afligen porque los niños olvidan sus lenguas maternas: pero, ¿cómo encontrar veintinueve profesores? Cuando llegó la madre de Fi-Fi, la coreana, tuvo que hablar con su hija por medio de un traductor.

Noche cerrada. Un pionero cuenta lo que ocurrió en el día, y cae la bandera. Silencio. Caras serias. Nilli ha olvidado su balón: Dulan, sus gallinas; el negrito, su canción

Los jefes de escuadra avanzan y preguntan cómo ha sido el comportamiento de algunos más díscolos.

—¿Cómo se portaron Erich, Nelli, Achmed?

—Hoy, bien.

Rojo por su gran falta, un pionero no vacila en decir:

—Yo soy culpable, porque hoy he tirado todas las patatas en el salón. Iba corriendo como un automóvil, y en un viraje, ¡pan!, se cayó el cesto.

Se llevan la bandera. Cae la noche, lenta, sobre Vaskino. Sueño de los niños de Octubre. Los pioneros duermen algo después. Silencio en los corredores y en las salas. La Internacional infantil duerme. ¡Chist! Silencio.

E. KRIGER

(Versión de A. Bazán.)

## Una gran fecha

El panorama universal se ensombrece más cada día. Amenazas de todo orden pesan sobre las atarazadas poblaciones del mundo. "Es la guerra", se dice. Pero a la guerra ha precedido el trágico cortejo del paro, del hambre, del frío, que empujan a las multitudes miserables a través de las calles magníficas de los poderosos, donde sirven de blanco a las fuerzas de la represión.

El alba gris en los puertos; el atardecer rojo en los campos; la noche densa de las minas; el mediodía crudo de las fábricas; la mañana lívida en los campamentos y en los cuarteles; todas las horas de sombra o luz, esa luz que acusa en todos los lugares de trabajo y opresión, son iguales en todos los lugares del globo: horas desesperadas de gentes enloquecidas.

La solución será la guerra—dicen en alta voz los opresores, que ensayan el remedio del mal, por el terror declarado.

—Defenderemos la civilización liquidando esa barbarie—añaden, disimulando el procedimiento "guerra a beneficio de los traficantes" bajo el eufemismo "defensa de la civilización", los otros opresores que tratan de salvarse por el terror encubierto.

Y todos piensan en la guerra, en la desembocadura siniestra de la guerra, que resolverá—piensan ellos—todas sus contradicciones.

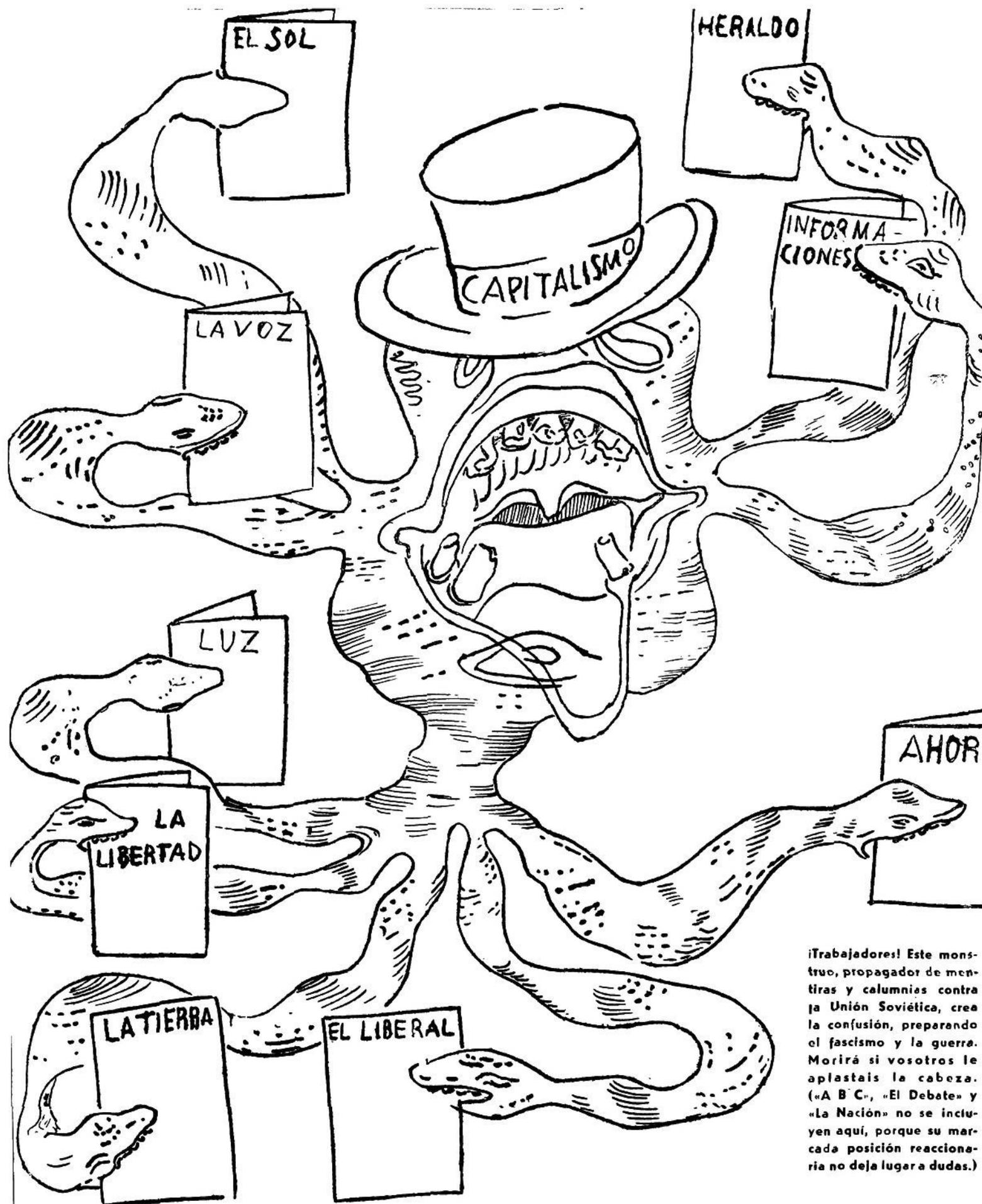
Por todos lados, angustia de la realidad, inquietud agudísima del futuro. Y en el horizonte, una única hora luminosa: la que marca el reloj del Kremlin.

¡Diez y seis años de la gran revolución de Octubre! Único país de los Soviets, que cuenta ya los años del mundo nuevo. Años de construcción, de crecimiento, cuando todo decae y se agota. Único país que quiere la paz, que defiende la paz. Único país del trabajo alegre. ¡Único país del mañana claro!

Si en la noche de la crisis actual, el mundo no tuviera ese faro, la suerte de los desposeídos sería infinitamente más dura.

Felicidades a la Unión Soviética por sus diez y seis años ejemplares, que tanta luz proyectan sobre la historia. Enhorabuena a los trabajadores de todos los países, precisamente por esos diez y seis años.

Rosario DEL OLMO



¡Trabajadores! Este monstruo, propagador de mentiras y calumnias contra la Unión Soviética, crea la confusión, preparando el fascismo y la guerra. Morirá si vosotros le aplastáis la cabeza. («A B C», «El Debate» y «La Nación» no se incluyen aquí, porque su marcada posición reaccionaria no deja lugar a dudas.)

# Un fantasma recorre Europa...

...y las viejas familias cierran las ventanas,

afianzan las puertas

y el padre corre a oscuras a los bancos

y el pulso se le para en la Bolsa

y sueña por la noche con hogueras,

con ganados ardiendo,

que en vez de trigos tiene llamas,

en vez de granos chispas,

cajas,

cajas de hierro llenas de pavesas.

¿Dónde estás,

dónde estás?

Nos persiguen a tiros.

¡Oh!

Los campesinos pasan pisando nuestra sangre.

¿Qué es esto?

Cerremos,

cerremos pronto las fronteras.

Vedlo avanzar deprisa en el viento del Este,

de las estepas rojas del hambre.

Que su voz no la oigan los obreros,

que su silbido no penetre en las fábricas,

que no divisen su hoz alzada los hombres de los campos.

¡Detenedle!

Porque salta los mares,  
recorriendo toda la geografía,  
porque se esconde en las bodegas de los barcos  
y habla a los fogoneros  
y los saca tinazados a cubierta  
y hace que el odio y la miseria se subleven  
y se levanten las tripulaciones.

¡Abrid,

abrid las cárceles!

Su voz se estrellará contra los muros.

¿Qué es esto?

Pero nosotros lo seguimos,  
lo hacemos descender del viento Este que lo trae,  
le preguntamos por las estepas rojas de la paz y del triunfo,  
lo sentamos a la mesa del campesino pobre,  
presentándolo al dueño de la fábrica,  
haciéndolo presidir las huelgas y manifestaciones,  
hablar con los soldados y los marineros,  
ver en las oficinas a los pequeños empleados  
y alzar el puño a gritos en los Parlamentos del oro y de la sangre.

Un fantasma recorre Europa, (1)

el mundo.

Nosotros le llamamos camarada

Rafael ALBERTI

(1) Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. CARLOS MARX.

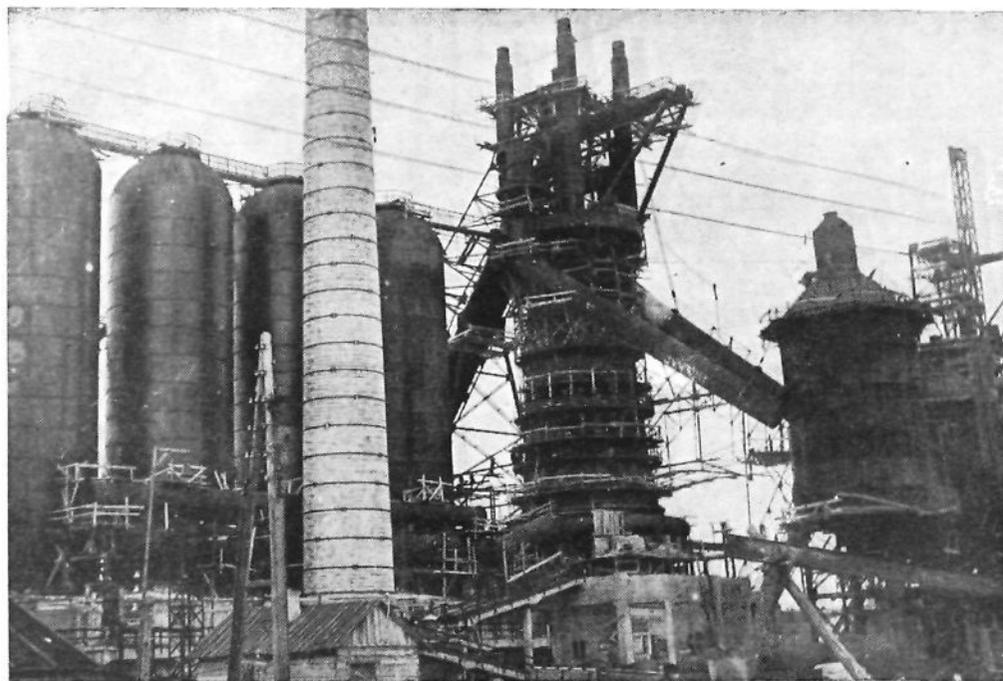
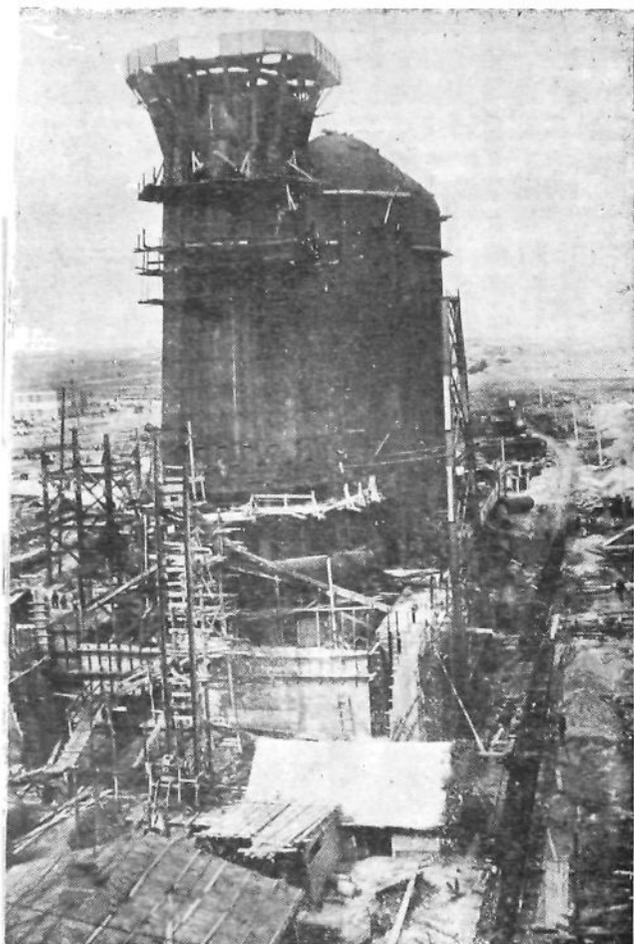
# LA CONSTRUCCI

## Industria

La Unión Soviética se ha convertido en un país industrial. Al fin del Plan Quinquenal ha llegado a superar en un 70 por 100 la producción agrícola (1932).

El volumen de producción industrial a fines del 1932, ha aumentado en un 384 por 100 comparado con la producción de antes de la guerra.

En 1932 la URSS ocupaba en el mundo: por su fabricación de tractores, el primer puesto, por su construcción de maquinaria agrícola, el primer puesto, por las construcciones mecánicas, el primer puesto en Europa, el segundo en el mundo; por las fundiciones, el primer puesto en Europa, el segundo en el mundo; por producción de energía eléctrica, el tercer puesto en el mundo; por el petróleo, el primer puesto en Europa, el segundo en el mundo; por la turba, el primer puesto en el mundo, por las minas de carbón, el cuarto puesto en el mundo, por los productos químicos, el cuarto puesto en el mundo.



# ON SOCIALISTA

## Agricultura

La Unión Soviética en vez de decenas de millones de pequeñas fincas rurales, cuenta hoy con 211 mil kolios y 5.000 sovkhoz.

En la actualidad, funcionan 150.000 tractores fabricados en la URSS, con 2.500 estaciones de reparación.



La tierra soviética de 1.200 a 1.400 millones de puds (medida equivalente a 16 kilos de cereales).

El 70 por 100 de la extensión de Rusia está cultivada.

En ella viven 150 millones de habitantes que, con el orgullo y la conciencia de su propia fuerza, edifican un mundo distinto: el mundo del trabajo comunista libre, ejemplo universal de todos los trabajadores.

Sin embargo, no es solamente la tierra, las minas, las grandes fábricas lo que este esfuerzo conmueve: son las costumbres, el sentido de la propiedad, la mentalidad, la vida toda de este hombre que comienza y que ha de vivir la sociedad sin clases.



# Inauguración del "Canal Stalin" del mar Blanco al mar Báltico

*"Poner en explotación el canal del mar Blanco al mar Báltico con el nombre de "Canal Stalin" es abrir un camino necesario a la navegación fluvial y marítima. Se acuerda inscribir con el nombre del camarada Stalin esta nueva vía de comunicación interior de la URSS.*

(Decisión del C. C. E. de la URSS.)

## Dos mares se encuentran

La rica tierra que separaba los dos mares se extendía inmóvil y silenciosa. Sólo la turbaba el temblor del agua. El río Vyg. El río Povenchanka. El río Telekinka. Las cataratas de Nadvoisk. El lago Matko, el lago Volo, vivían reflejando luz en la extensión desierta. Todo dormía y los barcos necesitaban doblar los continentes.

En abril de 1931, el camarada Yagoda convocó un grupo de obreros, y se confió a la G. P. U. la construcción del canal del mar Blanco al mar Báltico. Debía terminarse en 1933.

En noviembre de 1931, llegaron a las nieves hombres con hachas y se extendieron por la línea Povenetz-Soroka.

Lagos, esclusas, diques. Se construyen diez y nueve esclusas, cuarenta y nueve diques, treinta y tres canales y ciento cincuenta mil metros cuadrados de locales habitables y servicios. El hombre cambia los límites del lago, la dirección del agua. Por primera vez en la historia, en veinte meses se ha construido la vía directa del Báltico al norte. Durante miles de años, la navegación fluvial del Dnieper, estuvo cortada por las corrientes. Hoy están transformadas en electricidad y se avanza rápidamente a solucionar el problema de la reunión del mar Negro con el mar del Norte.

## • Quien construyó el canal

Decenas de millares de hombres fuera de ley, antiguos ladrones, rateros, especuladores, kulaks, saboteadores. Estos hombres fueron transformándose en excelentes obreros gracias a una sabia educación y regeneración por el trabajo.

Uno de los constructores del canal, viejo de sesenta años, declaró: "Si los ejércitos de la intervención hubiesen venido, me hubiese puesto inmediatamente de su parte". Antiguamente fué un técnico, se hizo un gran nombre y una fortuna. Fué condenado por sabotaje a diez años. En el año 1933 escribía en su autobiografía: "He comprendido en los bosques helados de Carelia, en las barracas donde vivíamos los trabajadores técnicos, lo que era el verdadero trabajo y lo que tenía que ser un ingeniero sostenido por una masa obrera, llena de energía, conociendo sus fines".

Los trabajadores de choque fueron libertados antes de cumplir su condena y condecorados con la orden de la Bandera Roja. Antiguos ladrones, rateros, kulaks, saboteadores, cuentan:

## • Hice bien en no evadirme

"Cuando me dijeron que iría a Carelia para construir el canal, resolví:

Me evadiré.

Ya me había evadido de otras colonias de trabajo y de casas de reclusión. Ocultaba mi rostro, fabricaba documentos falsos, y así vivía hasta una nueva detención. Después, a evadirme de nuevo. Viajaba alegremente. ¡Deportadme, me evadiré!

Llegué. No era fácil evadirse. ¡Era tan lejos! Resolví esperar. ¿Trabajar? No. En eso no pensaba.

Una vez vino a verme un educador: Vetchhkine. Buscaba convencerme para que me hiciera obrero de choque. Naturalmente me reí a carcajadas. Otro se hubiera ido: él se quedó.

—No quieres constituir un colectivo. Pues inscríbete a uno. Los obreros de choque tienen privilegios: reducción de penas, mejor comida y el honor... Le escuchaba pensando: ¡qué de bobadas dice para que yo trabaje! Pero me entró curiosidad por ver cómo vivían los otros y me inscribí.

Entré en un colectivo. Me dieron un equipo nuevo y comida. Entonces rendí un trabajo hasta el 200 por 100. No sé cómo esto sucedió. Cuando se pidió una brigada para cerrar una brecha, fui yo. Me nombraron obrero de choque. Hoy soy un ciudadano libre y he encontrado mi puesto en la vida".

## • Un documento humano

"Sí, soy yo: Soloniev, Gratchev, Tratchev, Petrov, el hombre de los cinco nombres y de las seis evasiones y que ha construido este dique. Aquí está.

Era ladrón reincidente y ahora soy ayudante en el laboratorio de hormigones. Me aturdieron dando-

me confianza. Trajeron miles de gentes como yo. Nos desembarcaron en un sitio. Y ni un solo guardián, ni muros ni empalizadas."

(M. Kovalev, ayudante del laboratorio de hormigón).

(Por decisión del Comité Central de los Soviets de la URSS., Kovalev, ayudante del laboratorio de hormigón, que comenzó a trabajar como peón, por su particular comportamiento es condecorado con la Bandera Roja del Trabajo.)

### ● Yo era ladrona

A los diez y siete años huí con un muchacho, cayendo en la vida más fácil. Tuve dinero. Fui feliz. Nos alegraba el vino. Una vez me pegaron, pero era joven y esa vida me gustaba.

Algunos meses después me condenaron por robo. Tribunales, casas de reclusión. Estuve en la cárcel, salí, volví a empezar. ¡No me acuerdo cuántos falsos nombres usé!

El año último me trajeron a Belmostroi. Aquí todo se me hizo raro. Trabajaba la gente de tal modo, que yo me asombraba. Fuí a trabajar al colectivo "La vía nueva". No quise trabajar. Me llevaron a remolque. Me dió vergüenza. Habían estado allí tanto tiempo acostumbrados a trabajar solos que se permitían darme lecciones. Resolví: "Ya veréis lo que soy capaz de hacer". Fuí al lavadero. Por falta de costumbre me dolían los brazos. Pero soy terca. Casi tenía sangre. Después me acostumbré y ninguna podía seguirme.

En nuestro colectivo se liquidaba el analfabetismo. Aprendí a leer y escribir. Leí periódicos. Me interesaron. Me inscribí en el círculo de estudios políticos.

Una vez, nuestra educadora entró anunciando:

—¡Vamos al club! ¡Cine para los obreros de choque! Me senté en un banco, cerca del aparato. El mecánico lo puso en marcha. Con un ojo miraba la pantalla, con otro el mecanismo. Yo miraba y me admiraba. ¡Cómo hacer esto! Hablé con el mecánico y resolví hacerme mecánico. Lo conseguí. Ahora soy libre. Diré adiós al campo y viviré como operador de cine.

### ● Un accidente en Khijoséro

A mediados de diciembre, una avería rompió el muro de contención, provocando un peligro serio. La inundación amenazaba todo el canal. Cada minuto perdido causaba perjuicios irreparables a la construcción. Todos se lanzaron a la lucha contra los elementos desencadenados.

Por la brecha, un torrente se precipitaba gruñendo. Para cerrar la brecha era necesario colocar sacos de tierra. El tiempo era frío. Un viento glacial, silbaba sobre el lago. No sabíamos aún cómo teníamos que poner los sacos, pero todo el mundo comprendía claramente que si no entraban en el río hasta la cintura, no se podría vencer.

El ladrón reincidente Peripielkine se acercó a mí. Era un simple soldado del canal, nada le distinguía y una vez intentó evadirse del campo. Dijo al jefe de los trabajos que le parecía necesario entrar en el agua. La corriente impetuosa se llevaba los sacos. Era inevitable trabajar con el agua a la rodilla. Entonces Peripielkine se quitó la chaqueta y a riesgo de ser arrastrado, entró.

Su ejemplo decidió a los otros. Durante dos horas trabajaron en el agua helada sin pedir, sin aguardar el relevo.

Se llamó al equipo de socorro para relevar a los obreros de choque que luchaban contra los elementos. Por la mañana, el colectivo "Primer de Mayo", casi sin reposar, volvió al trabajo. Sólo, después de una lucha de dos días, se alejó el peligro. Los obreros de choque de Khijoséro eran los vencedores.

### ● Decisiones del C. C. E. de la U. R. S. S.

El ingeniero Zonbrik, condenado por sabotaje según el artículo 58 del código penal y libertado antes de término en 1932, es el autor y constructor de un muro de contención original, en madera, para sostener una presión elevada. Está condecorado con la Orden de la Bandera Roja del Trabajo.

Maslov, ingeniero, condenado por sabotaje según el artículo 58 y libertado antes de término en 1932, es el autor del proyecto de construcción de una esclusa sobre madera, empleado por primera vez en la hidrotécnica. Está condecorado con la Orden de la Bandera Roja del Trabajo.

### ● Escuela de ciudadanía socialista

La construcción del canal del mar Blanco al Báltico ha dado nacimiento a nuevos y hábiles técnicos. El proyecto de la construcción fué acompañado de numerosas experiencias e investigaciones de laboratorio. Una colectividad organizada y disciplinada se ha formado. Ha pasado por la buena escuela de la construcción socialista en una de sus más grandes empresas. Estos hombres, que la G. P. U. ha regenerado, fueron antes criminales. Una gran victoria se ha ganado sobre ellos y miles de criminales han sido transformados en edificadores activos de la sociedad socialista.

### ● Decisión del C. C. E. de la U. R. S. S.

"Se colocará en los sitios más visibles de los edificios del canal del mar Báltico al mar Blanco un cuadro de honor con los nombres de los edificadores del canal, indicando la fecha del comienzo y del final de la construcción.

Confiar a la G. P. U. el cuidado de hacer estos cuadros de honor.

(Extracto de la decisión del C. C. E. de la URSS.)

# Las camionetas

(Cuento de un obrero español)

• ¡Las camionetas!

Todo el pueblo se llena, se desborda del sonido de las bocinas y el zumbido de los motores.

Y a todas las ventanas y puertas de las pequeñas casucas del pueblo se asoman sus habitantes; rostros negros del sol, arrugados por una vejez prematura, rasgos que revelan una existencia sórdida y miserable. Ahora que han terminado las faenas, descansan, asombrados interiormente de no tener nada que hacer, y esperan con ansiedad que pase la fiesta del pueblo para empezar otra vez el mismo trabajo que el año anterior, y que el otro, y que el otro, ¡y así siempre!, hasta que un día caigan y vayan a descansar para siempre en la tierra.

Ellos salieron una mañana con la yunta y se fueron a sus cercados a labrar nuevamente la tierra. Clavaban con ahinco la reja en el duro terreno, y agarrando la esteva apretaban fuerte, ¡muy fuerte!, para remover la tierra y, al sembrarla, fertilizarla de nuevo. Luego, el invierno: abrir barrancos, cortar leña, arreglar las cerradas, sembrar garbanzos, recoger las patatas, cavar en los huertos. Un trabajo duro, infinito. Se ha necesitado pedir a préstamo algunas cargas de harina. Y también de cebada para las caballerías. Y ahora, al llegar el verano, hay que solicitar otro préstamo para las faenas de la siega.

Y hay que ir a Cereceda a pedirselo a Salazar o bien a Losada, comerciantes los dos muy campechanotes, que no vacilan nunca en prestar lo que sea a sus buenos amigos los campesinos.

Ya están doraditos los trigos. Cuando se cogen las espigas, charruscan como el pan tierno, y se empieza con la faena más agobiante de todo el año: la siega. Este año se ha de sacar bastante, que el año pasado se sucedieron las granizadas una tras de otra y quedaron condenados al hambre. ¡Pero este año, no! ¡Este año han tenido suerte, y la tierra les ha concedido una buena cosecha!

Ya están las gavillas formando pirámides en las eras. Ya han extendido la parva para empezar la trilla, ese trabajo donde el hombre y las bestias dan vueltas y vueltas, girando alrededor de ese montoncito de parva que queda en medio y parece el eje de esa rueda monumental de trigo y paja que es la parva. Hay que afianzar bien las piernas para sostenerse en el trillo, y cuando ha llegado la noche, los pies han quedado acorchados, ¡y un temblor de rodillas! Ahora hay que aguardar a que haga aire para arbelar, para agacharse, tirar con la pala montones de parva al aire y que éste separe la paja del grano, y otra vez agacharse. Ellos saben de máquinas que hacen todas estas cosas y más; han recibido unos catálogos donde, en tintas policromas, se ven máquinas vistosísimas, pero ¡sí, sí!; cualquiera piensa en ellas: el precio señalado debajo es superior, muchas veces, al precio de las fincas que tan duramente trabajan.

Ya han cribado igualmente el trigo. Hay que meterlo escapado en el granero; y se suceden las cargas una tras de otra. ¡Pero esto de subir los costales al granero también tiene lo suyo! ¡Mecachis!, ¿por qué harán los graneros en lo último de la casa? ¡Y por qué harán las escaleras tan pinas que se echa el bofe al subir la carga? Pero ya ha llegado arriba: abre la boca del costal y el grano se extiende por todo el granero; recoge un puñado en la palma de la mano; el campesino lo contempla, y ¡plás!, lo tira de golpe. Hay que descargar más costales.

Y ahora, ¡las camionetas!

Los vecinos desocupados se han agrupado en la plaza para comentar. Sabían que en cuanto las eras estuvieran limpias vendrían las camionetas. Pero parecía que algo subconsciente les hacía presentir que no vendrían; pero ¡sí, sí!, ¡buenos son!; ¡éstos no perdonan una! Y siguen comentando.

—Salazar es monárquico; en las últimas elecciones nos recomendaba a los agrarios.

—Para eso Losada es de Acción Republicana; dice que Azaña es el mejor gobernante de muchos años acá.

—Pero los dos, cuando hemos metido el grano en las trojes, mandan las camionetas a recogerlo.

Todos sonríen ante esta agudeza, y del grupo sale un campesino, que ha visto llamar en su casa al dependiente del "azañista". Luego empieza el forcejeo: le debe dejar, para poder pagar la cochina (que se le ha muerto, por cierto), porque si no no le venderán otra; ha tenido, además, dos chicos muy enfermos, y no pudieron ir al pastoreo, amén de lo que deben en medicinas. Pero el dependiente, con el libro de deudas en la mano, se hace el distraído, contemplando muy ufano una telaraña del granero. (El amo ya sabe todo esto; bueno es él para no enterarse de lo que pasa a sus "amigos" los campesinos. Precisamente me ha dicho que viniera primero aquí, no sea que se adelante Salazar.)

—Me ha dicho Losada que te cobre todo lo que adeudas.

El campesino ha bajado la cabeza y se ha corrido a un lado, para que los dependientes puedan moverse con desembarazo; y al poco rato el trigo del granero se ha trasladado a las camionetas. Y así irán a otra casa, y harán lo mismo; y a otra, y a otra.

Todos se han vuelto a juntar en la plaza. Y comentan. A uno le han dejado lo estrictamente necesario para la sembradura; tendrá que comprar la harina (al fiado siempre) si quiere comer pan. A otro, que no tenía suficiente trigo para pagar la deuda, le han llevado también la cebada.

—¿Y a cuánto?—le preguntan.

—A nueve y media.

—¡Ladronazos! A mí me cobraron dieciséis pesetas cuando fui por una fanega a últimos de invierno.

Así tiene que ser. Ellos que compran y venden, pagan y cobran como quieren, y en esto de señalar precios tampoco están en desacuerdo: el partidario de Gil Robles y el partidario de Azaña.

Ya han llenado las camionetas—100 fanegas en total y sólo en tres casas—con el precio de las deudas del vino picado, del aceite apestoso, del tocino rancio, del préstamo para la siega—clandestinamente a un 8 por 100—de la harina que ha faltado para el pan; en fin, por toda una serie de género averiado—cuando es fiado, se tiene uno que llevar lo que le den—, dado en fianza durante todo el año. Es decir: se come malamente para trabajar y poder pagar lo que malamente se come.

—¡Toda la vida así!—se lamenta uno—. ¡No haber una esperanza de salir del atolladero! ¡No has acabado de pagar, y tienes que empezar a deber!

Y verdaderamente. Así es.

—Mira—dice otro—: hace unos años, no muchos, que se establecieron aquí. Desde entonces, no damos pie con cabeza. Ellos constantemente se llevan fincas y todo lo que pescan. Bien gordos están, bien. Si uno hace una casa, el otro la hace mejor. Nosotros, mientras, aquí sudando; y ellos, cada vez más ricos. Y si me muero, no dejaré a mis mozos más que deudas.

El que así habla se saca un pañuelo y se limpia los ojos. Ulcerados. Ulceras que han recogido el polvo del campo y de la era. Ojos que lagrimean constantemente y que, muchas veces, en la faena, hay que limpiar con el dorso de la mano, pues el tiempo apremia.

—¡Todo, todo se lo llevan!—ha dicho sentenciosamente un viejo arrugadito que, sentado en un poyo, recuesta su barbilla en una garrota sarmentosa. Como él.

—¡No debíamos de pagarles!—ha dicho uno, volviéndose al corro. Sus ojos brillan con odio.

—¡Toma!, no pagues ¡y verás!—ha contestado otro. Y todos han recordado escenas de años anteriores. Vecinos que no pudieron pagar, y venían unos señores graves acompañados de una pareja, y embargaban lo que podían. ¡A veces, hasta la parva que había en la era!

—¡Toma, no pagues!—le ha remedado el otro—. ¿No somos todos los que les debemos? ¡Pues no pagar ninguno! Con uno solo se atreven. Pero con todos, ¿cómo se iban a atrever con todos? ¿Y en Alcocer? ¿Y en Selas? ¿Y en toda esta comarca, es que están mejor que nosotros? ¡Si en todos los pueblos les deben! ¡Pues a ponernos de acuerdo y no pagar nadie!

—Ya vendrán a cobrar con autoridades.

—¿Vendrán a cobrar? ¡Pues ya cobrarían! Le rechinan los dientes y su mano hace un gesto amenazador. Todos han callado. El motor de las camionetas vuelve a zumbar. Los dependientes se han subido a lo alto de los costales y se limpian el sudor. Todavía tendrán que volver hoy y más días. Las camionetas se ponen en marcha y pasan por delante de los campesinos. Los saludan desde arriba sonrientes. Pero ellos no contestan. Ya no están cabizbajos, alzan la cabeza y sus ojos brillan de odio. Verdaderamente sería eso hermoso. Que fueran a un pueblo, a otro, a otro y se volvieran las camionetas vacías. Losada y Salazar se asombrarían. ¿Qué ha pasado aquí? Olvidarían sus diferencias y estudiarían el modo de cobrar los géneros averiados y los intereses de la usura. Llamarían al gobernador. (No le importaría a Salazar que fuera republicano de izquierdas; el caso es que arreglara aquello.) Le llevarían a sus casas a comer. Le harían ver lo bien que se habían portado con los campesinos. “Matándoles el hambre todo el invierno”, diría brutalmente Losada. El gobernador—republicano de izquierdas de toda la vida—se daría cuenta de que todavía estamos en la República democrática, que reconoce la propiedad privada, y mandaría las fuerzas a sus órdenes a cobrar con los dependientes de las camionetas.

¡Pero sí, sí! ¿Qué podrían con un pueblo organizado, más aún, con toda una comarca en pie de guerra dispuesta a no dar un grano a los usureros de Cereceda?

Y en los cerebros de los campesinos se va introduciendo una llamita de esperanza. Se van dando cuenta de que haciendo “algo” podrían venir a cobrar. ¡Que ya cobrarían! Y como todos están pensando lo mismo, todos sonríen. Piensan en sus faenas tan rudas, en la labranza, en la siega, la trilla. Y que no se pudieran llevar las camionetas nada de lo que tanto esfuerzo había costado recoger. Pero para eso tenían que ser todos. ¡Todos! Y todos se pondrían manos a la obra. En la taberna. En el juego de pelota. Ahora, en las fiestas, irían a todos los pueblos aprovechando la concentración de campesinos, y a todos les comunicarían la única manera de no vivir miserablemente, mientras los vampiros de Cereceda se llevaban todo su sudor, todo su esfuerzo.

Y animados, pensando en la satisfacción del triunfo, se separan cada cual a su casa. Ya no estarán decaídos; ¡ahora tienen en la unión de todos la fórmula salvadora de su regeneración! ¡Y ella les salvará de una vida miserable y agobiadora!

Alcolea del Pinar.

Julián VAZQUEZ

(Obrero industrial)

# Nostalgia

(Cuento de un obrero ruso)

—¿Cómo te va?

—No muy bien—dijo Piotr Agapytch, levantando por encima de su cabeza un brazo muy largo y bostezando tan ruidoso que su amigo Nicanor pudo ver una doble fila de dientes.

—Y tú qué piensas, Nicanor. ¿Vamos hacia el socialismo?

Nicanor bostezó a su vez, y respondió con su voz de cantante:

—Eso no me interesa... eso le importa al Comité... A mí me interesa sólo el día de la paga... Y después de una pausa añadió: Ya les daría yo una patada en todo su socialismo para irme en seguida al pueblo.

—¡Ja! ¡Ja!—estalló Piotr Agapytch—. En tu lugar, hace tiempo que les hubiese plantado.

—¿Plantado?—y se puso a soñar.

Aburrido Piotr, tomó un compás y se puso a dibujar sobre la madera de la mesa rayas, elipses y circunferencias. Nicanor le miró algún tiempo; después, alisando su hermosa barba roja, dijo dulcemente:

—¿En cinco años querer transformar toda nuestra Rusia!... ¡Alcanzar América!... Tú, Piotr Agapytch, ¿has estado en América?

—¡No! No he llegado nunca—y suspiró por un pasado no tan lejano; cuando él era contraamaestre de la fábrica! Un odio oculto le hincó el corazón, y dirigiéndose a su amigo, añadió amargamente:

—No sois todos más que unos imbéciles. Mascáis el freno entre los dientes como unos potrillos, rompiendo todo. Y cuando os entrais, pasáis el cuello por el mismo roncal y a tirar de nuevo! ¡Un buen garrote! ¡Golpes a derecha e izquierda! Arrastraos hasta el socialismo...

—Pero Piotr Agapytch, ¿qué te sucede? Voces como esas terminan en la cárcel. Yo también soy contrario al Gobierno, porque ya soy viejo. Pronto, para San Nicolás, quisiera irme al pueblo. Si no fuera por eso, el Gobierno no es malo. No se debe hablar así del Gobierno.

Piotr Agapytch frunció las cejas. Se acababa de oír la sirena:

—Uh... u... u...

—Aulla esa d. abla. La gente no puede levantarse en punto. Pero ella hace ya treinta años que no duerme y no se cansará nunca. Y Piotr Agapytch se acercó a la ventana.

Nicanor balbuceó una especie de reproche:

—¿Y por qué odiarla? Tú mismo, siendo contraamaestre, la pusiste en lo alto del tejado, y ahora la injurias.

—Es verdad que yo la cooque. Si era para los cer...—Piotr no terminó la palabra—como tú.

Nicanor no lo hubiera entendido. La puerta se abrió, y dió paso a Kravt Tchonski, contraamaestre, antiguo obrero.

—¿Haces política, Piotr Agapytch? El cálculo del engranaje para el montacargas no está hecho, naturalmente. Se va a empezar la colada, y se va a retrasar todo el trabajo. Todo el ritmo perdido. ¡Que te lleve el diablo! ¡Cuarenta toneladas de fundición perdidas! Y Kravt Tchonski, rabioso, paseaba pesadamente la oficina.

—Puedes ser más amable camarada Kravt. Ludwig Smith, mi antiguo patrón, era más amable que tú.

—Perdona, Piotr. También nosotros nos hemos acercado al trono del Zar muy groseramente, en alparagas. Sí; sí; te apreciamos, camarada Piotr. Eres un viejo especialista salido de nuestras filas, de aprendiz de fundición a contraamaestre. Ya sabemos que eres más competente que un ingeniero. Lo sabemos y lo apreciamos. ¿Qué te hace falta más?

La mirada de Piotr brilló de maldad, de odio: su mandíbula se contrajo, su mano se dirigió a la puerta.

—¿Para qué ocuparse de charlatanerías?

Kravt se levantó, sus grandes hombros se estremecieron. Sus manos se crisparon en la mesa. Mirándole recto con sus ojos grises, Piotr añadió orgullosamente:

—Soy un viejo lobo de fábrica, gris como el cok... Hasta cuando me cierran los ojos te diré que nada me hace falta. Lo mejor me lo han quitado...

—¿Qué te ha quitado?—gritó:

—¡La vida!—y golpeando la puerta salió hacia los talleres.

Odiaba a Kravt. A veces, una idea loca le atravesaba la cabeza.

—Antes que morirme con los brazos cruzados yo debía hacer algo sonado. ¿Matar a Kravt?

En el taller tropezó contra un molde... Se paró. El horno jadeaba. Las aberturas recubiertas de mica dejaban pasar una luz ardiente de metal en fusión. La mirada de Piotr Agapytch calculó el estado del metal. Abajo, se extendía como una serpiente viva de color dorado sobre el carbón al rojo blanco; arriba tomaba una tinta frambuesa y el cok se quemaba con una llama azul. Piotr se fijó en que algunos ajustadores se agitaban ante los motores. El aire silbaba en los tubos. Las toberas roncaban y cantaban la canción del hierro.

Se acercó a una abertura y miró las entrañas del horno. De pronto, su mirada se volvió atenta. Un punto de enfriamiento. Sin duda, falta de combustible. Se bajó para mirar aún una vez... Sí, eso era. Se va a formar un grupo. —Voy a decirlo a Kravt. Pero cambió de idea. Retrocedió unos pasos. —Eso ya no es cuenta mía ahora... ¡Que se arreglen solos!

Al atravesar el taller pensó en casos análogos. Una vez, a causa de una parada de los motores, durante una huelga en que los obreros fueron durante veinticuatro horas dueños de la fábrica... La segunda, por imprudencia. Pero, sobre todo, el primer caso se fijó en su memoria. Cuando la policía llegó, ya era tarde: el cok incandes-

cente se extinguía, la colada se solidificaba en un gran bloque. Se tuvo que desmontar el crisol, romper el metal y las escorias y reconstruir con ladrillos las paredes del alto-horno.

—No digo nada ¡Que se vayan al diablo!—dijo en alta voz Piotr Agapytch

Fuera, Piotr se paró. Enormes naves de la fábrica gruñían y trepidaban. Humeaban las fauces de las chimeneas. A través del hollín y del humo, el sol parecía violeta.

—Tu...u...u...u—aulló la sirena.

En lo alto del horno, dentro de las fauces de fuego, se alzó como un monumento de bronce, ancho y corto, un obrero.

—¡Carbón!—gritaba.

Abajo se oían ruidos de engranaje; de abajo lentamente subía la vena de hierro, llegada al tragante, vertía su contenido. Una enorme columna de fuego y humo se precipitaba, y la vena volvía a bajar ruidosamente.

De arriba se oía la voz del obrero:

—¡Enviad!

Mientras que Piotr erraba a través del taller, Kravt y Nicanor seguían en la oficina. Nicanor estaba molesto. Para que Kravt no lo notase, examinaba los planos de las construcciones metálicas. De tiempo en tiempo miraba a Kravt, y pensaba:

—¿De dónde ha sacado éste esos ojos azules tan penetrantes? Tiene el rostro moteado como si le hubiese saltado fundición.

Kravt, viéndole tan inactivo, dijo:

—Nicanor, ve al taller de la pequeña fundición y tráeme el libro de proposiciones de los obreros.

Nicanor salió. Kravt se quedó ensayando hacer él solo el cálculo de un piñón conico. La medida tomada con el compás no coincidía. Un amargo y ardiente deseo de saber le apretó el cerebro.

Nicanor volvió con el libro. Docenas y docenas de firmas garrapateaban las hojas, renegridas por los dedos sucios de los obreros.

Kravt leyó:

“No hace falta hacer trabajar a la pieza y pagar al peso en la pequeña fusión, porque en el moldeo se carga demasiado el molde. La pieza que se obtiene es demasiado espesa, se gasta mucho tiempo en terminarla y hay pérdida de fundición.”

—¡Diablo! Qué buena idea. Es importante para toda la industria. Esto dará miles de economía. Habrá que proponerlo en la conferencia de producción.

Kravt puso al pie una nota. En este momento apareció Piotr. Estuvo silencioso unos minutos, y al fin dijo secamente:

—El fuego se oscurece... Seguramente el aire de las toberas es demasiado frío y el combustible está mal colocado.

—¿Se ennegrece el fuego?—repitió Kravt, y su aparición despertó la atención de los ajustadores, ocupados en el arreglo del motor. Miró el horno. En medio de él se veía un pequeño montículo de mineral ríto. Kravt hizo un gesto y los ajustadores se precipitaron.

—¡Chaparov!—gritó a uno de ellos—. ¡En seguida taladros y grapas! ¡Todos preparados! Que en diez minutos haya cuatro agujeros. Diez minutos, reloj en mano.

—¡Um!...—intentó uno de los ajustadores.

—¡Ni una palabra! ¡Diez minutos. Un punto es bastante.

Sacó su reloj.

Los taladros aparecieron instantáneamente. Cada minuto que pasaba palidecía Kravt. Al fin, fué la batalla... Cuarenta toneladas de metal..., el alto horno parado... El programa deshecho...

Uno de los obreros no acertaba. Kravt le arrancó la herramienta. La máquina giró más deprisa, llevándose en el taladro virutas de plata. El taladro traspasó la coraza de hierro, después, entre un rechinar, los ladrillos refractarios. Kravt apoyó más fuerte, y el taladro llegó de un solo impulso al vientre del horno. Una larga llama brotó. Todos comprendieron la gravedad del instante. Ya los tubos de la bomba a presión estaban y Kravt tenía entre sus manos el fuelle. Los puso en la abertura, dió vuelta al grifo y una poderosa manga de aire penetró en el interior del horno. La llama creció, se alargó, crugió como un incendio.

Un obrero se acercó a Kravt:

—Dame, yo lo tendré.

Kravt cedió, inclinándose hacia la abertura. El montecillo negro se fundía. Gruesas gotas de sudor rayaban la cara de Kravt. La herrumbre caía de las paredes de hierro; una ceniza negra le cubría el rostro. Sus ojos severos se cambiaron en una expresión dulce.

—Se puede fundir—gritó.

—U... u...u...—dijo la sirena.

Un equipo nuevo llegó. Con su gesto habitual abrían la escotilla. El taller se iluminó de una luna incandescente. La cascada de fuego resbalaba de la gotera a la inmensa cuba, en un arco majestuoso.

Cuando el líquido quedó distribuido en los moldes, el espectáculo fué asombroso: la tierra del taller ardía. Las vigas del techo, las columnas, las máquinas, todo estaba cubierto de una nube ardiente. De la tierra a la bóveda subía una ceniza de plata. Por las inmensas ventanas entraba un alba pálida, color frambuesa.

Piotr estaba allí. Una tensión profunda le apesumbraba. ¿Remordimiento? Un pensamiento, hirviente como lava, nacía en su cerebro.

—¿Por qué no tengo yo el fuego sagrado como Kravt? ¿Por qué no tengo la consciencia de que la fábrica me pertenece? Kravt la tiene. ¿Por qué?

Cuando Kravt salió del taller, Piotr le abordó. Por primera vez le dijo solemnemente:

—¡Ivan Alexandrovich! Ludwig Smith, mi antiguo patrón, dijo al marchar a América que sin mí y sin él los altos hornos se enfriarían, se apagarían los hogares y todo se lo llevaría la trampa.

—Piotr, estás en un error al seguir cebando esas ideas. Si tú y yo no existiésemos, las fábricas seguirían marchando. Porque tú y yo no somos más que chispas de una clase inmensa. No pienses más bobadas y ven mañana para hacer el cálculo del engranaje. Sin eso, todo se retrasará.

Piotr le tendió la mano vieja y seca. Se dijeron adiós. Kravt se fué hacia la izquierda; Piotr hacia la derecha.

En su casa, Piotr no encontraba reposo. Al declinar de sus días se sentía fuera de su clase, desenraizado de ella.

Mucho tiempo paseó su cuarto. Se acercó a la ventana. Moscú, la ciudad roja, duerme. El viejo Kremlin duerme también bajo su bandera roja. El reloj deja oír dulcemente el himno revolucionario. Y de nuevo silencio. La ciudad roja duerme con una respiración igual y todopoderosa. Sólo Agapytch no puede dormir. Una tristeza le cubre, se aburre, sufre.

Piotr no comprende lo que quiere, ni esa angustia, ni esa soledad. Sufre el vacío de su corazón. Se levantó de la cama.

Una niebla lúgubre le apretaba el corazón, se asfixiaba...

—¡Ay, ay, ay!—lanzaron las mandíbulas prietas, y golpeó rabiosamente el muro—. Me aburro, me aburro.

El piso latía débilmente, y las gotas de agua se precipitaban en el fondo del cubo con un ruido monótono.

—¿Pero dónde estás? ¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿Con quién?

Nadie le respondió. Sólo los vidrios negros, barnizados, le miraron con asombro.

—¡Qué niñería, qué mujerzuela parece!

Piotr Agapytch se levantó. No podía estar en el cuarto. La oscuridad y el silencio le pesaban. Como para escapar de alguien, se vistió precipitadamente y salió.

Moscú, la capital roja, duerme. Las calles están muertas. La luna mancha las calzadas de piedra gris.

Ahora es arena, polvo de carbón, lo que sus zapatos levantan. Los árboles, somnolientos, se inclinan en las aceras.

Por el este, una delgada banda de luz. Cuando el día empieza, Agapytch se para ante un muro de piedra: la fábrica. Se dirigió a la entrada, la empujó con el pie.

—Cerrada—se admiró Piotr, y sacudió más fuerte

Pero el hierro, en vez de gemir, gruñó terriblemente y las cadenas sonaron.

En el patio aparecían, inmensos, los volantes, los engranajes dentados, los Diessel.

Agapytch quería dormir entre estos inválidos de la fundición, quedar olvidado entre ellos. Pero el hierro y la piedra eran fríos y los altos hornos le miraban amicalmente. Una nueva angustia le subió del corazón.

—Abrid—gritó ronco—. Abrid. ¡Me aburro, me aburro!

Sacudiéndose el sueño, frotándose los ojos, el sereno se dirigió a la puerta.

—¿Qué haces aquí dándote contra los hierros? ¿Estás curda? Ruedas así por la noche. Vete a dormir algo... Espera la sirena.

Piotr Agapytch, sin fuerzas, se fué. La noche es tranquila, el barrio, silencioso.

Todo duerme.

Sólo Piotr no puede dormir. Busca el camino que perdió y que ha de conducirlo a su clase.

P. VOROBIEV

## La enseñanza en la U. R. S. S.

### Educación pre-escolar

Si en 1920-21 en los establecimientos preescolares se daba instrucción a 240.000 niños, en 1932 se da a 9.800.000 futuros constructores del socialismo.

En Magnitogorsk, 6.333 niños reciben educación pre-escolar.

En las regiones industriales, por cada mil mujeres se calculaban sesenta cunas en los jardines de infancia. Hoy hay 120.

### Instrucción primaria

En la Unión Soviética la instrucción primaria es obligatoria. De diez millones en 1928, ha pasado a diez y nueve millones.

Los tártaros, antes de la revolución, tenían ochenta escuelas; de ellas, treinta y cinco en lengua tártara. En la actualidad hay 3.206; de ellas, 1.700 en lengua tártara.

En Crimea, de 1.024 escuelas, 300 pertenecían a las minorías nacionales: judíos, búlgaros, griegos, armenios. En 1932, 100 por 100 de ucranianos estudiaban en su lengua natal; 97 por 100 de georgianos, el 96 por 100 de turcomanos, el 95 por 100 de turcos, el 74 por 100 de kirghises, el 64 por 100 de tadjikistanos.

En las llanuras árticas y en los bosques de Siberia funcionan más de 300 escuelas.

En las escuelas secundarias se ha pasado de 1.600 alumnos en 1928 a 4.350 en 1932.

En las escuelas técnicas y facultades obreras se ha pasado de 164.000 en 1928 a 1.437 en 1932.

En 1932 funcionaban para los sectores infantiles, 38 estaciones radio-difusoras.

# Los escritores que han visto, dicen:

• Bernard Shaw: "El aumento del paro y la impotencia del capital privado para luchar contra él, llevan a los representantes de todas las clases y partidos a comparar nuestra situación con la Unión Soviética. Hombres políticos, jefes mediocres, no ven en el éxito de la URSS más que una amenaza para el sistema capitalista. No hay mentira absurda ni habladuría infantil que no sean utilizadas por nuestra Prensa rusófoba. Todas estas injurias son, no sólo inconvenientes, sino peligrosas."

• John Herman: "Sólo me ha hecho una impresión tan fuerte como estos granjeros en huelga la conferencia de los Escritores Revolucionarios en Karkhov. Entonces comprendí lo que era la vida a pleno aire en el país de los obreros."

• André Gide: "Lo que aquí nos reúne es la convicción de que sólo un interés superior a la Patria puede evitar un nuevo conflicto. Interés superior, común a diferentes pueblos y que los une en vez de enfrentarlos. La lucha social es para todos los países la misma, y a los pueblos se los envía a batirse por las mismas razones, que no entienden. Camaradas, sabemos que la única manera de hacer "guerra a la guerra" es hacer guerra al imperialismo, cada uno en su propio país. Porque todo imperialismo engendra, inevitablemente, la guerra."

## El cuarto de Lenin



Cuarto  
donde  
Lenin  
pasó  
su infancia

## Los que se incorporan

Luis Cernuda, poeta andaluz de quien la burguesía no ha sabido comprender su gran valor, se incorpora al movimiento revolucionario.

Llega la vida a un momento en que los juguetes individualistas se quiebran entre las manos. La vista busca en torno, no tanto para explicarse el desdicha como para seguir con nueva fuerza el destino. Mas lo que ven los ojos son canalladas amparadas por los códigos, crímenes santificados por la religión y, en todo lugar, indignantes desigualdades en las que siempre resulta favorecido el estúpido. Se queda, pues, en peor situación de espíritu. Este mundo absurdo que contemplamos es un cadáver cuyos miembros remueven a escondidas los que aún confían en nutrirse con aquella descomposición. Es necesario, es nuestro máximo deber enterrar tal carroña. Es necesario acabar, destruir la sociedad caduca en que la vida actual se debate aprisionada. Esta sociedad chupa, agosta, destruye las energías jóvenes que ahora surgen a la luz. Debe dársele muerte; debe destruirse antes de que ella destruya tales energías y, con ellas, la vida misma. Confío para esto en una revolución que el comunismo inspire. La vida se salvará así.

Luis CERNUDA

# El teatro soviético

## Vía de desarrollo del Arte Soviético

### Una carta de Stanislawski

*Encuentro que el teatro europeo, dejando a un lado el talento erectivo de algunos grandes actores aislados, no marcha. Considerado el teatro desde un punto de vista comercial, como negocio, resulta una catástrofe por la situación general de las empresas teatrales. No tienen tiempo para ensayar bien una obra. Los directores europeos miran con envidia esas decenas de ensayos que nosotros podemos hacer. Los grandes actores de Occidente trabajan para el cine. Algunos teatros están próximos a cerrar. Todo esto se produce porque no se concede bastante importancia y cariño al teatro, como hacemos nosotros. Sin contar con las necesidades de una estricta economía, nosotros realizamos obras en unas condiciones de trabajo que ningún director de teatro en Occidente puede soñar.*

*Moscú.*

(El viejo fundador del teatro de arte de Moscú, dice bien en su carta: las diferencias de trabajo en los dos mundos que la frontera soviética divide es tan grande, que eso es, precisamente, lo que diferencia también su calidad. Stanislawski, el viejo director y fundador del teatro de Arte de Moscú, ve claramente la ventajosa situación de trabajo en que está colocado el teatro de la Unión Soviética. No es la multiplicación de salas de espectáculos lo que hace su gloria, es la calidad. En la Unión Soviética no puede encontrarse mayor apasionamiento por el espectáculo. Salas sin butacas vacías, entusiasmo por ver, por comprender. Esa es la causa de ser tan justo y tan depurado lo que se exige a todos los que colaboran, porque ni técnica, ni estética, ni ideológicamente, pueden confundir a las masas trabajadoras de la URSS, que en sus artistas pusieron confianza.)

Nuestra época es la más grande de las que ha cruzado la Humanidad. Es la época de la lucha heroica por el socialismo.

Asistimos a la tensión revolucionaria más grande, necesaria para realizar el programa que le ha impuesto la Historia.

Nuestro arte no puede ser más que una fuerza que ejerza una presión profunda en la marcha general de la construcción socialista.

En su entrada histórica, la burguesía, cuando buscaba su completo poder, era realista. Su música interior, su tono, podía resumirse así: la vida es bella. Todo, desde la salida del sol hasta el cántaro de agua con un trozo de pan y cebolla, era bello. El artista tenía por misión hacernos querer aquel ambiente, aquella manera de sentir.

Así fue la pintura holandesa, que Hegel, y más tarde Marx, consideraron como la forma típica del arte realista. Pero la burguesía no es una clase homogénea. También existe una pequeña burguesía. En el curso de algunos acontecimientos, las capas inferiores han sido devoradas por el capital en el avance de su marcha. Resulta entonces una profunda melancolía, una angustiada decepción.

El romanticismo representa un alejamiento mucho más decidido de la realidad. El centro del romanticismo burgués es la ilusión, la sed de ilusión.

Veamos ahora en qué consiste el realismo socialista. Primero es también realismo, como fidelidad a la realidad. No nos apartamos de la realidad. La reconocemos porque es la arena de nuestra actividad, nuestra materia. Aceptamos la realidad, pero no de una manera estática. ¿Cómo podríamos aceptarla en estado estático cuando la concebimos, ante todo, como una tarea, como un desarrollo?

Figuraos una casa en construcción que, luego de terminarse, va a ser un palacio, pero que aún no está terminado. Si lo describís os dirán: "Así es vuestro socialismo, una casa sin techo". La verdad socialista no pueda ser dicha sino por aquel que comprenda que va a tener un techo. Porque la verdad no está quieta, vuela; porque la verdad es el conflicto y la lucha.

¿Puede existir un romanticismo socialista? Pues por esa misma razón de estar completamente satisfechos de la realidad, podríamos reunir pronto la mayor cantidad posible de fuerzas activas. ¿Por qué no tener en nuestro arte los grandes símbolos, al menos en las solemnidades grandiosas que agrupan millares de personas? ¿Por qué cerraremos la vía a las anticipaciones artísticas? Acordaos que Lenin decía: "El que no sabe soñar es un mal comunista". Debemos subir a un punto elevado para hundirnos más lejos en el porvenir.

La dramaturgia es de una importancia primordial en el arte soviético.

El teatro actúa directa e inmediatamente sobre las grandes colectividades, las une en la misma impresión y sentimientos. Debemos, entonces, multiplicar la acción socialista del arte y atender más especialmente el teatro.

Estamos siempre en lucha, no nos limitamos a comprobar. Así, pues, tenemos que producir dramáticamente lo que tenga mayor efecto dramático: dos mundos están frente a frente; uno, aún con los dolores del parto; otro, que se retuerce en la agonía de su caída.

El cambio profundo que se anuncia actualmente es el crecimiento de nuestros bienes materiales y la penetración, cada vez más profunda, entre las masas de la idea, que, consolidándose la economía, socialista, nos enriquecemos todos.

El hombre socialista dice: "Soy rico, puesto que la URSS es rica. Siento que mi vida gana o pierde según el éxito o los fracasos de la construcción. Me alegro o sufro con las peripecias de esta lucha".

Los hombres que son modelo de esta conciencia socialista, deben ser puestos en evidencia, para que su ejemplo gane al socialismo a aquellos que aún no se han libertado del yugo de los sentimientos de esclavitud.

Más tarde, cuando la victoria sea completa, nuestros descendientes leerán con respeto la historia de nuestra vida.

A. LUNATCHARSKI

# El Teatro en España

## Los actores parados

Un grupo de actores de teatro en paro forzoso ha publicado estos días en la Prensa una nota en la que anuncia su propósito de formar "una compañía de actores parados, en la cual todos sus miembros, inspirados en un justo concepto de su clase, se agrupen con independencia de sus ideologías individuales sobre una norma de absoluta igualdad. Una compañía de este tipo no puede estar subordinada al régimen actual, al mismo régimen que ha determinado la crisis de que somos víctimas. Nuestra compañía será nueva, no sólo por su composición formal, sino también por su espíritu y su tendencia artística. Queremos iniciar un teatro nuevo: el teatro de los trabajadores, el teatro que exprese en sus múltiples formas todas las modalidades de la vida, de las clases que luchan por redimirse de la miseria"

Esta aspiración justa de los actores parados al querer organizarse, refleja el estado de espíritu de un sector de la pequeña burguesía, que sufre las consecuencias del régimen capitalista en descomposición. A medida que se agudiza la crisis económica, el número de desocupados en las distintas capas del proletariado y de la burguesía, aumenta progresivamente. Millares de oficinistas, médicos, ingenieros, profesores e intelectuales pobres, son arrojados a la calle como excedente de los cuadros técnicos y profesionales del régimen capitalista. De ahí que hallemos a cada paso innumerables profesionales invadendo el campo de trabajadores manuales. Así vemos un médico trabajando de dependiente en una tienda de ultramarinos; un ingeniero vende corbatas; un músico se ve obligado a hacer la competencia a los mendigos para divertir con sus tonadas los oídos de los señoritos que muestran su ocio en las mesas al aire libre de los cafés elegantes; este otro se suicida; aquél vende su alma por unas miserables pesetas. Este es el panorama "agradable" que ofrecen los magnates de la banca y la finanza a los trabajadores manuales e intelectuales: hambre y miseria.

La pequeña burguesía intelectual tiene que darse cuenta de que sus intereses, no tienen nada que ver con los del capitalismo. Su condición de clase explotada tiene que conducirla inevitablemente al frente único de todos los explotados. Su amigo y guía más eficaz es la vanguardia del proletariado revolucionario que tiende a destruir el sistema imperante del hambre y la explotación por el del trabajo creador y la cultura de las grandes masas.

Pero es necesario que la pequeña burguesía sana se dé cuenta de su misión: debe acordarse también de su origen proletario, olvidar absolutamente las concepciones ideológicas de la clase explotadora y unir su suerte, si no quiere perecer, con la del proletariado.

OCTUBRE saluda cordialmente a los actores parados, e invita a otros grupos a que sigan su mismo ejemplo.

●

**La revista «Octubre» inicia, para ayudar al repertorio de nuestros camaradas que intentan representar teatro revolucionario, un concurso de obras teatrales en un acto, de acción rápida y contenido ideológico de clase.**

**El tema tendrá que ser español; sucesos revolucionarios o problemas que interesen a los trabajadores.**

**Todos los géneros teatrales serán admitidos.**

**Un jurado de escritores y artistas revolucionarios leerá las obras.**

**Las tres mejores serán representadas y editadas.**

**Enviar vuestros trabajos hasta el 1.º de Enero de 1934, a la redacción de esta revista: Marqués de Urquijo, 45, con esta advertencia en el sobre: «Concurso teatral».**

●

## Boletín de adhesión a la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios

*Nombre y apellidos*

*Domicilio*

*Profesión*

*Población*

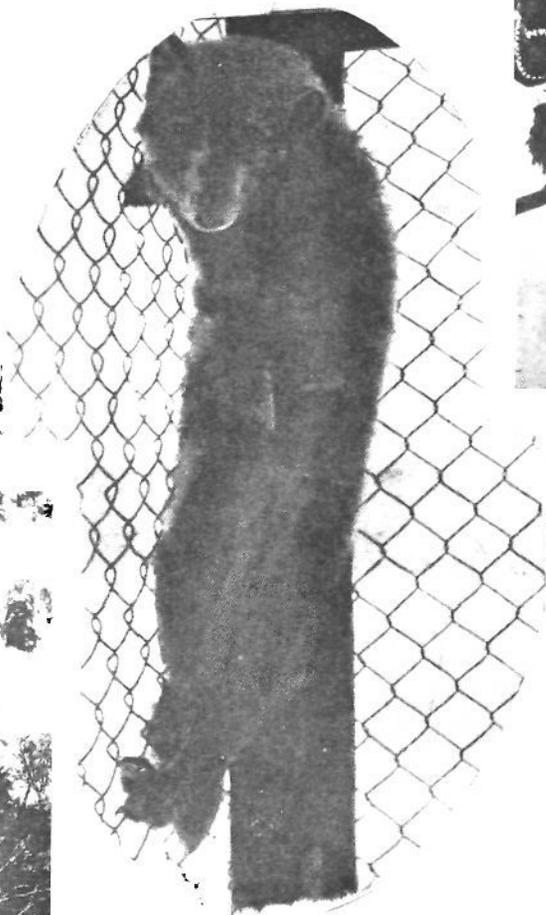
(Firma)

Pedimos a los camaradas que quieran pertenecer a esta Unión, así como también a los que estaban ya antes adheridos, envíen copia de este boletín a:  
ROSARIO DEL OLMO-ATENEÓ DE MADRID-PRADO, 21

# Las tierras heladas del norte soviético

El profesor Smith usa barba como un profesor tradicional de Julio Verne. Los pioneros de Moscú le conocen bien. Era toda una aventura que se seguía con gran cuidado en las escuelas: un barco con bandera soviética navegaba descubriendo territorios nevados.

Tiene la Unión Soviética unas tierras blancas en el norte. Lenin, en 1923, envió la primera expedición a dominar los hielos en nombre de los Soviets. Luego, se han sucedido los viajes. El último lo dirigía el profesor Smith. Le vi a la vuelta, hablando a los niños de unas escuelas de Moscú. La película de la expedición les pasaba de



los osos a los hielos, de los hielos a las focas, de las focas a los héroes que viven solos, ante la onda de la radio, en el paralelo 79°, latitud norte. El profesor Smith nos dijo: «Yo os aseguro que en el Plan Quinquenal no es lo menos valioso para la construcción socialista el esfuerzo de estos jóvenes observadores, que con un fusil para defenderse de los osos blancos guardan los aparatos de ob-

servación de la estación meteorológica y el puesto avanzado hacia el polo, de la Unión Soviética».

Los tripulantes del rompehielos «Sibiriakov» recibieron en alta mar este saludo:

*Al jefe de la expedición, profesor O. Smith.*

*Al capitán del rompehielos, V. Veronine.*

*Saludamos calurosamente a los miembros de la expedición que ha resuelto el problema histórico de la travesía del Océano Ártico en una sola estación. El éxito, después de haber superado dificultades inauditas, demuestra una vez más que no hay fortaleza a que la audacia y el espíritu de organización bolchevique no se rinda.*

*Pedimos al Comité Ejecutivo Central de la U. R. S. S. que condecree con la Orden de Lenin y con la Bandera Roja del Trabajo a los miembros de la expedición.*

**Stalin, Molotov. Vorochilov, Yanson.**



# Puertas adentro

## ● La propaganda electoral

En jirones por las paredes de las casas, o tan alto, para que no lo desgarran los que pasan, que ya no se lee, está el cartel de propaganda del partido "Acción Popular". No podemos rehusarnos a decir lo que puertas adentro de España ocurre en estas pre-elecciones de 1933, segundas de una República democrático-burguesa. Y nos fijamos en los carteles amarillos y rojos, porque fueron los primeros madrugadores y los que enseñaron antes la hilaza de su propaganda.

Sabemos de sobra cómo se mezcla la caridad cristiana en el engaño a los humildes. Sabemos que éstos del cartel amarillo son católicos y que los alardes de poco escrúpulo se han ido siempre hacia la derecha. En este caso, con una desvergüenza absoluta. Mezclados, como en el reino de Dios, se pretende el voto de todos "los buenos", haciendo plataforma de su política las más disparatadas contradicciones. ¿Cómo es posible que se quiera atraer el voto de la mujer hablándola de la cárcel, de sus hijos hambrientos, del paro obrero y de la justicia? Han olvidado tan pronto estos renovadores nacionalistas, que no tienen memoria para una sencilla ida y vuelta por cosas ya escritas y pasadas, recordando que el paro, el hambre, los tiros, la miseria, no son un deporte que se desprende de las luchas obreras, sino las luchas obreras las que se derivan de una opresión de clase que representa, mejor que ningún partido, "Acción Popular".

Lo que "Acción Popular" y todos los partidos que no tienen masa trabajadora donde cimentarse hacen, es esa inconsciente mezcla de verdades y mentiras irrealizables, que nosotros llamamos demagogia. El empleo de este método sistematizado de confusión, este querer dar gato por liebre a los votantes, no es sólo propio de los que están desamparados de las masas trabajadoras, sino táctica de otros partidos con fuerza obrera auténtica.

Esta costumbre del engaño, particularmente usada por los que han aprendido a soñar en "catolicidad e imperio" con una efusión fascista renovadora de España, antimarxista y antiuniversal, se dirige principalmente a los débiles. Saben que sólo los muy necesitados o muy simples podrán creer el cartel amarillo o el de más allá con las cinco flechas. Lo mismo pasaba en aquella Alemania de ante-Hitler, con Hitler, cuando hombres de todas clases solicitaban humildemente un uniforme para la política venidera de parada y hacha.

Para engañarlos mejor, manejan en la campaña electoral, no sólo cosas que no van a cumplir, sino que no les pertenecen, odios que no son suyos: Casas Viejas, el paro obrero, el hambre. ¿Cómo quieren que, si les votan las señoras de la cruz al pecho, lo puedan hacer las que la llevan a la espalda y encorvadas y hambrientas, si esperan la libertad, no de un preso, sino de 9.000 presos, la resurrección de 1.124 muertos, la salud de 329 heridos, el pan de un millón de trabajadores parados?

● La mujer es, por fin, mayor de edad: todas cumplen el día 19 veintiún años. ¿Hay alguna tensión distinta en el ambiente electoral? Sí, la mujer coquetea con su voto como con una margarita: Gil Robles, Lerroux, Azaña... Mucho tiempo ha tardado la mujer en encontrar esa justicia. Si no de costumbre, de derecho, la mujer española acaba, hace muy pocos meses, de dejar de pertenecer en el Código a. apartado de los imbeciles, menores de edad, y puede favorecer a alguien con su voto.

Ha sido un poco deprimente este forcejeo entre lo tuyo y lo mío, entre el hombre y la mujer.

En España, en el momento de su mayoría de edad, bueno es que recordemos que cuando la burguesía tuvo que dar sus mandamientos igualitarios, después de la Revolución francesa, nada dijo de las mujeres. También es oportuno hacer resaltar que esa compensación romántico-grotesca de las idealizaciones femeninas del siglo pasado, no fueron más que escapes de la burguesía a un problema de insubordinación, que tomaba caracteres de reivindicaciones concretas. La burguesía ha libertado a la mujer cuando la ha necesitado como unidad de trabajo, y es la economía de guerra (1914) la que prácticamente conquista para la mujer un derecho. Luego ya no hay manera de retroceder, aunque ahora la crisis busque suprimirla de nuevo de sus puestos de trabajo. (Italia, Alemania.)

En España, todos los partidos buscan su voto. ¡Son tantas! Claro es que los católicos no hubiesen entregado jamás ese derecho varonil, pero las católicas siguen la candidatura del prelado ciegame, y votarán por sugerencias sacerdotales. El señor obispo de Madrid ha pedido a su secretario muy amablemente que le escriba un opusculillo electoral, y ya se arrebatan las mujeres esa celeste indicación, infalible, por ser infalible la política de la Iglesia.

Contra esta legión de mujeres que van al voto como a ser comidas de las fieras, haciendo antes un acto de contrición, se levantan, desgarradas y chulas, las señoras republicanas. Estas son más varoniles, creen que ellas arrancaron el voto a la República y están satisfechas, gritonas, alborotadoras, redichas. Hierven los clubs más o menos femeninos; se conspira, se llega a la calumnia despiadada por una candidatura; los jefes se sienten halagados de tantas sonrisas y de tantas mujeres como pronuncian sus nombres por las tardes al tomar el té. Si las otras parecen mártires necias, éstas son juramentadas, mujeres que aplomadamente toman posesión del peldaño nuevo y por el cual —efectivamente— gritaron mucho.

Y queda otro sector aún más grande. Quedan las que no lucharon por el sufragio, las que no sabían nada, las que tímidamente irán con su voto y que ese voto corresponderá a un deseo inextinguible de justicia: la mujer proletaria. Ella quiere votar por aquel que no engañe su hambre con palabras, que no deje tan frío el invierno, que no les desprecie una vez que le dieron su voto, que no explote su trabajo en el taller o la fábrica. ¿Es posible esto? Ningún partido burgués puede responder de cumplirlo. ¿De arán entonces de votar? No. Si no votáis, aumentaréis en un voto las fuerzas de la mayoría triunfante: en este caso, la reacción.

Pero la mujer proletaria va a votar, y su voto equilibrará el Parlamento. Ya sabe que los diputados que pueda llevar no van a él como futuros gobernantes, sino que serán sólo la protesta, los afrentadores de un régimen que ha cumplido ya su plazo de dominio.

# El guardián de la tumba de Timur

¡Sumergir hasta lo profundo las manos en la arena!

No en la arena amarilla de los ríos moscovitas, ni en la arena gris azulada de los arenales marítimos; dejando de vosotros, acordaos bien, se extendía la arena de los desiertos de Asia Central. ¿Recordáis la sensación de frío fugitivo que se sentía al sumergir en ella la mano hasta el puño, ese frío menudo que se transforma rápidamente en calor seco y luego en insensible inmovilidad de todo el cuerpo? La arena fluía entre los dedos e intentábais fijar su color, aunque sólo fuera para sentir por un instante un sentimiento de odio hacia la misma. Durante una clara mañana escalais la colina. Desde arriba la arena es de color atigrado; y luego, al bajar, inclináis de nuevo la cabeza hacia abajo, hasta quizá os acostareis sobre la arena y, de nuevo, estallará en toda su inasible esencia. Su brillo cegador es inquietante como un cuento escuchado en vuestra infancia y que hoy, cuando vuestros hijos crecen ya, sube de las profundidades de vuestra conciencia para serle transmitido. Abren los ojos, os escuchan... Queréis definirla. Sus granos no son redondos, en ellos halláis formas variadas, desde el cilindro hasta la esfera; colores diferentes, desde el granate cobrizo hasta el gris perla; pero, en resumen, no es tan diversa. Agrupándola por formas, apenas se hallarán más de dos o tres docenas. Cada una de esas formas, aliada con sus semejantes, sería un poder usado e invencible, un sólo bloque; pero el viento inagotable de la perfección las impulsa hacia adelante. Apresuraos a mirar, apresuraos a definir vuestros sentimientos; el viento, irguiendo como una amenaza su ancha palma huesosa coronada de cardos, espía tras de la montaña vecina.

Tal es poco más o menos, vuestro sentir cuando véis por primera vez la arena, la dueña del desierto, su voluntad. Pero tiene un hermano: el polvo fértil y bienhechor. Aquella huye de los hombres, es irritable, solitaria, fría. Este va siempre con nosotros, adensa los canales, fluye sobre los prados, da el algodón y el arroz, alfombra los caminos. discute con el viento, materializa vuestra sombra, haciéndola alta y amenazadora; su color es siempre el mismo: el de los trigos maduros.

La precisión hace perdonables las faltas de estrategia y, evidentemente, las de las letras. Por ello estimo necesario fechar el pasaje citado. Fué escrito el 5 de abril de 1930.

Hace quince años, cuando entré en Samarcanda, era yo otro hombre. En primer lugar entré a pie y descalzo, cosas ambas muy desagradables en el polvo ardiente de Asia Central; luego intentaba hacer milagros; o mejor: intentaba aprender el medio de hacer milagros. Era fakir, lo que quiere decir que me exhibía sobre una pobre barraca, encima de la cual mostraba cosas asombrosas. Como carecía de maestro, porque no podía tomar ninguno a falta de medios y en cuanto a educarme gratis nadie quería a causa de mi timidez y mi carácter taciturno, trataba de imaginar, de inventar yo mismo todas esas cosas asombrosas. En Asia Central contaba con encontrar una cantidad innúmerable.

Franqueé a pie la distancia que separa Semipalatinsk de Verny, siguiendo el camino por donde pasa hoy el ferrocarril Turksib; de Verny fuí a Tachkent, de Tachkent a Fedghana y de allí al lago Issy-Kul; luego volví a Bujara por Samarcanda. Ganaba mi panza colocándome como tipógrafo en las imprentas de las grandes ciudades. Era tal el calor, que nos veíamos obligados a echar agua incesantemente en los cajetines, compartimentos donde se colocan los caracteres, porque de otro modo las letras nos quemaban los dedos.

Recorrí todo ese camino inútilmente; no encontré milagro alguno y, sin duda, a causa del dolor, no inventé uno sólo. Tampoco vi en Samarcanda la tumba de Tamerlán. A consecuencia de mi poca instrucción ni siquiera sabía quién era Tamerlán ni por qué era necesario visitar su tumba; la plaza del Registrán no me gustó; la aglomeración era demasiado grande; en cuanto a la ciudad indígena, era repugnante. Encima de todo ello, un perro me mordió en la pierna. Atravesé toda la ciudad y mediante tres kopekas pasé la noche en una posada. Comí una porción de pilav (cordero con arroz), por siete kopekas; no pude cerrar los ojos hasta el alba, porque la barra estaba llena de pulgas y los naturales del país, que alrededor de mí dormían sobre esteras y alfombras, roncaban tan fuerte, que hasta ahogaban el estruendo de los asnos que se peleaban alrededor del "hauz", estanque que aquí sustituye a los pozos.

Por la mañana abandoné la ciudad.

Y quince años más tarde, el 5 de abril de 1930, fuí de nuevo a Samarcanda. Ya llevaba aprendido mucho; sabía que no había milagros más que en los libros; que los mejores fakires vienen de Alemania, donde fabrican para ellos excelentes aparatos; pero lo esencial era que yo no tenía ya necesidad de esos aparatos, ni tampoco de milagros o de convertirme en fakir. Sabía quién fué Tamerlán y por qué era necesario, desde mi llegada, visitar su tumba. Llevaba conmigo dos pares de botas y viajaba en coche cama; para no olvidar mis ideas llevaba una estilográfica, una máquina de escribir y provisión de papel; y para el caso de que mis ideas no fueran suficientes, llevaba conmigo libros llenos de sabiduría y ciencia, rodeándome amigos no malos sabios. El polvo magnífico y vivificador de Asia Central recorría la ciudad y el sol asemejaba el Kungán (cántaro) de cobre, de donde cae el agua turbia del Amú Daria. Dicho de otro modo: tenía treinta y cinco años.

Todos los coches de punto del Oriente Asiático llevaban enganchados dos caballos. Hay sin duda para ellos serias razones, pero yo no las conocía. Por una conversación con un cochero, comprendí que más que de la tumba de Timur, el "Cojo de hierro", Samarcanda se enorgullecía de su nuevo hotel de tres pisos y del gigantesco depósito de agua, en construcción no lejos de la ciudad, en la montaña.

—Todo el mundo va allá. Para visitarle, agregó el cochero: ¿Irás tú también?  
—Sin duda, le respondí. Y no engañé a su orgullo: visité la ciudad, viví en su hotel favorito y bebí, ¡ay!, buen café.

El Asia antigua se va. Ya es tiempo de que se vaya; tuvo su parte en aquellas llanuras fecundas. Los kalavs

(abrigo de tela abigarrada) desaparecen, sustituyéndolos los abrigos impermeables, confeccionados en Moscú: los turbantes se van y, sobre todo, desaparecen rápidamente los turbantes verdes, que distinguían a los "hadji" o peregrinos que habían estado en la Meca; los rostros "asiáticos" indiferentes, desaparecen, porque esa indiferencia procedía de la falta de toda esperanza; y hoy hay esperanza, cuanta se quiera, y en todos los terrenos; se ven los utensilios primitivos, pala y arado, el "omatch". La tumba de Tamerlán concierne a la Dirección de Museos y el mullah que reza a diario su oración ante dicha tumba, gana su pitanza vendiendo tarjetas postales. Tuve con él una curiosa conversación.

—¿Eres un hombre importante o, si no eres hombre importante, eres sencillamente un sabio?, me preguntó examinando perezosamente la losa de jade verde oscuro de Tamerlán.

—Importante y sabio, le respondí.

Naturalmente, el mullah no me creyó, pero siguiendo con su idea, me dijo:

—Mi hijo quiere estudiar, no cre en Alá ni en Mahoma. Dice: Ni uno ni otro han existido. Y lo principal es que Alá y Mohamed me impiden aprender hacerme un hombre distinto. Quiero renegarte, padre; pero ¿dónde encontrar un hombre que por poco dinero consintiera en escribir tal demanda: que reniego de mi padre? Ya que eres sabio e importante acaso pudieras escribirme esta demanda.

—No. Mejor es que acudas a una consulta jurídica.

—¿Cuanto llevarán por un consejo?

—Llevarán un rublo.

—¿Un rublo? Bien. ¿Y por ese mismo rublo escribirán la demanda? No es caro hoy ir a ver al juez de paz.

El mullah se animó y me tiró de la manga.

—No me mires tanto. Ahora voy a decirte la verdad; aquí no hay ya Timur, ni la losa es la misma; solo quedan las tarjetas postales. Ven conmigo a la consulta.

A decir verdad, me asombré.

—¿Dónde está pues Timur?

—¿Qué donde está Timur? Timur está en París.

Me asombré aún más.

—¿En que París?

—En la ciudad de París. ¿Existe una ciudad así en "ulkua Europe" (la gran Europa)? Sí, existe. Pues bien, cuando Ak-Pachá (el zar blanco) Nikolka vió que no tenía bastantes cañones ni trajes para la guerra, escribió una larga carta a París. Ayudadme y, por vuestra ayuda, os daré todo lo que queráis. Y de allí le respondieron: te ayudaremos si nos das las cenizas de Tamerlán, la losa de jade de su tumba y todos los estandartes que allí hay. Entonces, era yo el mullah principal de la tumba. ¿La cantidad de estandartes que allí había! ¡Ah, si hubieras visto todos esos estandartes aún serías más importante! Pues bien: Nikolka Ak-Pachá se dijo: "¿Es que voy a perder por una tumba y las cenizas de Timur?" Y contestó a París: "Está bien: os daré las cenizas y la piedra de Timur; enviadme en cambio todas las armas que podáis". Y, mira tú, hay una leyenda que dice que quien posee las cenizas de Timur es invencible. Pero Ak-Pachá Nikolka era ignorante y tonto; nada sabía de esta leyenda y dió las cenizas y la piedra. Yo, en esa época, estaba muy enfermo; tenía el tifus. Durante mi enfermedad se llevaron los estandartes. Cuando me puse bueno, vi que habían cambiado la piedra; que Ak-Pachá Nikolka no estaba ya allí; que en su lugar había un ispolkon, (Comité ejecutivo) y que la gran ciudad de París había vencido a todo el mundo.

Sin duda el viejo había confundido su delirio de enfermo con la realidad y, al delirio, había añadido el robo de los estandartes.

—No quedan más tarjetas postales.

Cerca de nosotros, vestida a la europea, con una cartera bajo el brazo, una mujer uzbeka pasó rápidamente.

Lanzando una ojeada al mullah, sonrió y luego lo saludó con la cabeza. El mullah se inclinó valientemente, con respeto, ante ella.

—Mira. La que acaba de pasar es una mujer buena y prudentísima. Se llama Kyzmill. Es operadora del cine. Cobra un salario. Antes era mía.

—¿Cómo es eso? ¿Tuya?

—Mía. Es mi antigua mujer. Tuve que pagar un crecido kaly (precio de la mujer) para tenerla durante la Nep. La estimaba mucho. Le compraba lindos zapatos. Luego tuvo los ojos malos y la llevé a casa del médico; empezó a llevar gafas y a leer libros; se iba poniendo guapa, cada día más guapa. No le gustaba el velo, y decía: "Es tonto e incómodo. No lo llevaré más".

Le di un puñetazo en las narices y le quité sus libros. ¡Anda, y si es listo el poder soviético de Moscú! Y todo por las mujeres que hay, ¡vaya!, porque los hombres son de tal manera tontos... El 8 de marzo dieron una fiesta para las mujeres; es agudo eso de la fiesta. Las comadres se reúnen, chismean de sus maridos y queman sus velos en la plaza. Y luego viene mi mujer, Kyzymill, y me dice: "No te encolerices, hombre; yo también voy a quitarme el velo y a abandonarte, por que vives de la sangre del pueblo". Yo le dije: "¿Qué es eso de que yo vivo de la sangre del pueblo, si rezo a Alá por todos vosotros, imbéciles, y guardo la tumba de Timur para que podáis hacer allí vuestras oraciones?" Pero ella me respondió: "Escupo encima de tu Alá y de la tumba de Timur". Le di otro puñetazo en las narices y entonces corrió a la puerta y salió al jardín. Se agarró con la mano a un poste y no podía arrancarla. Gritaba: "Déjame: de todos modos me iré y me quitaré el velo". Yo estaba muy encolerizado y me ciego fácilmente. Tenía a mi alcance un hacha; la cogí y, ¡zás!, le di en la mano y le corté tres dedos. Pero ¡hasta qué punto es mala esa mujer! Fue a la plaza con sus dedos cortados y, a pesar de todo, quemó su velo. Las mujeres chillaban terriblemente. Vinieron hacia nuestra casa, cayeron sobre mí y querían dejarme muerto. Mas la milicia de nuestra ciudad es muy buena. Me cogieron, pero no me pegaron.

—Bueno. ¿Y te juzgaron por eso?



—¿Cómo no me iban a juzgar?

—¿Y qué te han hecho?

He trabajado tres años en la cárcel. Tejía esteras, ganaba bastante; más que en mi casa. Me alimentaban bien. Querían desterrarme a Siberia, pero luego dijeron que yo era viejo y tonto, que pronto me moriría y que podía acabar mis días en Samarcanda. Y ahora es mi hijo Amatkul quien se revuelve contra mí. A un hijo así sería necesario cortarle la cabeza, cortársela sin tardar, pero eso me acarrearía nuevos disgustos. Me llevarían nueva-

mente a la cárcel, o quizá me matarían los mozos, sus "tamyres" (amigos). Entonces pensé que mejor era burlarse de todo eso, y le dejé marchar.

—¿Tienes otras mujeres?

—Me quedaban dos. También se marcharon. Se colocaron en una fábrica de Askabad.

Acompañé al viejo hasta la consulta y expliqué su asunto. Le escribieron la carta y el viejo quedó muy contento, esperando sin duda que su hijo le socorriera por tan buena voluntad. Nos separamos. El consultorio jurídico estaba situado en la plaza del Registán. Sin duda conocéis esas mezquitas de cúpulas gigantescas y esas bóvedas enormes, esa multitud que en la plaza grita y zamba; esas tiendas donde trabajan los herreros; esas chai-kanes con sus alfombras y sus kunganes, esos horriquillos de color de musgo, ese cielo atrigado; y, si atravesáis la calle, veréis erguirse delante de vosotros Bibi-Kanym, la mezquita que, según dicen, fué construída por Tamerlán en honor de su mujer predilecta. Recordaréis que allá abajo, en el patio, hay un pupitre de piedra para el Corán: un jinete y su caballo cabrían acostados allí; un polvo dorado que cubre todo, flota sobre la ciudad. Caminaba entre el estruendo de ese Asia que muere, que se va; en medio de ese hurvari sencillo y alegre; caminaba entre ese polvo en el colmo de la alegría, y pensé que, después de todo, el mayor milagro que he encontrado en la tierra es el de la vida, que va adelante sin cansancio, que se hermosea y perfecciona infatigablemente; y mientras más adelante, vaya, más rápido y fácil será ese perfeccionamiento.

Un jinete montado sobre un caballo negro de largas patas, pasó a galope. Era uzbek. Llevaba en su cuello un rombo (insigna del jefe de brigada). Los príncipes y el propio emir de Bukara, durante el zarismo, no ascendían jamás del grado de coronel. Ese jinete, según la antigua terminología, se llamaría general. Conozco a ese jinete. Se llama Mustafá Yusupov. Manda una brigada, y la manda a maravilla. Es un antiguo pastor y su abuelo era esclavo, apisionado en Persia por la tribu turkmena de los "tekos"; Mustafá Yusupov tiene veintiocho años.

V. Ivanov



## La sesión del aniversario de Octubre en la Academia de Ciencias de la U. R. S. S.

Precedió a la sesión el establecimiento del segundo Plan Quinquenal. Este plan prevee una serie de trabajos que interesan a todas las ramas de la ciencia. Una parte importante es la exploración de las riquezas naturales del país. Tiene particular interés la energética, la física, la química y la geológica. La cantidad destinada al estudio de fuerzas productoras, se eleva a 400 millones de rublos.

La sección de ciencias sociales gasta 22 millones. Junto al Instituto de Literatura Rusa, se fundará otro de literatura mundial.

Una magnífica exposición estaba instalada.

Duraron las sesiones una semana. Los obreros de Leningrado, seguían atentamente los informes de los sabios y conocían a los más famosos. La tercera y cuarta jornada estuvieron destinadas a visitar las grandes fábricas. Se formaron diez brigadas con cuarenta personas. Los académicos fueron recibidos solemnemente y cada uno habló de su especialidad. Por ejemplo: el académico Lebedev, autor de varias investigaciones sobre el caucho sintético, tomó la palabra en la fábrica de "Krasny Treugolnik". En "La Electrosila" fué el académico Mitkevich. En la fábrica de óptica se oyó con gran interés al académico Grebentchikov, que expuso nuevos métodos para pulir el cristal.

Una sesión especial fué dedicada a la electricidad. Los problemas metalúrgicos estuvieron expuestos por el académico Baikov. El académico Gulkiné habló de materias primas y minerales. En la mejor época del zarismo nunca hubo más de 50 geólogos y 250.000 rublos de donación para los trabajos científicos. Disponemos, hoy de un ejército de 6.000 colaboradores, y se gastan 200 millones de rublos.

El joven sabio soviético G. Gamov, habló de la estructura del átomo, una de las cuestiones más importantes de la física moderna.

El profesor Nikiforov, director del Instituto Sismológico de la Academia, explicó la instalación de las estaciones sísmicas nuevas.

El académico Lazarev trató de los "Problemas actuales de la biofísica y su interés práctico", tocando el tema de la influencia de los factores físicos en el funcionamiento nervioso del hombre.

En la sesión de ciencias sociales, el académico Marr habló del "Progreso de la técnica del pensamiento y de la lengua", subrayando la importancia del éxito del nuevo método lingüístico.

Recordó el académico Oldenburg los trabajos de la Academia para popularizar el alfabeto latino y la organización de la bibliografía de Oriente.

El mundo entero se interesa por los documentos del archivo zarista, que se van publicando, según informó el profesor Tomsinski. Entre los informes más importantes está el del filólogo soviético Alexeev sobre "Evolución y Revolución en la lengua y literatura chinas".



## ¡Guerra a la guerra!

A los químicos del mundo entero, los químicos soviéticos.  
(Extracto del llamamiento del VI Congreso.)

El peligro de guerra mundial es de nuevo inmediato y amenazante. Es la resultante de antagonismos inconciliables y de la crisis, infinitamente profunda, del capitalismo como sistema.

Los hombres de ciencia, acostumbrados al análisis y a la previsión, no tienen derecho a cerrar los ojos ante estas continuas señales de guerra, más claras aún que las que precedieron a 1914-1918.

Los instrumentos más poderosos de la técnica están destinados a emplearse en un nuevo exterminio de millones de hombres y mujeres, de viejos y de niños, destruir ciudades y esclavizar pueblos.

Frente al mundo capitalista con su caos, su anarquía, su miseria y su hambre, entre el lujo, sus 40 millones de parados, sus reacciones sociales, políticas, intelectuales, sus obstáculos al progreso científico, se construye en URSS. un mundo nuevo.

Una multiplicación inesperada de investigadores y de establecimientos científicos, muestra que el socialismo sólo da campo abierto al pensamiento teórico y a los intelectuales. Esto ha hecho que numerosos sabios y técnicos de Occidente se fijen en nosotros.

La política de paz que persigue el Gobierno soviético no deja lugar a ninguna provocación. De su política de paz, del éxito prometedor de la edificación socialista, sacaremos una fuerza inquebrantable, la fuerza del entusiasmo y del sacrificio, para defender de una agresión bárbara lo que ha sido construido con heroico esfuerzo por los trabajadores manuales e intelectuales de la URSS.

Si, a pesar de todo, estallase la guerra, el deber de los químicos del mundo sería de no permitir que la química, arma poderosa del progreso, sirva para destruir la vida, el trabajo, la civilización. ¡Guerra a la guerra!

¡Químicos del mundo entero: haced un frente único de ciencia y de trabajo para combatir la guerra, para defender el primer país que construye victoriosamente el socialismo!

# Una generación Soviética de músicos

(A propósito del concurso musical panunionista)

“El día en que nuestro pueblo, en lugar de ir a la taberna, pase los días de fiesta en el teatro oyendo a Pouchkine y a Glinka; en que durante las largas veladas de otoño, en su “isba” sin chimenea, a la luz vacilante de un candil, el campesino tenga la posibilidad de leer a los grandes poetas nacionales, será un día de júbilo, de triunfo esplendoroso de la luz sobre las tinieblas”.

Estas son las palabras con que comienza un libro titulado “La educación musical del pueblo en Rusia y en Europa occidental”, editado siete años antes de la revolución, en 1910, en San Petersburgo, entonces capital de los zares. Su autor, Miropolski, no era un retrógrado ni un obscurantista. Al contrario, se sentía inclinado “al amor por los humildes” en el Imperio zarista. El libro es un documento notable de liberalismo cultural y su autor fué el iniciador de una Sociedad para la educación artística del pueblo. No pensaba Miropolski que en la “isba” llena de humo, choza hundida en la tierra, privada de chimeneas y alumbrada por la luz del famoso candil cantado por la poesía nobiliaria, “el triunfo esplendoroso de la luz sobre las tinieblas” se hacía punto menos que imposible.

El sistema de la educación artística en la Rusia zarista, tenía como base el adorno y consolidación de la esclavitud. De mil maneras se daba a entender que no es necesaria, para la felicidad del pueblo, la supresión de las “isbas” llenas de humo, recintos de miseria y de tinieblas, ya que “la luz resplandece en la noche oscura”. El mismo Miropolski asegura que la educación artística no debe perseguir otros fines que los puramente morales. Había, sobre todo, que acabar con “los cánticos desvergonzados de las fábricas”, refiriéndose, con esto, a las canciones del proletariado industrial. Según Miropolski, el pueblo no debe aprender más que el canto, ligado a la educación religiosa, ya que la instrucción pública no dispone de recursos para comprar instrumentos, ni mucho menos para enseñar a manejarlos.

Por otra parte, los grupos de intelectuales de vanguardia, que deseaban poner al alcance de todo el mundo la educación musical, encontraban en esta falta de recursos, un obstáculo insuperable. Engel, uno de los organizadores del Conservatorio Popular, cuenta en sus Memorias cómo estaban obligados a reducir la enseñanza instrumental, limitándose a la del canto, y siéndoles imposible el conseguir un local para una biblioteca musical popular. (J. Engel. “El Conservatorio Popular”. Moscu, 1908).

El presupuesto del Conservatorio de Moscu, se cubría con las cuotas de los alumnos, y en 1913 y 1914. La subvención del Estado era solamente de 50.000 rublos. Después de la revolución y a partir de 1926, habiendo comenzado ya el país a organizar su reconstrucción pacífica, la subvención se elevó a 305 985 rublos.

En el antiguo régimen, la educación musical existía solamente para las clases privilegiadas y más que nada, para la nacionalidad dominante, que era la rusa. Los demás pueblos pertenecientes también al Imperio de los Zares, se veían privados de esta enseñanza y conocían la lucha entre el “partido musical ruso” y el “partido alemán”. En cuanto a los otros “partidos”—ukraniano, tártaro, georgiano—, jamás se ocuparon de ellos.

Esta era la situación de la cultura musical en nuestro país hasta el momento en que pasó el poder a manos de los Soviets.

Y, sin embargo, en la Rusia zarista existían gentes con verdadero talento musical, cuya historia, tanto moral como social, ha sido magistralmente descrita por Babel en su cuento “El despertar”.

“Todos los hombres de nuestro centro en Odessa—dice Babel dirigiendo una mirada retrospectiva a su infancia—lo mismo los corredores de comercio que los tenderos, empleados de banca y de las oficinas de Mensajerías Marítimas, enseñaban música a sus hijos. Nuestros padres, que se veían apurados, inventaron una lotería y querían organizarla a costa de los pequeños. Más que en ninguna otra ciudad, fué en Odessa en donde se desarrolló con furia esta especie de vértigo. Durante muchos años, suministramos niños-prodigio para conciertos en el mundo entero. De Odessa salieron Micha Elmann, Zimbalist, Gavr'lovitch y fué también aquí donde debutó Sacha Heifetz.

Cuando el niño llegaba a la edad de cuatro o cinco años, su madre le conducía a casa del señor Zagourski. Este señor tenía establecida una verdadera fábrica de prodigios; enanos judíos que llevaban cuello de encaje y zapatos de charol. En casa no se hablaba más que de Micha Elmann a quien el Zar en persona había dispensado del servicio militar. Se repetía hasta la saciedad que los padres de Gavr'lovitch habían comprado dos casas en San Petersburgo. En resumidas cuentas, los niños-prodigio hacían la fortuna de su familia”.

Los personajes de Babel se hubieran visto extrañamente sorprendidos si hubieran podido entrar en la sala del Conservatorio del Estado, en Moscu, el 8 de mayo de 1933, día de la inauguración del concurso musical en la U. R. S. S. organizado para celebrar el 15 aniversario del gobierno de los Soviets. Han sido precisos quince años de régimen soviético para poder crear, en lugar de las cavernas musicales de hombres como Zagourski, y de los viejos y privilegiados conservatorios, verdaderos viveros de talentos musicales.

Este concurso ha venido a demostrar el grado de desarrollo de la cultura musical soviética, habiéndose reunido músicos y cantantes que han cursado sus estudios en los establecimientos de enseñanza artística superior y que por su edad pertenecen a la generación de Octubre.

Hablamos con el profesor Stolarski, de Odessa, uno de los mejores educadores de la Ucrania soviética, que ha llevado una numerosa representación a este concurso.

—Es un procedimiento magnífico—nos dice—para establecer el balance de estos quince años de esfuerzo por parte de nuestros profesores de música. El fin que perseguía este concurso era de seleccionar los mejores ejecutantes de la U. R. S. S. En Ucrania se ha comenzado por una serie de emulaciones regionales; después ha habido

un concurso panukraniano, en Kharkov; más tarde se hizo en Moscou la selección definitiva. Esto demuestra la seriedad y la justicia con que el jurado ha procedido para organizar esta revista general

Una selección parecida ha sido llevada a cabo en la R. S. F. S. R., en Georgia, Armenia, Azerbaidjan, que también han tomado parte en el concurso. Pero, a pesar de la severidad en la elección, el número de candidatos admitidos, ha sido verdaderamente enorme; quedaron ciento tres al final del concurso

Desde los primeros días—y se prolongó del 8 al 24 de mayo—quedó demostrado que la juventud musical soviética resistía brillantemente la prueba. Los ejecutantes no solamente cumplieron con todas las exigencias que se les presentaban, sino que las sobrepasaron. En los programas de todos ellos figuraban las obras más difíciles de la literatura musical. Los pianistas ejecutaron "Don Juan", "Las bodas de Figaro", "Mefistovals"; las transcripciones de Bach-Busoni; las sonatas op. 111 y 106 de Beethoven; los viejos clásicos Scarlatti y Mozart; los compositores del siglo XX, Scriabin y Procofiéff; los contemporáneos occidentales Debussy, Ravel y otros. Un lugar de preferencia se dió a las obras de los compositores soviéticos: "Suite trukmene" por Schechter; poema para violoncello por Protopopov! "26", por Biély.

En este concurso se ejecutaron por primera vez las obras de los compositores ucranianos Kossenko y Dankevitch; diversas canciones populares ucranianas; el poema para violoncello del compositor armenio Khatchatourian y otras muchas obras

De este modo fué plenamente conseguido el objeto del concurso, que era el de reunir compositores que representasen todas las épocas históricas y escuelas artísticas, todos los estilos técnicos.

Conviene, sobre todo, hacer resaltar el éxito que obtuvo Ucrania presentando al concurso un músico admirable: el pianista Samuel Ghilels, de dieciséis años de edad, natural de Odessa y discípulo del profesor Reingbald. Según opinión de los músicos más eminentes, Ghilels es ya un artista mundial.

Así mismo, Ucrania nos ha dado a conocer excelentes cantantes y de allí han venido también la mayor parte de los jóvenes músicos (de ocho a catorce años) y a quienes se ha oído fuera de concurso. Estos muchachos surgen allí donde antes de la revolución profesores como Zagourski lanzaban en serie los niños-prodigio.

La pedagogía musical ha progresado tanto en el país de los Soviets, que los niños pueden desenvolverse normalmente, sin tener que convertirse en "enanos con cuellos de encaje". Este abismo que señala la línea de demarcación entre dos generaciones, es también la frontera que divide dos clases de cultura distintas: la indisolublemente ligada a la explotación del individuo y aquella que le asegura su desarrollo integral de acuerdo con las condiciones de la estructura socialista. El estilo del arte musical soviético refleja la mentalidad vigorosa del hombre nuevo, del constructor, del luchador que desconoce la excitación artificial y el desdoblamiento.

Del mismo modo, el problema del virtuosismo se presenta bajo un ángulo nuevo. El músico soviético no lo desdénia como prueba de fortaleza, ni como testimonio del triunfo sobre toda clase de dificultades. Pero, la crítica soviética hace resaltar un defecto propio de ciertos ejecutantes que se dejan arrastrar por el virtuosismo puro por una especie de deporte musical que priva a la música de su rico contenido ideológico.

En resumidas cuentas, el resultado más importante del concurso ha sido la evidencia de los progresos de nuestros educadores musicales. El hecho ha sido tenido en cuenta por el Consejo de Comisarios del Pueblo, que ha reconocido el mérito de todos estos profesores.

El progreso de los nuevos cuadros de la juventud artista; la expansión del arte musical en las repúblicas nacionales de Ucrania, Georgia y Azerbaidjan, que el zarismo pretendía ahogar, es lo que ha venido a demostrar el concurso de la generación musical de Octubre —B. PERSOV.





## La evacuación de Jerson por los ejércitos de la civilización

Por respeto a las víctimas de la Francia imperialista, que pretendió ir a sofocar la revolución rusa, en nombre de la "civilización", he relatado este episodio histórico de la revolución en Ucrania en forma concisa y casi aliteraria, con la mayor fidelidad al por menor y al detalle real. Para los lectores ingenuos, que sientan alentada su incredulidad por prejuicios de democracia y de cultura, apporto este dato: en el año en que las comisiones francesa y rusa entablaron negociaciones para el reconocimiento de la U. R. S. S., a las pretensiones de Francia de que le fueran reconocidas las deudas del zarismo, Rakowski, presidente de los comisarios del pueblo de Ucrania, respondió con la exposición de este crimen inaudito

Este episodio forma parte de una serie cuya información fidedigna ha llegado a mí a través de unas notas autobiográficas escritas por Marisia, la bordadora.

—¿Todos?

La mano aún firme del viejo bolchevique los cuenta:

—Todos.

Evacuado Jerson por los alemanes, cuando la revolución estalló en su país, la ciudad fué ocupada por los franceses, con soldados negros y griegos. Diecinueve comunistas, obreros y estudiantes, que constituían el Comité revolucionario, celebraban reunión en casa de Marisia, la bordadora. Es la noche del 15 de marzo de 1918. Afuera, la ciudad duerme un sueño irregular, sobresaltado por el paso de las patrullas.

Un viejo bolchevique, arrancado de la prisión por las masas el mismo día de la abdicación del zar, preside. Con palabras concisas expone la situación. La moral de las tropas de ocupación es débil; la fatiga y los horrores de la guerra la hacen materia fácil para ser trabajada por la propaganda. En la población, la guardia roja mantiene intactas sus organizaciones. Por las cercanías de Nicolaiev ronda Gregoriev (1) con sus tropas, pronto a acudir en ayuda de la ciudad. La ocasión es propicia para sacudirse la invasión e incorporarse a la revolución en marcha.

Todos asienten, entusiasmados. Una misma fe los enciende. Se procede al reparto de las tareas. Fedor, obrero carpintero, soldado recién llegado del frente, es designado para establecer el enlace con Gregoriev. Quedará con las tropas revolucionarias indicándolas el camino. Una camarada le acompañará, y volverá primero, para designar el día de la sublevación. Marisia, Iván y Elena, son encargados de redactar y repartir un manifiesto en francés, dirigido a las tropas de ocupación, incitándolas a fraternizar con el pueblo. Se constituye el Estado Mayor con todos los miembros del Comité revolucionario y tres jefes de decurias de guardia roja, elegidos de cada diez. Es discutido rigurosamente el plan de ataque, que será sometido a Gregoriev. Se acuerda dirigirse a la población, recomendándole serenidad. Y la reunión se disuelve.

La madre de Marisia, una viejecita de cuerpo encorvado y de alma atormentada por todos los dolores, prepara la comida de Fedor y la camarada, que partirán de madrugada. Mientras, los muchachos proceden a redactar el manifiesto. En un silencio grave, las hermosas palabras: fraternidad, libertad de los pueblos, solidaridad de los obreros en la lucha, revolotean por la estancia y se posan, dulcemente, sobre el papel. Marisia lee, en alta voz. Aún se perfilan más los párrafos, se colorean, con sangre más caliente, las frases. Y a escribir, a copiarlo mil veces. La tarea es pesada, pero la noche es larga y los cuerpos de acero. Una alegría sana y juvenil hace el trabajo fácil.

De pronto, una idea entristece a Marisia:

—¡No tenemos bandera!

Es verdad. La bandera roja, la bandera del mundo, faltará en la lucha.

La viejecita llega silenciosamente del interior de la casa. Trae una llama roja en el brazo. Es un tapete de mesa, de terciopelo, recuerdo de mejores días.

—¡La bandera!

Marisia se levanta de un brinco y va a su cuarto. Vuelve con un vestido de seda dorada y unas tijeras. Sobre la mesa, con habilidad, recorta unas palabras y unos símbolos, y los cose sobre el terciopelo:

(1) Antiguo cabo zarista, caudillo de la Revolución, y más tarde, fusilado por los bolcheviques por entregarse al bandidaje.

Y la hoz y el martillo, centrando la frase en semicírculo.

De madrugada salen los enviados. La viejecita va a abrirlas la puerta: les besa y los bendice. Solemnemente, con la mirada baja, reciben aquella bendición que no es del pope, servidor de señores, sino de una mujer del pueblo, madre de obreros, víctima como ellos de la sociedad. Y caminan hacia su destino.

Dentro de la casa, el trabajo sigue, febrilmente. Los paquetes de manifiestos se amontonan. Es día claro. Marisia, que trabaja de traductora en el estado mayor francés, a bordo de los barcos de guerra, aguarda algunos paquetes bajo su vestido. Se despide de sus camaradas, alegremente, besa a su madre con ternura y sale a la calle.

Sus ojos claros sorben la luz del día como una volosina. Su cuerpo ágil atrae las miradas de los obreros que van al trabajo y de los soldados de las patrullas, en retirada hacia sus cuarteles.

Llega al puerto y contempla con tristeza los inmensos depósitos de grano, que la codicia de los invasores ha dejado vacíos. Vé los lobos del hambre rondar a la ciudad, y a Rusia entera, y un instante se endurecen sus ojos.

Sube al barco. Los marineros y soldados la reciben con algazara. Ella les sonríe y seduce. Coquetea con todos. Como jugando corre por el barco. Los grandes camarotes, donde las literas de los soldados se alinean, la atraen. Los paquetes de manifiestos desaparecen bajo las almohadas, en los retretes. Aún le quedan algunos y con sonrisa maliciosa entra y —un segundo— en la alcoba del capitán del barco. Y va hacia su trabajo, tranquila, pensando en la cara del militarote, servidor de la Francia imperialista, cuando lea los manifiestos.

Trabajo todo el día, ante el teclado de la máquina. Pero su imaginación está allá, con los camaradas. ¿Cumplirían sus tareas? A la tarde vuelve a su casa. La viejecita la espera en la puerta, con el cuerpo crispado por la ansiedad. Y un suspiro más grande que el suspiro de los volcanes la sacude, cuando la ve llegar, risueña, airosa.

Ya la aguardan los camaradas. Los manifiestos han sido, repartidos en los cuarteles. Pero una nube oscura les pasea la frente:

¡Los soldados griegos no saben francés!

Han pasado tres días, lentos, interminables. Cada vez más cargada la atmósfera, más tirantes los músculos. La población espera, confiada. Cunde la descomposición en las tropas francesas y el alto mando se agita, nervioso. Pero los griegos permanecen imposibles. ¿Cómo dirigirse a estos soldados, hijos del pueblo como los rusos, como los franceses, para que abran sus brazos y su pecho a la causa del pueblo? ¡Vana e inútil arma la palabra!

Noche del 18. Van llegando los miembros del comité revolucionario a casa de Marisia. Todo está ya ultimado. Las armas repartidas, designada la guardia que ha de ocupar correos y telégrafos, la estación del ferrocarril y el puerto. Sólo queda esperar.

A la una, cuando la luz se apaga—desde la ocupación todas las noches cortan la luz eléctrica a esa hora—Marisia enciende los quinqués. A su livida llama los rostros, serios, parecen de granito. Un golpe en la puerta los sobresalta. Sale la viejecita a mirar pero la noche es oscura y sólo ve dos sombras en la sombra. Poco a poco, las siluetas cobran relieve: son una muchacha y un soldado. Enérgico, el presidente manda abrir. Es la camarada que partió con Fedor y un soldado revolucionario, con una carta de Gregoriev:

“A las doce del día entraré en la ciudad. Preparad las banderas y las bandas de música. Ensayad la Internacional y el himno de la Guardia Roja. Salud y revolución.”

Una oleada de fé los inunda. La reunión se anima. Ni un momento de confusión. Se cruzan frases rápidas, órdenes apremiantes, consignas. Hay que dar aviso al comité militar, movilizar la guardia roja, empezar ahora mismo la batalla. Salen los mensajeros y se pierden en la noche profunda, con estrellas brillantes. Amanece. El cristal turbio de la madrugada se rompe con los primeros tiros. ¡Los obreros han chocado con las patrullas!

El comité revolucionario se esparce por la ciudad. Va a los sitios de mayor peligro. Sólo tres miembros, que constituyen el estado mayor plenipotenciario, permanecen en la casa dando órdenes. A lo lejos, las sirenas de los barcos gritan, desesperadamente.

Llegan las primeras noticias. Un soldado griego ha abierto el pecho de un obrero y le ha arrancado el corazón. El mismo soldado ha matado a otro y le ha grabado una estrella roja en la frente. Pero las mujeres, las mujeres de los obreros, le han descuartizado.

Se lucha en todas las calles, en todas las casas. Las tropas se defienden bien. Pero es difícil combatir con una ciudad. De las ventanas y de los balcones sale la muerte. Las paredes alientan como pechos. De los tejados, inexorable, baja a barrer las calles el abanico de la ametralladora.

Marisia llega, jadeante. Le brillan los ojos de acero: los griegos se hacen fuertes, en el centro de la ciudad; pero los soldados franceses, en formación correcta, han subido a los barcos, negándose a tirar contra el pueblo.

Y otra vez a la calle, a animar a los combatientes, a pelear, con sus fuertes manos de obrera.

La idea táctica de los revolucionarios va lográndose. La ciudad está en cuesta, se empina, desde el puerto al ferrocarril. Dos grandes vías, la cruzan, de arriba abajo. La guardia roja ha formado como un cinturón y empuja las tropas enemigas hacia el puerto.

Difícilmente se avanza terreno. Cada calle, ganada para la revolución cuesta cientos de vidas proletarias. La situación se hace desesperada, imposible de sostener, si no llega pronto el esfuerzo.

Dos cañonazos derriban dos casas, en el centro de la ciudad. Y otra vez Marisia que llega. No han disparado sobre la ciudad, sino contra las tropas de Gregoriev, que se acercan. Inmediatamente, un mensajero sale, por atajos, a pedirle que se apresure.

Los griegos permanecen en las vías centrales, cara al ferrocarril, esperando a los revolucionarios. Pero Gregoriev no se deja sorprender. Abre sus tropas en semicírculo y penetra a la vez por veinte sitios en la ciudad. Atacados por los flancos, los griegos retroceden. Alguien iza la bandera roja en la Duma. Y la mañana clara se llena de bandadas de vítores y cantos.

Los griegos siguen acercándose al puerto. Pero en su retirada derriban las puertas de las casas, penetran en los sótanos y sacan, arrastrados por los cabellos, las mujeres, los niños, los ancianos que aguardan, escondidos, el final de la lucha. A culatazos los llevan por delante, como rebaño de indefensas ovejas. Al llegar al puerto, los encierran en los almacenes de trigo, que rodean de juncos y rocían de gasolina, y les prenden fuego. Después, suben a sus barcos. Todavía, antes de zarpar, los cañonean.

En la ciudad, el júbilo es inmenso. Los obreros y los soldados de Gregoriev se abrazan. La Internacional, cantada por miles de voces, supe a lo alto como un humo azul. El viejo bolchevique, presidente del comité revolucionario, desde los balcones de la Duma habla al pueblo. Sus palabras vibrantes restallan como látigos y derraman, sobre el pueblo en suspenso, la alegría y la fé en la revolución.

Pero del puerto llega alguien, con la noticia. Todas las miradas se vuelven allá y todos los puños se crispan. hacia los barcos que huyen. Un silencio de muerte pasa su velo negro sobre la multitud. Y con llanto en los ojos, con las cabezas descubiertas, la población entera y los soldados bajan al puerto.

Ya las hogueras se apagaron, ya el fuego ha cumplido su misión. Sólo pedazos de carbón quedan, de los niños alegres, esperanza de la revolución, de las mujeres, de los ancianos. Más de tres mil víctimas inocentes. Una misma congoja los conmueve y les encorva el cuerpo, como una pesadumbre:

¡Cara nos cuesta la victoria!

De pronto, el viejo bolchevique se yergue. Iluminado el rostro mira, extrañamente fijo, hacia la ciudad. Todos se vuelven, sorprendidos. ¡Y a través de las lágrimas, evaporándose, llega hasta las retinas el rayo de la bandera roja!

*Pedro GARFIAS*



## **Rodolfo Oukmab, obrero extranjero, cuenta sus vacaciones 1933**

El viaje del barco fluvial "Konsomoletz" se hizo para más de 200 obreros especialistas extranjeros. ¡21 días sobre el Volga! Estos obreros de 21 países diferentes, no sólo han encontrado en la Unión Soviética pan y trabajo, sino su verdadera patria. Había obreros especialistas de las minas de las fábricas de tractores y de automóviles, de los altos hornos etc.

El barco era un hotel flotante. Antes de la Revolución, sólo los burgueses podían divertirse de esta manera. Todas las mañanas hacíamos gimnasia y, además juegos y una biblioteca soberbia, todos los días el "Konsomoletz" echaba el ancla para que nos pudiésemos bañar.

Desbordando entusiasmo nos alejamos de Nijni-Novgorod (actual Gorkigrado). Las trompetas de los antiguos combatientes de la fábrica de Electricidad de Moscú, tocaba la Internacional. El barco iba adornadísimo de banderas y en lo alto la hoz y el martillo.

¡2.500 kms. de Gorky a Astrakán, situado en el mar Caspio! Fué un gran viaje.

Visitamos varias repúblicas autónomas y ciudades como: Kazan, Samara, Laratov, Engels, Stalingrado. Pasamos un día entero en el koljós "Galka". Hemos hablado con campesinos y obreros. En esta región, donde afirman los fascistas que se mueren de hambre, nos dijeron que estaban prontos a alimentar algunos miles de parados alemanes.

Me emocionó mucho la visita a la ciudad y casa donde Vladimiro Ili'tch Lenin pasó su niñez. He visto con mis propios ojos sus juguetes, sus libros, la camita donde durmió la infancia del que debía librar a los obreros y campesinos del poder zarista.

En ningún país puede un obrero tener un reposo igual. Nuestro viaje por el Volga nos aconvenido del éxito formidable de la construcción socialista.

*Rodolfo OUKMAB*

# No hay trabajo

El hombre llega a su casa,  
cierra el portal.  
Quisiera cerrarse a sí mismo,  
que no le vea su mujer,  
esperar tan solo un momento.

Los niños abandonan el juego.  
Sin mirarlos siquiera,  
el hombre entra en su casa:  
en Berlín  
en Londres,  
en Varsovia,  
en Chicago.

El hombre llega a su casa.

El hombre mira por la ventana.  
Sabe que los sin trabajo forman legión.  
Ninguno ha caído del cielo  
y la tierra no los quiere.

No hay trabajo  
en Berlín,  
en Londres,  
en Varsovia,  
en Chicago.

No hay trabajo.

(Las manos están ociosas  
como si estuvieran en el agua,  
haciéndose torpes,  
volviéndose blandas.)

La ropa hecha girones,  
el pan cada vez más pequeño.

La mujer esperando en la casa sentada,  
El hombre esperando en su casa sentado.  
No hay trabajo

En Berlín,  
en Londres,  
en Varsovia,  
en Chicago.

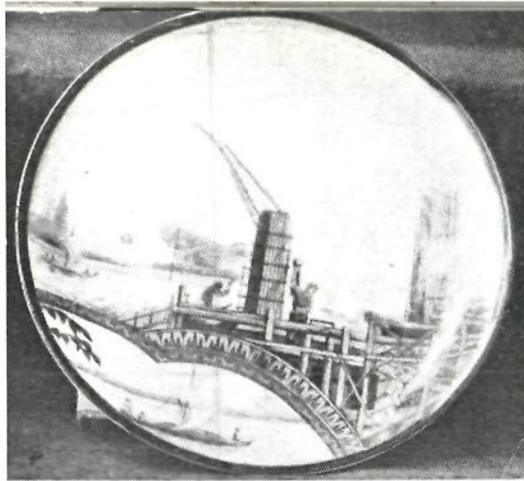
El hombre esperando sentado en su casa  
sin trabajo.

Johannes BECHER

(Trad. de E. Delgado)



# La Cerámica



El trabajo de los artistas encaminado a crear nueva cerámica para Rusia revolucionaria, empezó en Petrógrado, en el año 1918.

Un estudio detenido de la porcelana y la loza soviéticas creadas durante los quince años que transcurrieron desde el día en que se ejecutó la primera del movimiento artístico e ideológico en la industria cerámica.

La Revolución de Octubre, que ha influido tan profunda y fuertemente en todo el arte, la renovó y cambió por completo.

La Revolución, en sus luchas titánicas, debiera, como parecía, aplastar y romper en mil pedazos, no sólo un valor tan frágil y, además, ajeno a la masa del pueblo, como lo es la porcelana, sino también toda una serie de galerías de pinturas y esculturas. "Pero no ha sucedido esto", dice A. Lunacharsky en su artículo "La Manufactura de Porcelana del Estado" (publicado en el libro que indicaremos abajo), y en seguida continúa: "Desde luego, en alguna parte, en ciertas fincas más o menos lejanas de los terratenientes, se efectuó la destrucción de los bienes de la

odiosa clase pudiente, y con esto perecieron algunos objetos valiosos e interesantes, entre ellos, la porcelana. Pero, en general, es sorprendente aquel cuidado tan grande, hasta se puede decir aquella suavidad, con que la gran Revolución iba guardando los valores de arte, entre ellos también el más frágil y fácilmente aniquilable de todos. Nuestras colecciones de porcelana pertenecen a la categoría de las riquísimas en el mundo; por ejemplo, la colección en el Ermitage se ha enriquecido precisamente ahora".

La liberación de la economía rusa de la dependencia del capital extranjero y el ejercicio del monopolio del comercio exterior, trajeron como su consecuencia la cesación absoluta de la importación de los objetos de cerámica y materias primas del extranjero, que se importaban a Rusia capitalista en cantidades considerables. La industria soviética tuvo que emprender el enorme trabajo de hallar dentro de la U. R. S. S. los yacimientos minerales de las materias primas para la producción cerámica (el feldespato, el cuarzo, el caolino) y renovar y perfeccionar la maquinaria en las fábricas de porcelana y loza.

Ese trabajo ha sido coronado con excelentes resultados; pero éstos no se consiguieron de un golpe.

En vez de la industria atrasada que había en Rusia zarista, se crea ahora una industria de porcelana avanzada que va adquiriendo importancia mundial en cuanto elabora un nuevo surtido de objetos con decoración original y desen vuelve la producción para la exportación a varios países asiáticos y europeos.

El centro más conocido, por entonces, de la producción de la porcelana artística lo era la Manufactura Imperial de porcelana, en San Petersburgo (Leningrado) la más antigua fábrica de este género en toda la Rusia (había sido fundada en 1744). Pero esa fábrica no producía objetos del uso corriente y estaba predestinada a servir solamente a la corte del zar. Aunque el gobierno zarista gastaba para sostener la Manufactura enorme cantidad de dinero, éste no se justificaba por la calidad artística de sus productos; no se creaban allí los verdaderos valores artísticos durante los reinados de los tres últimos zares, sino como excepción de la regla general.

Ahora bien, no menos interesante, aunque totalmente distinta, es la producción de la misma Manufactura del período soviético (después de la Revolución la fábrica se denomina Manufactura de Porcelana del Estado, "Lomonosov"), cuando la decoración de la porcelana experimentó por primera vez las fecundas influencias del icono ruso y las corrientes de extrema izquierda del arte contemporáneo europeo, para adquirir un carácter completamente nacional. Nos referimos al conjunto de las piezas producidas por la Manufactura en los años 1918 a 1927 bajo la dirección de los finos artistas que representaban la tendencia estilística del "Mundo del Arte" (Mir Iskusstva). Esa producción es mucho más notable que la totalidad de los objetos producidos por esa Manufactura durante varios decenios últimos de la monarquía.

## LA VAJILLA DE PORCELANA SOVIÉTICA

Para conseguir que la cerámica correspondiese a las necesidades y gustos de la nueva sociedad, se entiende que la industria debió empezar por cambiar el surtido de los objetos del uso corriente. Poco a poco fueron eliminados de la producción todos los dibujos con las escenas galantes o pastorales en los juegos de té (eran supervivencia anacrónica del arte aristocrático del siglo XVIII), todos los motivos decadentistas (entre ellos la especial decoración floral en el estilo "moderno" de la primera década del siglo XX sobre las tazas), los absurdos adornos en relieve sobre los platos y platillos; en fin, todos los procedimientos antiartísticos y todas las formas irracionales, demasiado complicadas e incómodas en el uso práctico, que había muchísimas, en las fábricas del señor Kusnetzov.

Naturalmente, el primer lugar entre esos resultados, pertenece a la conocida porcelana de la Manufactura "Lomonosov". No hablando ya de su preciosa escultura, se debe reconocer que los vasos y platos de esa Manufactura, decorados principalmente por los pintores educados en la tradición elegante del "Mundo del Arte" (o por los obreros expertos según los dibujos de aquéllos) en los años



1918 a 1927, constituyen todo un tesoro de maravillosos y diversos motivos ornamentales, fantásticos, históricos y sociales, tratado con fino gusto y habilidad decorativa.

Ahora el centro del movimiento artístico en la cerámica, está trasladado a la región de Moscú, donde se hallan ambas fábricas de porcelana, que son las más grandes e importantes en toda la U. R. S. S. Son éstas: la Verbilki, cerca de la ciudad de Dmitrov, la cual tiene larga y gloriosa historia (es la más vieja fábrica de porcelana en Rusia después de la Manufactura Imperial: fué fundada en 1766 por el negociante F. Gardner), y la Duhóvo, que ha adoptado el nombre del diario "Pravda". Además, allí funciona el Laboratorio de Arte, en Kuskovo, cerca de Moscú, dependiendo del Museo de Cerámica (instalado en el palacio de Kuskovo en el año 1932).

Los diversos motivos del adorno de los vasos, platos y tazas tratados por los artistas de la Manufactura "Lomonósov", pueden ser divididos en cuatro categorías.

El primer grupo lo forman algunos platos con las escenas sociales, los cuadros históricos en el estilo realista, los retratos de los revolucionarios en el estilo gráfico y en general los motivos figurativos.

En segundo lugar, la mayoría aplastante de los pintores que decoraban la producción de la Manufactura en cuestión (entre ellos el primer puesto pertenecía a Chejonin, célebre decorador de los libros y principal representante de los procedimientos decorativos del "Mundo del Arte"), se inspiraban por los modelos brillantes de las artes decorativas de antaño. Chejonin y Cobyletzkaia variaban originalmente los motivos del estilo "empire" (que tuvo grande repercusión en todos los géneros del arte ruso en el primer cuarto del siglo XIX), preferentemente florales, y trataban con el entusiasmo los motivos fantásticos en el estilo del icono ruso y de la pintura popular de los campesinos rusos.

En tercer lugar, los artistas inventaron allí, en los primeros años de la Revolución, una nueva ornamentación vegetal, opuesta a la corriente realista.

Una especie de esa ornamentación, a la cual se quiere definir como esquematización melancólica o elegiaca de las flores, lleva en sí el sello del estilo "moderno" prerrevolucionario, aunque Chejonin, el creador de esta especie, estuvo influido también por aquel enérgico dibujo floral interpretado por la mano hábil y rápida que decoraba los juegos de té populares que usaban en los albergues rusos.

El estilo se crea natural y espontáneamente fuera de cualesquiera influencias de Leningrado. Constituye otro grande resultado positivo de la cerámica soviética. Corresponde bien a la técnica en que reproducían los dibujos sobre temas sociales y de agitación, desde los primeros años de la "nueva política económica" las fábricas de los objetos de uso corriente.

## LA LOZA SOVIÉTICA

La loza soviética nunca ha sido objeto de atención por parte de la prensa, ni ha sido estudiada hasta la fecha desde el punto de vista estético. Por culpa de los directores de esta industria, la vajilla de loza de las fábricas del Estado y los talleres cooperativos es menos original que la porcelana soviética. Es lamentable el hecho de que hoy en día no hay ningún pintor de talento a sueldo en todas las fábricas de loza de toda la U. R. S. S.

Con todo, el mercado interior no deja de exigir objetos artísticos de barro esmaltados, y por eso la producción popular (los originales y agradables floreros, platos y escudillas) de los alfareros de Ucrania y Uzbekistan ha tenido buen éxito.

El momento culminante de la elaboración de la nueva decoración de la vajilla de loza, fué la época en que trabajó Zyperóvich en las más grande fábrica de loza de toda Rusia, la de "Kalinin", cerca de la ciudad de Fuer (que se llama ahora Kalinin), es decir, aproximadamente los años 1926 a 1928. Este artista que ahora no se ocupa, por lástima, de la cerámica, pero conocedor profundo de su técnica y posibilidades, creó por entonces una serie de platos decorativos para las paredes, y consiguió introducir en la producción fabril muchos dibujos nuevos, entre ellos motivos florales, que se reproducen en la vajilla por medio del aerógrafo.

Es en el dominio de la escultura donde la loza soviética ha alcanzado los resultados más considerables. Es verdad que en la loza no hay pequeñas figuras equivalentes a la preciosa serie de las figuritas de porcelana que representan tipos soviéticos, creada por la escultora Danko, ni las figuritas del gran Matvéev, ni el ajedrez de porcelana que representa "la emulación socialista", hecha por Fripolskaya.

Pero, en cambio, las magníficas esculturas de barro esmaltado por Isidoro Frij Jar, no tienen ninguna analogía en el dominio de la porcelana. Los mejores trabajos de este escultor de talento original (es de origen georgiano, pero vive y trabaja en Moscú), ocupan un lugar destacado ahora en la exposición "Quince años de la escultura soviética". Además de ellas, hay allí aún unas cuantas obras de loza. Entre otras, "La cebra", de Efimov, no deja de gustar al espectador, estando al lado de otras representaciones de los animales hechas por Efimov con materiales directos (principalmente cobre forjado). Pero la serie expuesta por Frij Jar supera a todas las demás obras de cerámica por su modernismo agudo y lujo decorativo, "El negro bajo la palmera" y tres otras esculturas orientales de Frij Jar son una maravilla, debido a su policromía fantástica, y ponen de relieve las calidades valiosas de la loza, que sabe aprovechar su autor. Aún en el más modesto ejemplo de esa serie oriental, en "La ciudad", grupo que representa a los uzbekes, podemos ver un modelado propio al barro y un contraste acertado entre la blancura de los trajes de ambos hombres y del asno y el color moreno oscuro del cutis de aquéllos, y unas cuantas manchas del oro brillante.

No menos interesantes son el bajorrelieve sobre un tema histórico revolucionario y el originalísimo juego de té de loza (cuya tetera tiene la forma del camello) esculpidos por Frij Jar.

El barro esmaltado resulta un material completamente consonante con el gusto de nuestra época.—J. K.  
Moscú, 1933.

(Directamente escrito en español)

# El niño en la Unión Soviética

En el período posterior inmediato a la Revolución de Octubre, los niños morían de frío y de hambre por millares en toda la extensión de la Unión Soviética. La gran crueldad y el ensañamiento del mundo capitalista pusieron de manifiesto una vez más en esa ocasión. El bolqueo económico y militar, sólo fué vencido por la resistencia heroica y por la fuerza nueva, insospechada, indeclinable que traía a la revolución proletaria. Vino el período de la reconstrucción. Así como los campos se encontraban en completo abandono y las fábricas en entera ruina, así también la existencia de las escuelas había pasado a la historia. Hubo que crearlas de nuevo siguiendo el ritmo exacto del cultivo de los campos, y la actividad de las fábricas. Hubo escuelas para los niños que tenían padres, pero, quedaban aún en el desamparo total —no sólo sin escuelas, sino también sin pan y sin abrigo—millares de niños, huérfanos y vagabundos.

Diez años después de la Revolución de Octubre, los había aún en las ciudades y en los campos soviéticos. La prensa venal de todos los países contaba el hecho con alegría maligna. "¿En esto consiste la felicidad del paraíso bolchevique?, se preguntaba fingiendo asombro y piedad cuando se hablaba de esos niños vagabundos. Tamaño defecto en un país que acababa de vencer las dificultades más grandes que se han opuesto para evitar su desarrollo, a pueblo alguno sobre la Tierra, era inexcusable para esos viles filisteos que pasan tocando con el pié y el gesto desganado a esos niños escualidos y semidesnudos de sus propias ciudades. Diez años solamente, diez años era todo el plazo otorgable para que la Unión Soviética trajera el paraíso a sus territorios: la burguesía, sin embargo, no había podido, no ha podido atenuar ninguno de esos grandes males en el transcurso de decenios.

Han transcurrido ahora quince años después de la Revolución de Octubre. El analfabetismo está virtualmente aniquilado en todo el territorio soviético. Los profesores enseñan a los estudiantes, los estudiantes a los niños, los niños a los obreros y campesinos ancianos. La Unión Soviética entera es una escuela gigantesca donde se está forjando la cultura del porvenir. Los niños vagabundos han desaparecido de las ciudades y los campos. Escuelas de estilo y contenido completamente desconocidos en el mundo capitalista, han hecho de ellos hombres útiles para la sociedad: mecánicos, ingenieros, electricistas, agricultores, aviadores, escritores, artistas.

Escuelas para los hijos de los obreros y de los campesinos soviéticos; pero también para otros niños: para los hijos de aquellos obreros y campesinos que la opresión burguesa deja en la desocupación y en el hambre, o sepulta en las cárceles, o sepulta en los cementerios, acribillados de balas.

Las revoluciones, no prometen nunca el advenimiento del paraíso; las revoluciones son pasos inevitables hacia nuevas formas de vida, hacia el perfeccionamiento doloroso y lento de la sociedad humana. No había pues porqué exigir el paraíso inmediato a la Revolución rusa. Sin embargo, sólo quince años, han pasado y el analfabetismo no existe ya en la U. R. S. S. como tampoco existen los niños vagabundos, dos ni hambrientos.

¿De qué pueden vanagloriarse merdazmente ahora los países civilizados del mundo capitalista?

Entre los cuarenta millones de obreros parados que el capitalismo ha excluido de la actividad y de la vida normal, la mayoría tienen hijos. Y el subsidio de paro, en los países donde lo hay, no alcanza a cubrir ni las más elementales necesidades de nutrición. El niño proletario sigue la suerte de su clase. Crece analfabeto, hambriento, enfermo. Su vida desde que comienza, está condenada al sufrimiento. Más aún. Hasta desde antes de nacer, conoce ya las privaciones en el mismo vientre de la madre trabajadora que continúa en la brega cotidiana con el hijo avanzado en sus entrañas. Absurdo sería esperar algo para el niño proletario, de este régimen social que le oprime. Sólo la revolución que en la Unión Soviética ha cambiado su suerte, es lo único que podrá también mejorarla universalmente al extenderse por toda la faz de la tierra.

Armando BAZAN

# Ampliación a una encuesta de «El Sol»

El periódico "El Sol" ha iniciado una encuesta dirigida a la juventud española sobre su relación y concepto de familia. Algunos estudiantes nos han enviado a nosotros contestaciones que por su posición revolucionaria, es de temer que no fuesen publicadas por los encargados de la encuesta.

Como tiene para nosotros el mayor interés, la posición de la juventud en estos momentos, nuestro número de diciembre estará dedicado a la universidad y al taller.

1.ª pregunta: ¿Es su familia para usted lo que desearía que fuese?

Respuesta: Desde que empecé a ver claro en las interioridades de mi familia, fué creciendo en mí, con un gran dolor, un gran deseo de que mi familia hubiese sido de otro modo... Pero no hace mucho ví, que en realidad, sin los disturbios y destrucción de valores morales que el espectáculo familiar "interno" ocasionara en mí, hubiera sido más difícil la concreción definitiva de mis anhelos revolucionarios, a los que considero hoy la razón mayor de mi existencia. Así pues y por ello, estoy satisfecho de lo que mi familia ha sido; y sólo *ahora*, que considero ya formada y encauzada mi concepción de la vida, es cuando quisiera firmemente fuese mi familia de otro modo, para que una víctima de ella, mi madre, obtuviera sus reivindicaciones. Ha sido sin duda mi amor y mi lucha por mi madre la chispa primera de mi amor por la lucha de los oprimidos. Un mal de familia creó la esperanza de un bien social. Y este bien es tan grande por sus fines, que aun lleva en sí la posibilidad de alcanzar lo que hay de curable en el mal que lo engendró.

2.ª pregunta: ¿Coincide usted con sus padres en política, etc.?

Respuesta: Ni en política ni en moral. En cuanto a religiones, estimo altamente nocivas toda clase de ellas, lo que hago extensivo al concepto y realidad de patria que la sociedad burguesa nos da.

3.ª ¿Qué vínculos son los que lo unen a su familia?

Respuesta: Económicos con mi padre; afectivos con mi madre.

4.ª ¿Puede tratar cordialmente con sus padres...?

Respuesta: Sólo con mi madre.

5.ª ¿Le agrada la vida familiar ?

Respuesta: Prefiero la independencia, circunscrita a los deberes que de mis convicciones comunistas se desprenden.

6.ª Si usted tuviera independencia ¿qué haría?

Respuesta: Todo lo que pudiera por el comunismo.

7.ª ¿Con quién se encuentra más identificado, con su padre o con su madre?

Respuesta: Con mi madre, pues a pesar de que es católica, es una oprimida y tiene buenos sentimientos.

8.ª La opinión de sus padres, ¿es decisiva en su vida?

Respuesta: Sólo acato a mi padre por el yugo económico, del que es el detentador. Y respecto a mi madre, su influencia moral se circunscribe principalmente a las condiciones de sus reivindicaciones.

9.ª ¿Cree que la situación de usted con respecto a sus padres es igual o análoga a la de ellos con sus abuelos?

Respuesta: La creo muy distinta, por la misma transformación evolutiva de la sociedad burguesa, cuyos últimos acelerados pasos vivimos ahora. En efecto: considerando la familia pequeño-burguesa, a cuyos hijos, los estudiantes, se dirige implícitamente esta encuesta de periódico burgués, vemos que lo corriente es que el padre lleve las riendas económicas, poseyendo un gran interés en que el hijo varón sea cuanto antes económicamente productivo, para así librarse del peso del hijo en el presente y crearse una previsión para el futuro. El amor de que alardea el padre es siempre inferior al interés, y, además, en esta sociedad corrompida, es escaso, disminuyendo alarmantemente el sedicente amor a medida que pasa el tiempo sin que el hijo produzca. Pues bien, en la época de nuestros abuelos, por estar mucho menos avanzada la decadencia del capitalismo que ahora, era correlativamente más fácil el logro de mutua liberación entre padres e hijos. En la época actual, por el contrario, en que son bastante más problemáticos para los jóvenes el destino o la carrera remunerativos, aquella mutua liberación se logra más incompleta y tardíamente; de aquí una gran base de descontento familiar, al que coadyuvan la crisis general de conceptos morales, autoritarios, etc., efecto de la general crisis económica; y el marxismo-leninismo, que, consciente de la carrera de la actual sociedad hacia la fosa, da a la Humanidad sus normas de salvación por vía del levantamiento de los oprimidos y consiguiente construcción del rápido camino hacia la nueva sociedad, la sociedad comunista, donde el trabajo no sea dolor como en la actual sociedad, sino fuente inagotable de todo lo bello, fraternal y noble de la vida.

*Un estudiante.*

# Por una literatura proletaria

## Encuesta

**Pregunta.**—¿Qué libro, de cualquier clase de literatura, os ha impresionado más y por qué?

### 3.—Respuesta

A mí, igualmente que al camarada Sender de Madrid, el libro cuya lectura más me ha impresionado ha sido "El Estado y la Revolución", de Lenin, y por idénticas razones que las suyas.

Como ya el propio Lenin dice, le fué preciso hacer verdaderas excavaciones para sacar a flote un marxismo no adulterado por los oportunistas de la II Internacional.

Con la lectura de este libro, el obrero adquiere plena conciencia de lo que es el Estado y los fines para los cuales fué creado y, al mismo tiempo, le hace ver cómo cada clase dominante idea el tipo de Estado apropiado para su dominación, tipo que no puede servir para la clase que llega al poder después de una revolución, pues lo tiene que destruir durante ésta y edificar el suyo propio. La teoría marxista sobre el Estado, lo mismo que la idea de la dictadura del proletariado, era algo completamente olvidado por la Internacional de ante-guerra. Fueron Lenin y los bolcheviques los que resucitaron ambas, aplicándolas a las condiciones creadas por la revolución 1917 en su país y que permitieron al proletariado ruso el lograr la gran victoria de Octubre.

A la categoría de una doctrina miserablemente liberal, habría ido a parar, a fuerza de ser mixtificada por los socialistas, una teoría tan revolucionaria como el marxismo, de no haber sido Lenin, quien levantando en alto la bandera del auténtico marxismo, demostró sus traiciones a los ojos del proletariado mundial. De toda la obra ingente de Vladimiro Ilíich, este libro, "El Estado y la Revolución", destaca. El, constituye el arsenal inagotable de donde sacar las armas más afiladas para controvertir con todas las demás teorías que se dicen proletarias.

Léelo, obrero socialista; a través de él, conocerás las verdaderas ideas de Marx acerca de una cuestión tan importante como la del Estado, y por él te darás cuenta de cuál es el socialismo de los Vandervelde, los Kautsky, los Adler y otros líderes de la II Internacional y de nuestros Caballero, Prieto, Besteiro and company.

Y tú, obrero anarquista, que odias el Estado pero que no lo comprendes, léelo también. El te ayudará a ver que el Estado "es una máquina en manos de la clase dominante para aplastar a sus adversarios de clase" (Stalin), que el Estado ha surgido no por obra de un genio maléfico, ni ha sido creado por un hombre para darse el gusto de dominar a los demás, ni ha sido él autor de la división en clases de la Sociedad, sino que es el resultado necesario de los antagonismos de las clases, que desaparecerá con esos antagonismos, y que el proletariado, cuya misión histórica es acabar con las clases, tiene necesidad de él durante el período necesario para llevar a cabo su misión, período durante el cual "el Estado no puede adoptar otra forma más que la dictadura revolucionaria del proletariado" (Marx).

Me asocio con el compañero Sender, al homenaje de admiración al maestro del proletariado internacional, al genio del siglo XX, y hago extensivo este homenaje a Marx y Engels, que juntamente con Lenin, son los hombres a quienes los trabajadores del mundo entero deben todo lo que son.—José CURTO SOLA.—(Tortosa).

●

*El Comité de la revista OCTUBRE agradece a los camaradas de la Unión Internacional de Escritores su gran ayuda enviándonos material para el número doble (extraordinario) de nuestra revista. Algunos artículos y cuentos aparecerán sucesivamente, pues la falta de espacio nos ha impedido poder darlos todos a conocer. En el próximo mes de diciembre dedicaremos un espacio preferente a la juventud que trabaja y a la Universidad. Publicaremos un magnífico reportaje fotográfico de las Hurdes y una crítica de la Exposición que los Artistas Revolucionarios y simpatizantes han celebrado en el Ateneo de Madrid. Se abrirá una amplia sección crítica y seguirán las habituales, que hemos tenido que suprimir en el presente número.*

●

**OCTUBRE**

Por un año (12 números) 5,25  
Seis meses (6 " ) 2,75  
El número . . . . . 0,50

Envío por cheque o giro postal  
Dirección: Marqués de Urquijo, 45-Madrid

**56**

G. C. Goy González, 12-Madrid

# Destrucción capitalista

## España

1 millón de hombres parados. Hambre.

### Represiones

19 de julio, 1931: Ley de Fugas. Parque de María Luisa (Sevilla).

30 de septiembre: Castilblanco.

8 de julio, 1932: Villa de Don Fadrique.

11 de enero, de 1933: ¡Casas Viejas!

329 muertos. 1.124 heridos

¡9.000 presos!

## ● Fascismo — Guerra

¡Recordad 1914!

10 millones de muertos.



30 millones de mutilados.

30 millones de huérfanos.

¡Recordad!

Las naciones trigueras deciden no sembrar la tercera parte de sus campos.

En el Brasil se quema el café en las locomotoras.

Vagones de cánteros de

leche se tiran a los ríos en

Norteamérica, donde hay

13 millones de parados.

El hambre en los países

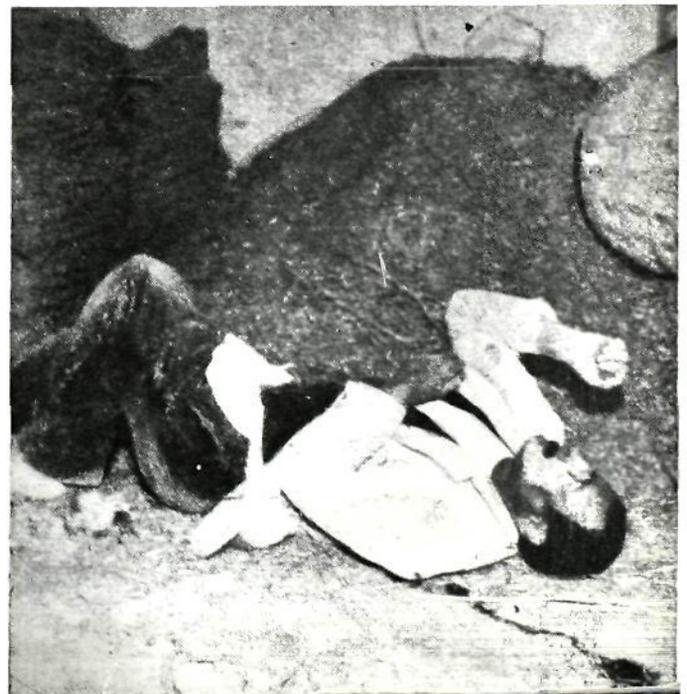
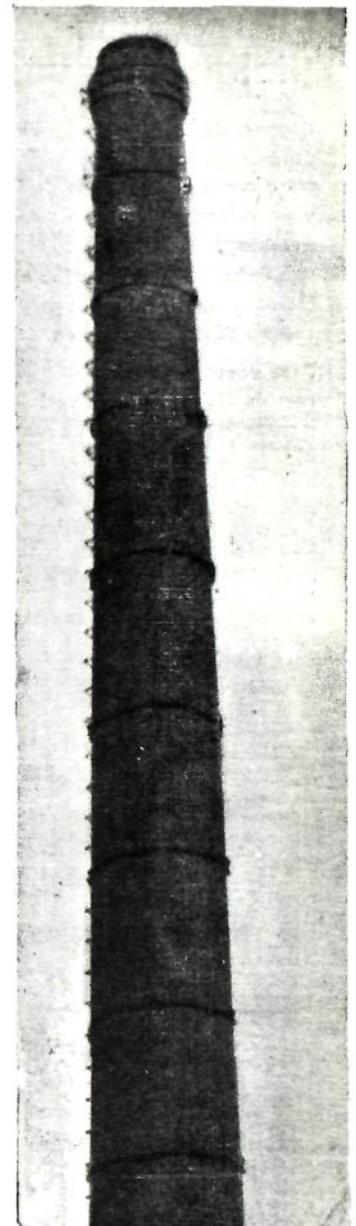
de la abundancia capita-

lista acecha el invierno

de 1933.



C  
R  
I  
S  
I  
S  
S



## ¡Imitaremos vuestro ejemplo!

Ciegos, ciegos;  
éramos ciegos.

Mirábamos con los ojos de Dios  
y no veíamos el musgo que circundaba las sienas de  
[los hijos de los obreros sin trabajo.

El hambre nos cercaba los ojos.  
Llorábamos, llorábamos  
con un canto de ranas en estanque de chopos.

Pero vosotros  
romplisteis la columna vertebral de la Tierra  
y creasteis un mundo, nuestro Mundo;  
el mundo de los obreros, los estudiantes, los campesi-  
[nos y los soldados Rojos.

Y descubristeis un nuevo cielo en nuestra tierra.  
Con el fusil al hombro  
montamos los corceles de la espera.

¡Vuestra bandera nos encendió los ojos!

**PLA Y BELTRAM**

(U. E. A. P.)  
Valencia

